

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA Y ESTUDIOS DE GÉNERO**

CONVOCATORIA 2011-2013

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN CIENCIAS
SOCIALES CON MENCIÓN EN GÉNERO Y DESARROLLO**

**LA AGENCIA: MÁS ALLÁ DE LA SOBREVIVENCIA.
TRANSFORMACIONES DE LA SUBJETIVIDAD DE MI MADRE A TRAVÉS
DE LA VIOLENCIA, MATERNIDAD Y MIGRACIÓN**

WENDY CAROLINA SALAZAR MUÑOZ

ENERO 2014

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGIA Y ESTUDIOS DE GÉNERO
CONVOCATORIA 2011-2013**

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN CIENCIAS
SOCIALES CON MENCIÓN EN GÉNERO Y DESARROLLO**

**LA AGENCIA: MÁS ALLÁ DE LA SOBREVIVENCIA.
TRANSFORMACIONES DE LA SUBJETIVIDAD DE MI MADRE A TRAVÉS
DE LA VIOLENCIA, MATERNIDAD Y MIGRACIÓN**

WENDY CAROLINA SALAZAR MUÑOZ

ASESORA DE TESIS: LISSET COBA

LECTORES/AS: MARÍA CRISTINA CARRILLO

SOLEDAD ÁLVAREZ

ENERO DE 2014

DEDICATORIA

Esta tesis está dedicada a mi madre, Norma Azucena, la raíz de mis primeras preguntas fundadas en el porqué de las inequidades entre hombres y mujeres y que eventualmente me llevaron a mi formación académica, pero más que todo a mi formación humana, proceso que nunca termina.

Mami, gracias por abrirme tu vida para este trabajo académico. Esto es para ti, apenas una parte de tu fortaleza y valentía frente a un mundo tan desigual, pero que sigue siendo bello. Gracias por mostrarme con tu vida la tenacidad frente a las dificultades e injusticias de las sociedades.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco primeramente a la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales por permitirme ser parte de su Institución y por confiar en mis capacidades al otorgarme una Beca estudiantil y de Investigación de Tesis.

A las guías académicas que me apoyaron en el proceso de la presente tesis, profesoras: Susana Wappenstein, Carolina Páez, María Cristina Carrillo y en especial a Lisset Caba, mi tutora quien no solo me guió académicamente sino emocionalmente y me brindó su apoyo incondicional desde el inicio de este trayecto.

A mi madre, Norma Azucena, quien es parte fundamental de esta investigación. Gracias mami por confiar en mí, por abrirme con cariño las puertas de tu intimidad, de tu pasado y tu presente, y gracias por acompañarme en el transcurso de este trabajo académico con tus palabras de amor y aliento.

A mis hermanas por aceptar abrir parte de sus memorias de niñez y juventud. Les agradezco mucho Poly, Ivo, Cathy el que me hayan colaborado con sus testimonios. Les respeto y admiro mucho por haber podido sobrellevar las dificultades de ese pasado.

A mí querido hermano Ángelo, por su cariño y ánimos durante todo este proceso, por tu paciencia y amor en esperarme hasta poder incorporarme a los proyectos familiares.

A mi familia, en especial al Coco, Belén, Tuti, Paolo por preguntar por la tesis y enviarme sus lindas vibras.

A Kike, mi amado churrito por ofrecerme palabras de ánimo, fuerza y cariño, por siempre recordarme mis fortalezas.

A mis queridas compañeras y compañero con quienes compartimos palabras de aliento, Karina, Jenny, Mónica, Jorgito y en especial a mi querida Rafa con quien he vivido una amistad muy especial desde el inicio de ésta Maestría. Y a las amigas que siempre me acompañaron con sus mensajes a la distancia, enviándome fuerzas para poder terminar “la tesis”, gracias Paulina T. Fátima, Paulina Q.

Y finalmente, gracias al Universo, y como siempre digo: “ a todos los dioses y diosas” por brindarme una enseñanza más a mi vida, el de mostrarme que por más duro que a veces se sientan los retos, tengo siempre una caja de herramientas en mi espíritu que me ayuda a conquistarlos. Gracias por esta experiencia vivida. “Logré terminar la tesis...”, aprendí mucho sobre teorías, conceptos, autores, pero más que todo, aprendí más sobre mí y sobre mi pasado lo cual me lleva a orientar mejor mi presente y futuro encaminándolo hacia el balance en ser mejor humana, mejor mujer para los retos que vengan.

Gracias por la oportunidad.

Wendy.

ÍNDICE

Contenido	Páginas
RESUMEN.....	7
CAPÍTULO I.....	8
INTRODUCCIÓN.....	8
Planteamiento del problema.....	9
Propuesta Teórica.....	14
La violencia masculina y la agencia de las mujeres.....	14
Estudios sobre familias trasnacionales.....	20
Memoria y nostalgia mistificadora.....	22
Sobre la Metodología.....	23
Reseña de capítulos.....	26
CAPÍTULO II.....	27
AUN CON LOS PÉTALOS MALTRATADOS, LA AZUCENA RENACIÓ.....	27
Normas morales y violencia en el matrimonio.....	31
Los inicios de su vida.....	32
El sentimiento de culpa y vergüenza apareció. La inocencia perdida y la opresión sexual.....	32
Historia de las maternidades y la sobrevivencia.....	40
El proceso de rebelión. Una puerta de salida al círculo de violencia.....	42
Transformación y autonomía.....	46
EL SUEÑO AMERICANO: FANTASIA, MEMORIA, LAS DIMENSIONES DE LA NOSTALGIA, MATERNIDAD, LIBERACIÓN DE UNA MUJER.....	48
Mi madre, el contexto migratorio y el sueño americano.....	53

Partiendo de Quito, llegando a Nueva York.....	55
Rituales maternos a la distancia.....	64
Proceso de individuación de recuperación del Yo.....	72
Entre los sueños y fantasías de un país, hasta conquistar y derivar sus propios sueños y opresiones.....	75
CAPÍTULO IV.....	79
LA MISTIFICACIÓN DE UNA MADRE Y UN PADRE A TRAVÉS DE LA MIGRACIÓN. NUEVOS ACTORES DEL CUIDADO FAMILIAR. UNA HIJA-MADRE SE FORMA.....	79
Los que se quedan... Paulina, la madre-niña.....	82
Mistificaciones paradójicas en una familia trasnacional.....	88
Migración de una mujer: Nuevos actores se forman en las dinámicas del cuidado y la aparición de la mistificación de acuerdo a la ausencia y la presencia de la madre y el padre.....	91
CAPÍTULO V.....	93
CONCLUSIONES.....	93
BIBLIOGRAFÍA.....	98
ENTREVISTAS.....	104

RESUMEN

El presente trabajo de investigación muestra la indagación sobre los cambios subjetivos de una mujer, mi madre, a partir de su migración en los años setenta hacia los Estados Unidos. Los ejes de la investigación son la violencia masculina, la agencia de las mujeres, es decir, el proceso de empoderamiento y autonomía en sus vidas, estudios sobre familias transnacionales, memoria y nostalgia mistificadora. Sostengo que la construcción de la subjetividad de mi madre se formó a partir de la culpa por el “abandono” hacia sus hijos, lo cual opaca sus actos de agencia frente a una violencia conyugal, pero que para ella será necesaria para la edificación de su maternidad. Las preguntas que pretendo responder con la presente investigación son: ¿De qué manera una mujer violentada puede construir agencia? ¿Cómo a través de la migración se originan paradojas como emancipación y culpabilidad en las mujeres? Y ¿Cómo a través de estos procesos se constituye la subjetividad de las mujeres, específicamente en el caso de mi madre?

CAPÍTULO I INTRODUCCIÓN

Cada familia guarda una memoria y cada uno de sus miembros compartirá en colectivo como individualmente cada una de ellas. Algunas de esas memorias producirán nostalgia la cual puede transformar la imagen de algunos miembros por medio de la mistificación. En el caso de mi familia se produjeron memorias que marcaron la vida de sus miembros a partir de la migración de mi madre, así como fragmentaciones y tensiones pero también afectos y desafectos.

La presente investigación está basada en parte de la historia de mi familia, en la cual mi madre es protagonista fundamental y a través de su historia, mi historia, indago sobre los cambios subjetivos a partir de su migración después de pasar varios años sometida a una violencia conyugal, por tanto, la construcción de su agencia será muy significativa en el análisis de mi tesis. Además, realizo una reflexión sobre cómo esta familia se agrupa estableciendo una subjetividad e intersubjetividad diferente a partir de las experiencias vividas con cada uno de sus progenitores y de esta manera poder comprender cómo se estructura una familia bajo la mistificación de las imágenes de los padres.

Mi indagación recurrió a los usos de la memoria para construir parte de la biografía de mi madre, la cual es descrita desde su propia voz con el tinte de una memoria traumática por la violencia vivida que pudo haber borrado los buenos recuerdos de su matrimonio, regresando al dolor constantemente. Silva nos dice: “Pues el olvido vive paralelo a la memoria. Constituyen ambos fuerza y poder. Poder del recuerdo, fuerza del olvido”. (Silva, 2006:57) y Jelin (2002) añade que no solo se trata de mirar a la memoria y el olvido desde una perspectiva puramente cognitiva, de medir cuánto y qué se recuerda o se olvida, sino de ver los “cómo” y los “cuándo”, y relacionarlos con factores emocionales y afectivos. Asimismo, aparece la nostalgia como parte de sus relatos y de su presente.

Antes que mi madre emigrara hacia los Estados Unidos vivió con mi padre aproximadamente 12 años. En 1973 viaja a la ciudad de Nueva York, vive ahí cerca de cuatro años y regresa al Ecuador en 1977. El momento que viaja tenía cuatro hijos, tres mujeres y un hombre. Paulina de 12, Ivonne de 10, Jorge 8 y Catherine de 6 años. A su regreso cada uno de sus hijos tendrá 16, 14, 12 y 10 años respectivamente.

Planteamiento del problema

A pesar que la migración de ecuatorianos y ecuatorianas a otros países no es un fenómeno nuevo, investigaciones como las de Herrera, Carrillo y Torres nos dan a saber que desde la década de 1960 se han formado redes transnacionales que han conformado el tránsito de personas, dinero y redes entre comunidades locales con lugares de América Latina, América del Norte y desde hace pocos años con Europa. Y que además “800.000 emigrantes y sus familias, se han reconformado con diferencias socioeconómicas, culturales, regionales, étnicas y de género” (Herrera, Carrillo y Torres, 2005:5).

Considerando esas diferencias que cruzan a la población de migrantes ecuatorianos me gustaría profundizar sobre las particularidades de las mujeres migrantes analizándolas desde la experiencia vivida. Además de ese reconocimiento a la multiplicidad que se ha venido dando en las investigaciones sobre migración en el Ecuador mi propuesta parte de la necesidad de ir más allá de esas diferencias. Es decir, ponerles cara y nombre a varias de las tantas diversidades migratorias existentes.

Asimismo, dentro de los estudios sobre migración, las familias transnacionales han llegado a ser el nuevo fenómeno de estudio dentro de las dinámicas familiares y los procesos migratorios. Según Mummert, la familia transnacional se refiere “cuando un grupo de parientes organiza sus labores productivas y reproductivas a través de fronteras político-administrativas internacionales, se da la separación física de padres e hijos durante periodos prolongados” (Mummert, 2010:184). Pero además las personas envueltas en la migración se enfrentarán en complejos y contradictorios contornos de transición de ideas, bienes y capitales, es decir, llevan vidas transnacionales. Besserer (2000) en un estudio sobre los sentimientos (in)apropiados de las mujeres migrantes, nos habla sobre el surgimiento de instancias supranacionales y advierte que las fronteras se movilizan, las naciones cambian y se redefinen o surgen “nuevas identidades y tradiciones”. Igualmente el mismo autor señala sobre cómo desde los estudios transnacionales se ha enfatizado en el estudio de la cultura, la identidad y la condición de género, sin embargo no se ha explorado el ámbito de los sentimientos en la construcción de la ciudadanía en un contexto transnacional.

El poder adentrarse a la vida de esos personajes que son parte de datos estadísticos sobre migración es importante para encontrar en sus subjetividades nuevas maneras de ser mujer. Lo que importa por tanto, es la narración, las narrativas de estas mujeres migrantes desde su propio yo, desde su propia voz. Rosaldo (2000) señala que la mayoría de las etnografías clásicas marginaban, casi literalmente, a la narrativa, y la convertían en una ciudadana de segunda clase, al relegarla a los prefacios, los pies de página y las historias de caso presentadas en letra menuda. El mismo autor nos dice que en la época actual, el pensamiento feminista ha puesto en particular evidencia las limitaciones de la severa ética construida desde el patriarcado. “La ética “masculina” de Weber debería relajarse porque su androcentrismo ha suprimido valiosas fuentes de percepción, a las que los portadores de la alta norma no prestaban atención” (Rosaldo, 2000: 199).

Holland (s/a: 1) señala que la memoria se entreteteje con la fantasía privada y la historia pública. “Los sueños sobre el hogar y la necesidad de pertenencia aparecen de manera encontrada con los conflictos y las fragmentaciones de la historia familiar, dado que las historias familiares se traslapan a partir de cada individuo como hija o hijo, esposo, padre, nieto, segunda esposa, tía, tío y demás parentela se mueve a través de múltiples agrupamientos familiares”. Desde esta reflexión realizo una indagación sobre los diferentes agrupamientos en mi familia en los que se fue construyendo una mistificación hacia el padre y la madre a partir de la migración de mi madre.

A partir de la memoria, los individuos construyen su propia identidad y sentido de pertenencia. (Pierre, s/a y Reyero, 2010). Reyero (2010) añade que la memoria es parte constitutiva del sentimiento que le permite a una persona o grupo dar continuidad y coherencia a su propia reconstrucción. En ese sentido planteo que la construcción identitaria individual y colectiva de mi familia parte de un momento fundamental: La migración de mi madre, y desde ese suceso, se producen modificaciones en la formación de cada uno de sus miembros pero también marca cambios dentro de la familia, tanto en aspectos del cuidado como en las dinámicas cotidianas de sus integrantes.

Por tanto, éste trabajo investigativo analiza desde la memoria, los sucesos violentos vividos por mi madre, que pueden llegar a ser sanadores. Das señala que “en el acto de recordar y relatar a otros, la persona comienza a encontrar caminos para reconstruir el sentido subjetivo de la vida” (Das, 2008:268). Es decir, por medio de la reconstrucción de la memoria de hechos

dolorosos personales o colectivos se puede llegar a entender de mejor manera nuestra construcción subjetiva. Sin embargo, los actos de violencia también pueden silenciar a la memoria de cada sujeto, en tales casos, la memoria se manifestará de acuerdo a sus propias subjetividades.

Así como existen diferentes tonalidades de la memoria a partir de su evocación, se produce la nostalgia la cual es como una “enfermedad” que romantiza y lo despoja de la realidad. Rosaldo (2008) menciona que de acuerdo a Lowenthal, la nostalgia era vista como una enfermedad con síntomas explícitos y consecuencias letales. En el caso de mi madre que pasó por la experiencia de la migración, la nostalgia toma diferentes matices y formas. Existe una nostalgia a partir de su pasado y desde su presente también. Los recuerdos al dejar a sus cuatro hijos al cuidado de su esposo desentierran memorias de nostalgia por el deseo de querer estar con sus hijos pero de regreso a Ecuador se formó una nostalgia por los recuerdos tejidos en el país al cual emigró. Estas diferentes posiciones de la nostalgia también pueden ser parte de los componentes de nuestras subjetividades y dependiendo de los aspectos que son evocados, por ejemplo: tristeza, dolor, culpa, alegría, prosperidad, serán traídos al presente para reforzar nuestras construcciones subjetivas pero que romantizan el pasado y le pueden quitar el conflicto, inclusive induciéndole a la fantasía.

En ese sentido propongo a partir de esta investigación dejar acentuado lo señalado por Arfuch respecto al entrecruzamiento de las diferentes voces del yo, las mismas que nos moldean con el paso de los años, de acuerdo a las experiencias, la memoria y la nostalgia y nos dice:

¿Cómo aproximarse a ese entrecruzamiento de las voces, a esas yo que inmediatamente se desdoblan, no sólo en *tú* sino también en *otros*? Recapitulando entonces nuestro itinerario, aún el “retrato” del yo aparece, en sus diversas acentuaciones, como una posición enunciativa dialógica, en constante despliegue hacia la otredad del sí mismo. No habrá “una” historia del sujeto, tampoco una posición esencial, originaria o más “verdadera”. Es la multiplicidad de los relatos, susceptibles de enunciación diferente, en diversos registros y *coautorías* (Arfuch, 2002:99).

Es decir, somos el resultado de una multiplicidad de relatos propios, combinados con los que fueron compartidos con otros, todo esto dentro de contextos sociales, cruzados por experiencias buenas o malas que hacen que nuestras memorias sean recordadas y expresadas de acuerdo a lo que decidimos exteriorizar. La violencia, es uno de esos elementos que producirá en la memoria quiebres o vacíos, posiblemente para protegernos de volver a ser violentados. Pero más allá de la

manera cómo recordamos y evocamos la nostalgia, existe en esta investigación una historia de violencia sufrida por una mujer que rompe la misma violencia a partir de la decisión de emigrar y así ejercer su agencia, paradójicamente, por medio del poder de la misma violencia que la subestimaba. Me refiero a agencia al acto o conjunto de actos que una persona puede ejercer para contrarrestar cualquier tipo de violencia del que fuera sometido/a y que fuera ejecutada de manera individual, colectiva o institucional.

Esta migración es el resultado o la continuación de actos de agencia que Norma, mi madre, fue adquiriendo durante los años que vivió con mi padre. A partir de esos sucesos, ella fue conformando su subjetividad, punto central de mi investigación. Asimismo, dentro de los estudios transnacionales existen vacíos sobre las nuevas formaciones subjetivas de las familias transnacionales y menos aún en los años setenta, por lo cual veo pertinente realizar más estudios en estas áreas. En consecuencia, se suscitan varias preguntas: *¿De qué manera una mujer violentada puede construir agencia? ¿Cómo a través de la migración se originan paradojas como: emancipación y culpabilidad en las mujeres? Y, ¿Cómo a través de estos procesos se constituye la subjetividad de las mujeres, específicamente en el caso de mi madre?*

La hipótesis central que guió esta tesis plantea que Norma construyó sus experiencias subjetivas a través de la culpa que provocó su migración, transformando su huida de la violencia en “abandono” hacia sus hijos, de esta manera su construcción de agencia es opacada. Igualmente, la migración experimentada en mi familia formó experiencias subjetivas no solo en mi madre, sino también en todos sus miembros. Esto, sin duda, no es novedad, todas las familias transnacionales pasan por ese proceso particular. Sin embargo, los lazos comunicativos de una familia transnacional originaron aislamientos y distanciamientos entre sus miembros a pesar del envío frecuente de cartas ya que no se contaba con los adelantos tecnológicos actuales como el internet, que hacen posibles los mensajes instantáneos, acceso rápido y directo de llamadas de video conferencia, entre otros.

De esta manera, propongo reflexionar sobre la construcción de la subjetividad de las mujeres migrantes, tomando el caso específico de mi madre, por medio de su biografía, indagando cómo ella además construye su maternidad a distancia. Analizaré la noción de “abandono” y “culpa” como emociones fundamentales que intermedian la relación entre madre e hijos, las mismas que puede ocultar la agencia en las mujeres, impidiendo muchas veces el logro de su autonomía.

Es importante señalar que dentro de la construcción subjetiva de las mujeres latinoamericanas existe un componente frente al espejo de “la divinidad de María”, como parte de un elemento católico. También existe otro componente construido desde la formación del estado-nación relacionado al criterio del buen cuidado (maternal) pero con base en el sufrimiento. Vega señala: “es justamente el sufrimiento. No ya la obligación moral, sino la obligación medida por su manifestación en el padecimiento. Aun hoy, aunque parece fuerte decirlo, es así. Esta idea sacrificial del cuidado es la que ha atravesado nuestra singular constitución subjetiva, aderezada, eso sí con buenas dosis del espíritu de laboriosidad y gestión doméstica y algunos toques, cada vez más y más psicológicos, de sentimentalidad postromántica”. (Vega, 2009:94). En ese sentido el cuidado se convierte es un componente “natural” más para la construcción de la subjetividad femenina, el cual no solo obliga a las mujeres a verlo como parte “normal” de sus vidas sino que al realizarlo crea un sentimiento de “satisfacción” por el sacrificio empleado y que intenta “ganarse” el amor y respeto de quienes pertenecen a su entorno. Vega lo simplifica de la siguiente manera:

La subjetividad femenina se configura, en el desarrollo de la actividad de cuidar, como subjetividad relacional. Para las mujeres, la actividad de cuidar y otras por extensión- son un modo de despertar amor y respeto, no sencillamente un fin en sí mismo (como sucedería en el caso de la relación que los hombre mantienen con las actividades que realizan). Las mujeres, según Izquierdo, obtienen satisfacción principalmente de ser queridas y valoradas por lo que hace, algo muy propio de la subjetividad femenina heterodesignada, pero dicha actividad, el cuidado, no puede ser medida, valorada objetivamente o al menos mediante un equivalente universal” (Vega, 2009: 96).

Para poder alcanzar el objetivo principal en la exploración sobre los cambios subjetivos de una mujer violentada que como parte de la construcción de su agencia decide viajar, he trazado un mapa que me guíe en la presente investigación con los siguientes objetivos específicos. El primero se enfoca en poder comprender cómo se puede construir agencia a raíz de la violencia, el segundo objetivo se basa en analizar el intercambio de cartas, tarjetas, postales y fotografías enviadas entre los miembros de esta familia trasnacional para poder entender las dinámicas de sus lazos familiares. Además comprender el impacto del sueño americano en sus vidas, analizar cómo se construye la maternidad a distancia e indagar en los procesos autónomos de una mujer migrante. El tercer objetivo explora como se maneja las dinámicas del cuidado de esta familia trasnacional, los nuevos roles de sus miembros, así como ver de qué manera se construyen las mistificaciones de los padres por medio de la migración.

Propuesta Teórica

Desde las investigaciones sobre migración existe un enfoque hacia el estudio de las familias transnacionales y sobre la migración de las mujeres. Mi indagación estará dirigida a las transformaciones familiares a partir de la migración de mi madre desde instancias más íntimas del ámbito familiar. Planteo que a partir de la migración específica de las mujeres, tanto los roles como las imágenes de los diferentes actores: la madre, el padre, las hijas y los hijos se transforman sustancialmente. Al ser la mujer quien emigra, las estructuras tradicionales acerca del “deber ser mujer” son interpeladas, ya que solo se consideraba al hombre como “viajero”, pero una vez que la mujer lo hace, esos espacios tradicionales sobre su construcción identitaria experimentan tensiones. Además, el campo de la migración ha sido investigado en muchas direcciones pero se necesitan más estudios sobre cómo la migración ha marcado la vida de migrantes y sus familias. Se necesita ir más a fondo, analizar entre los miembros de estas familias para reconocer el impacto de la migración aun después de varios años de haber ocurrido. Las reflexiones del presente trabajo investigativo buscan como objetivo examinar la construcción de nuevas subjetividades a partir de la violencia, agencia y migración, que ocurren en la vida de mi madre. Por lo tanto la discusión teórica será abordada en los siguientes ejes temáticos:

1. La violencia masculina y la agencia de las mujeres
2. Estudios sobre familias transnacionales
3. Memoria y nostalgia mistificadora

1. La violencia masculina y la agencia de las mujeres.

De acuerdo con Torres-Velázquez “el patriarcado es un sistema de dominación masculina, el cual ha colocado solamente a los varones como sujetos de la historia: iguales entre sí, dignos de ser protagonistas y a la mujer, como la “otra” del varón, queda por digna de ocupar un lugar idealizado o subordinado –santa o puta–, pero sujeto en menos, menos persona, menos igual, y menos digna de acceder a “lo importante” (Torres-Velázquez, 2004:5) Y eso aún hoy la condena a ser sujeto de menos derechos, a estar excluida de las cosas “serias” y destinada a funciones. Sin embargo este sistema de dominación a pesar de producir un sometimiento hacia las mujeres no las priva de poner en acción su agencia.

Siguiendo a Butler en un análisis realizado por Mahmood (2008) la agencia social es una práctica reiterativa o rearticuladora inherente al poder, y no como una relación externa de oposición al poder. Es decir, para poder resistir a las normas de dominación y ejercer agencia en las mujeres, estos componentes subsisten y coexisten dentro de una estructura de poder. En ese sentido, mi indagación está dirigida a mostrar la agencia de las mujeres frente a un sistema de dominación masculina en una situación de violencia extrema.

Una de las partes de este sistema de dominación es la construcción de un sujeto masculino y un sujeto femenino que los coloca de manera dominante y dominada respectivamente. Torres-Velázquez señala que de acuerdo a Valdés y Olavarría “la masculinidad era y aún hoy es vista como una relación de poder, significa: un hombre *en* el poder, un hombre *con* poder, un hombre *de* poder. La masculinidad es sinónimo de fortaleza, éxito, capacidad, confianza y control; bastantes adjetivos para ser mostrados en cada actitud y comportamiento”. (Torres-Velázquez, 2004:45). En consecuencia, todo lo contrario de estas características masculinistas se atribuye a la construcción de las mujeres.

Segato, añade que “un sistema en el cual poder y masculinidad son sinónimos e impregnan el ambiente social de misoginia: odio y desprecio por el cuerpo femenino y por los atributos asociados a la feminidad. En un medio dominado por la institución patriarcal, se atribuye menos valor a la vida de las mujeres y hay una propensión mayor a justificar los crímenes que padecen”. (Segato, 2004:3)

Así mismo, el conjunto de tradiciones culturales en donde se forman los sujetos masculinos y femeninos son fundamentales para la construcción de sus subjetividades. El marianismo, es uno de esos elementos culturales y de acuerdo a Ary “uno de los modelos simbólicos que históricamente han “alimentado” la constitución de las identidades femeninas y masculinas, enfocado como un elemento estereotipado derivado del culto católico a la Virgen María. Es decir, las mujeres exaltadas por despojarse de su sexualidad y sus valores recaen en lo que es visto como una mujer santa, modesta, silenciosa, humilde y fundamentalmente en ser madre sin haber disfrutado con su cuerpo, y eso la hace la “madre ideal” (Ary, 1993:74,75). Por otro lado, el machismo aparece como el culto a lo varonil para confirmar la hombría y honor de los hombres. Tanto el marianismo como el machismo según Melhus (1990) se encuentran dentro de un código en el cual el honor y la vergüenza son conceptos básicos pero que se aplican desigualmente entre hombres y mujeres y señala:

Lo que es apropiado para los hombres no lo es para las mujeres y viceversa. Es un código que no solo regula la conducta de hombres y mujeres y aún más, contribuye a mantener un dominio particular de los hombres sobre las mujeres. En otras palabras es un código que discrimina de acuerdo con el género. Y en el proceso de discriminación define la relación de los hombres con las mujeres (Melhus, 1990:48).

Dentro de este código moralista se establece una masculinidad hegemónica que de acuerdo a Torres-Velázquez, (2004) uno de los atributos principales y de mayor importancia entre los varones, es el de ser jefes de hogar, atributo conferido por su carácter de proveedores. Los varones salen de su hogar a trabajar, van a ganar el dinero y lo aportan para suplir las necesidades de la familia, esto les permite imponer un orden dentro del hogar. De esta manera, los hombres constituyen su masculinidad tanto en espacios públicos como privados.

Otro de los rasgos resaltados en la construcción masculinista de los hombres es la violencia, vista como un aspecto inherente de su “naturaleza”. Keijzer y Benno (2010) nos hablan de cómo los varones son socializados en referencia a un modelo hegemónico de masculinidad que privilegia los valores de la fuerza, el manejo del poder y la autoridad, la superioridad sobre la mujer y otros hombres, entre otros valores. Siguiendo a Ramírez y Bonino, quienes señalan:

Así, la violencia es uno de los temas centrales en la relación entre masculinidad y salud mental, por las enormes consecuencias que tiene en la salud, tanto de hombres como de mujeres. La perspectiva de la construcción social de la masculinidad ofrece nuevas interpretaciones de este fenómeno permitiendo reconocer los mecanismos, tanto groseros como sutiles, del poder masculino en el ámbito doméstico (Ramírez, 1999 y Bonino, 1995).

Scheper-Hughes y Bourgois señalan que la “familia es una de las instituciones sociales más violentas y que además la violencia de pobreza, hambre, exclusión social y humillación inevitablemente se traslada hacia la violencia íntima y doméstica. Además la violencia se reproduce, es decir, nace de sí misma” (Scheper-Hughes y Bourgois 2004: 1,3). Los mismos autores mencionan que al ser nosotros criaturas sociales, las culturas, estructuras sociales, ideas e ideologías moldean todas las dimensiones de la violencia. Por consecuencia, la violencia existe en cada ámbito de nuestras vidas, se reproduce a sí misma desde espacios públicos, pero además, la violencia social estructural trastoca principalmente a la familia. Desafortunadamente, dentro del espacio familiar existen relaciones de poder en la que las mujeres son atrapadas. Bourdieu lo señala de la siguiente manera:

Las mismas mujeres aplican a cualquier realidad y, en especial, a las relaciones de poder en las que están atrapadas, unos esquemas mentales que son el

producto de la asimilación de estas relaciones de poder y que se explican en las oposiciones fundadoras del orden simbólico. Se deduce de ahí que sus actos de conocimiento son, por la misma razón, unos actos de reconocimiento práctico, de adhesión dóxica, creencia que no tiene que pensarse ni afirmarse como tal, y que “crea” de algún modo la violencia simbólica que ella misma “sufre” (Bourdieu, 2000:49).

En ese sentido, las mujeres se construyen a sí mismas bajo parámetros de subordinación vistos como comportamientos “naturales” de su formación como mujeres, y éste mismo accionar produce en ellas una violencia la cual ni siquiera es vista como tal.

La violencia simbólica se instituye a través de la adhesión que el dominado se siente obligado a conceder al dominador (por consiguiente, a la dominación) cuando no dispone, para imaginarla o para imaginarse a sí mismo o, mejor dicho, para imaginar la relación que tiene con él, de otro instrumento de conocimiento que aquel que comparte con el dominador y que, al no ser más que la forma asimilada de la relación de dominación, hacen que esa relación parezca natural; o, en otras palabras, cuando los esquemas que pone en práctica para percibirse y apreciarse, o para percibir y apreciar a los dominadores (alto/bajo, masculino/femenino, blanco/negro, etc.), son el producto de la asimilación de las clasificaciones, de ese modo naturalizadas, de las que su ser social es el producto (Bourdieu, 2000:51).

Además dentro de las relaciones de poder practicadas en las familias las emociones experimentadas pueden justificar a unos y enjuiciar a otros, en el caso de hombres y mujeres respectivamente. Uno de esos ejemplos es el “crimen pasional” el cual hace parte de la sociedad y de acuerdo a Das:

No son simples “estados internos” o “estados mentales alterados” subjetivos. Más bien hacen parte del juego de relaciones y de medios de jerarquización y demarcación simbólica en las relaciones amorosas, por los cuales se hace insoportable para ellos el abandono por parte de la mujer, y ellas temen más al repudio por la separación que a dar muerte a su pareja. Odio, miedo, celos, rabia, todos sentimientos subjetivos, así como valores, convicciones y modelos culturales sobre el amor, la pareja, la fidelidad, la fuerza masculina, la emoción y la razón en el sujeto humano, se vuelven medios de subordinación social de las mujeres frente a los hombres. Todos conforman un sistema interconectado, una configuración emotiva en la que adquiere sentido esta forma de uso de la violencia a la que damos el nombre de crimen pasional (Das, 2008:279).

De esta manera el acto que debería ser llamado asesinato, es llamado sutilmente: “crimen pasional” el mismo que puede ser castigado o absuelto de acuerdo a las circunstancias que lo llevaron a cometer, pero cuando a esos crímenes se les cruza relaciones de poder, los que dominan serán los indultados. En ese sentido, Jimeno, nos habla que el punto extremo de todas

estas manifestaciones sería el Femicidio, el cual también se produce en el plano privado o íntimo de las mujeres, visto también como el “crimen pasional” y que por ésta razón no ha tenido el impacto que debería tener, y ser llamado como asesinato a mujeres. Ella, añade lo siguiente:

“El universo de la pasión es sin duda multifocal pero al mismo tiempo sigue líneas de fuerza reconocibles por ello el concepto de configuración emotiva permite expresarlas poniendo el énfasis analítico en la idea de un conjunto cognitivo emotivo en el cual entran en juego las variedades sociales e individuales, pero donde las regularidades socioculturales no se diluyen en un mar infinito de idiosincrasias y estados psicológicos. Y más adelante señala: Puede definirse como un complejo de comprensión social en el cual interactúan pensamientos y sentimientos que si bien están asentados en la conciencia individual, son socialmente compartidos y culturalmente contruidos. Lo integran un conjunto de habitus sociales e individuales que operan como una macro unidad frente a un tema particular de la vida social: las relaciones amorosas de pareja (Jimeno, 2004:48).

Pero antes de que esto ocurra, existe un círculo de violencias continuas, las mismas que son vistas como violencias sutiles, en muchos casos, no son tomadas seriamente como actos violentos. Es decir, el femicidio es el punto final, y de acuerdo a Segato, muchas veces no es el “objetivo” del agresor matar a su víctima, el hecho ocurre muchas veces sin la intención de asesinar, en otras palabras muy comunes, es el resultado de un acto al “cual se le fue la mano”. Segato nos explica:

La violencia moral es el más eficiente de los mecanismos de control social y de reproducción de las desigualdades. La coacción de orden psicológico se constituye en el horizonte constante de las escenas cotidianas de sociabilidad y es la principal forma de control y opresión social en todos los casos de dominación. Por su sutileza, su carácter difuso y omnipresencia, su eficacia es máxima en el control de las categorías sociales subordinadas (Segato, 2004:7).

Así mismo como parte de una construcción femenina y a la vez subjetiva de las mujeres, la autoestima de ellas ha sido afectada y se ha convertido en marca de identidad femenina en especial cuando se la ha creído como elemento natural de su formación. Lagarde lo explica de la siguiente manera:

Así pues, nuestra autoestima se ve afectada por la opresión de género y es experimentada en la cotidianidad como la discriminación, la subordinación, la descalificación, el rechazo, la violencia y el daño, que cada mujer experimenta en grados diversos durante su vida. Es evidente el cúmulo de desventajas que derivan de la real supremacía de los hombres y de la posición subordinada de las mujeres en la sociedad. El enorme poder de los hombres y de las instituciones sobre todas las mujeres –poderosas o pobres, educadas o analfabetas-, daña la autoestima de las mujeres. Este daño se convierte en marca de identidad femenina sobre todo cuando se cree en la natural

precariedad de género o, por el contrario, cuando se cree que la igualdad entre mujeres y hombres es real (Lagarde, 2000:32,33).

Pero, ¿en qué momento de toda esta dominación hacia las mujeres, y además de su propia construcción bajo connotaciones simbólicas que las oprime pueden ellas crear resistencia y agencia ante un sistema casi totalmente dominante? Mahmood (2008) señala que existen momentos y expresiones de resistencia que desafían al dominio masculino y lo formula de la siguiente manera:

Cuando las acciones de las mujeres parecen reinscribir lo que aparentemente son los “instrumentos de su propia opresión”, el analista social puede indicar momentos de desordenamiento y de articulación de focos de oposición a la autoridad masculina, que se encuentran o bien localizados en los intersticios de la conciencia de la mujer (frecuentemente denominados como conciencia feminista naciente) o, bien, en los efectos objetivos de las acciones de la mujer, sin importar qué tan carentes de intención sean. La agencia social, en este tipo de análisis se entiende como la capacidad de realizar los propios intereses en contra del peso de las costumbres, tradiciones, voluntad trascendental u otros obstáculos, ya sean individuales o colectivos (Mahmood, 2008: s/n).

Por lo tanto, a pesar de todo un mecanismo estructural dominante hacia las mujeres y de una construcción que puede disminuir su autoestima, ellas pueden ejercer su propia agencia marcando momentos de desordenamiento hacia un conjunto de orden masculino. Los ejemplos radican en las mismas revoluciones feministas asentadas en partes de la historia, hasta los casos específicos de las reivindicaciones personales de mujeres que decidieron poner fin a relaciones de violencia y abuso de sus parejas. “La contribución especial del liberalismo es ligar de forma integral la noción de la realización personal con la autonomía individual en tanto que el proceso de realización personal viene a significar la capacidad para realizar los deseos de la “verdadera voluntad” del individuo” (Cf. Gray 1989) (Mahmood, 2008: s/n).

El momento en que las mujeres toman la decisión de dar un paso en contra de una serie de reglas y fundamentos pertenecientes a tradiciones y costumbres que las oprimen se inicia lo que llamaría Mahmood, “autonomía individual”, la misma que es elemental para alcanzar la libertad en ellas. Pero además existe una paradoja de la subjetivización de acuerdo a Butler la cual afirma que: “las condiciones y procesos que lo subordinan son los mismos que convierten al sujeto en consciente de sí mismo y en agente social”. (Butler 1997b; Foucault 1980, 1983) (Mahmood, 2008: s/n) De acuerdo a esta reflexión la agencia se constituye, o sale a flote a través de la subordinación.

En ese sentido, mi investigación propone reflexionar sobre los cambios que las mujeres ejercen como contraparte de un sistema que las oprime y que es visto como un conjunto de prácticas violentas. Esos cambios pueden llevar paulatinamente a las mujeres a una reivindicación de casi todos sus derechos, pero aún más importante, les puede salvar la vida, es decir, llegan a ser sobrevivientes para dejar de ser víctimas y de esta manera sacar a relucir su agencia, la cual puede producir una transformación social en la vida de las mujeres de una familia, una comunidad o una sociedad. Mahmood subraya que “analizar las acciones de la gente en términos de sus intentos de transformación social, ya sean exitosos o frustrados, significa necesariamente reducir la heterogeneidad de la vida a la más bien plana narrativa sobre el colapso o la resistencia ante las relaciones de dominación” (Mahmood, 2008: s/n).

2. Estudios sobre familias transnacionales

Antes de llegar al caso específico de mi familia es importante abordar los aportes realizados desde la migración de mujeres y sobre los estudios de familias transnacionales. Es importante señalar el aporte de Morokvasic (1984) que nos dice que hasta mediados de los años setenta las mujeres no fueron consideradas en los estudios de migración y cuando salieron a relucir tendieron a hacerlo dentro de las categorías de dependientes de los hombres es decir que las mujeres emigraban para seguir al “jefe del hogar” como esposas o como hijas.

Posteriores investigaciones como las de Gregorio (1998) propone incluir el género como una categoría de análisis para poder entender las inequidades entre hombres y mujeres. Gregorio busca marcar la diferencia que existe entre la migración masculina y femenina, y darle de ésta manera el reconocimiento y los aportes de las mujeres al fenómeno de la migración. Asimismo, dentro de su análisis, realiza críticas sobre las representaciones de las mujeres, las mismas que recaen en las típicas presunciones construidas tradicional y socialmente. Es decir, a las mujeres migrantes se siguen encasillando roles como el de protectoras y cuidadoras de sus familias aún a la distancia. Además de intencionalmente caer en los nichos labores como el de amas de casa, niñeras, cuidadoras de adultos mayores.

Hondagneu-Sotelo y Pierret (2007) contribuye con su investigación en mostrar el género y la inmigración dentro de las ciencias sociales, y cómo se está extendiendo en países como Estados Unidos. Además éste autor realiza un estudio cronológico sobre la presencia del género en los estudios sobre migración y sus diferentes fases.

Los aportes investigativos realizados por Salazar Perreñas (2001) contribuyen a las experiencias simbólicas transnacionales sobre la identidad étnica de la diáspora de los sujetos filipinos. Su principal aporte es dar cuenta que la migración está también cruzada por las diferencias de raza y clase combinadas en un capitalismo transnacional bajo un sistema patriarcal, la misma que provoca un desplazamiento de narrativas ya que las mujeres filipinas han tenido que migrar a diferentes puntos del mundo.

Otras autoras que aportan a los estudios de la migración femenina están: Ribas-Mateos (2005) quien realiza su aporte en poner en evidencia sobre los mismos roles que las mujeres migrantes han tenido que realizar en los países de destino en puestos labores del cuidado dentro de un sistema asociado a la globalización. Ella lo denomina “íconos de domesticidad”, en el caso específico de las mujeres migrantes filipinas, pero que sin embargo, no dista mucho del caso general de mujeres migrantes de otras nacionalidades. Yépez y Bach (2008) profundizan en un estudio sobre el tema de la ciudadanía. Ellas abordan las diferentes tensiones en el proceso al acceso formal a derechos sociales y políticos para los migrantes desde ejercicios de la ciudadanía “desde arriba” y “desde abajo”, es decir, al acceso formal a derechos sociales y políticos de los latinoamericanos en Europa, así como a las políticas desarrolladas por los países de origen en relación a sus migrantes en el exterior. De esta manera, se pretende en esta investigación indagar sobre el sentido de ciudadanía e identidad que se ha ido transformando entre las mujeres migrantes en Europa.

En lo referente a las relaciones familiares de personas migrantes, Besserer (2000) realiza su estudio desde dos programas de investigación en las ciencias sociales: los estudios transnacionales y la investigación feminista. Este autor profundiza en tratar de entender cómo se articula el lugar que ocupa la mujer en los discursos neo-colonialistas sobre la nación y la colonización de la mujer y su cuerpo. Herrera y Carrillo (2009) efectúan su investigación en las transformaciones familiares en la experiencia migratoria ecuatoriana desde los contextos de salida. Estas investigadoras se enfocan en mirar los cambios provocados por la migración en las estructuras familiares y la situación de los hijos que se quedan en el país de origen. Los hallazgos muestran que por la facilidad de adquirir objetos tecnológicos costosos para sus hijos se los mira como “materializados o superficiales” y que se mercantilizan las relaciones afectivas. Asimismo, los hijos de migrantes son señalados por la sociedad como jóvenes que van

“perdiendo su identidad” sin tomar en cuenta que existe un nivel de aculturación en donde se pierden paulatinamente los códigos culturales propios, señalan las autoras.

Por otro lado, el estudio de Erel (2002) trata de indagar sobre las reconceptualizaciones de la maternidad en las experiencias de mujeres migrantes de Turquía que viven en Alemania. Su estudio se estructura en las experiencias de la maternidad y las relaciones familiares, particularmente desde la perspectiva de las hijas, basado en estudios realizados de un proyecto acerca de la subjetividad y la agencia en la vida de las mujeres de Turquía. Mummett (2010) en su investigación nos permite ver cómo la crianza a distancia es una práctica atravesada por procesos de construcción social de ideologías de género, y centra su enfoque en prácticas de la maternidad y la paternidad basadas en la elaboración cultural. Finalmente, uno de los estudios más recientes sobre Herrera (2013) se enfoca en la investigación de los cuidados de las familias transnacionales del Ecuador, la cual muestra cómo, de acuerdo a las desigualdades sociales, la intimidad transnacional se construye con base en un desequilibrio que necesariamente afecta negativamente a los miembros de la familia.

3. Memoria y nostalgia mistificadora

La memoria familiar construye relaciones intersubjetivas y el momento que aparecen las mistificaciones se transforman las relaciones intersubjetivas. Arfuch nos dice que “necesariamente la relación del sujeto está ligada con su contexto inmediato, aquel que le permite situarse en el (auto) reconocimiento de la familia, el linaje, la cultura, la nacionalidad. Es decir, el sujeto es el resultado de la interacción con otros, nunca podrá ser unipersonal, y su construcción como tal está basada de acuerdo a su contexto social más cercano” (Arfuch 2002:108). Das igualmente añade lo siguiente:

Podríamos entonces decir que la conciencia de sí, que es lo que constituye la subjetividad, no encierra al individuo en sus sentimientos y pensamientos internos, sino que la subjetividad se conforma también mediante un proceso social, hacia afuera de uno mismo, hacia otros y desde otros. El discurso, el lenguaje, es uno de los vehículos de construcción intersubjetiva. No significa esto que entre el discurso, los relatos y la experiencia personal exista transparencia o correspondencia unívoca. Entre el sujeto y su experiencia se abren, como bien lo han mostrado el psicoanálisis, procesos de negación, olvido selectivo, mistificación, auto-justificación y todos los mecanismos que hacen compleja y contradictoria la conciencia personal y la comunicación de las experiencias subjetivas (Das, 2008: 277, 278).

Jelin (2002) de igual manera nos habla de que cuando se aborda la memoria se involucra recuerdos y olvidos, narrativas y actos, silencios y gestos; hay un juego de saberes, de emociones, huecos y fracturas. En ese sentido, detrás de la memoria existen diferentes matices que han sido moldeados de acuerdo a nuestras experiencias y la manera como deseamos recordarlos y expresarlos dependerá de la subjetividad de cada sujeto.

Pero cada memoria también está acompañada de contextos sociales y experiencias personales. Estos dos elementos se juntan y forman la identidad. Jelin (2002) señala que las identidades y las memorias no son cosas sobre las que pensamos, sino cosas con las que pensamos, por tanto no tienen existencia fuera de nuestra política, nuestras relaciones sociales y nuestras historias, por tanto, los personajes que indago traen sus propias identidades formadas a partir de sus entornos sociales así como de sus constituciones subjetivas marcadas por sus propias emociones.

Pero cuando una misma memoria es intervenida por una familia, se puede compartir o callar ciertas cosas. Posiblemente unos recuerden algo que otros no. Kaufman nos habla también de la memoria familiar y cómo esta suele poner en evidencia deseos y experiencias contrapuestas de callar o compartir, se transmiten relatos o se pueden volver invisibles en la convivencia. “Dentro de la familia, cuidar puede ser callar, cuidar puede ser compartir. Contar puede ser el deseo y callar la única posibilidad de sobrevivencia” (Kaufman, 2006:50). En el caso de mi familia se llega a compartir ciertas memorias, las mismas que produjeron una misma mistificación a partir de una madre que tuvo que emigrar y un padre que se quedó al cuidado de sus hijos. Mis hermanas y mi madre, las personas que entrevisté en esta investigación, pudieron callar como pudieron compartir memorias, tanto para proteger, como para exteriorizarlas.

Sobre la metodología

El trabajo que presento a continuación difiere en parte del presentado en el plan de tesis ya que en el transcurso ocurrieron situaciones que no solo cambiaron mis ejes principales de análisis, sino que transformaron la vida de los sujetos de investigación, debido entre otras razones al fallecimiento inesperado de mi padre. El proyecto original tenía como objetivo principal realizar un análisis de género y generacional de las migraciones, es decir, indagar en el caso específico de mi madre y del mío enlazando estos dos procesos para poder comprender la relación madre e hija con la dinámica de la migración usando como base de análisis los feminismos de frontera. Sin

embargo, las situaciones familiares como la muerte de mi padre me hicieron ver aspectos de mi familia que antes se veían un poco ambiguos.

Mi propuesta metodológica partió desde la teoría de los *Conocimientos Situados* Haraway (1991) la cual plantea situar a los sujetos de estudio desde el lugar del cual parte la investigación, puesto que todo el mundo independientemente del tipo de método empleado parte de su subjetividad propia y de su contexto cultural, así como de un punto de vista a la hora de hacer una investigación. Además Haraway resalta la importancia de la subjetividad para la construcción de la objetividad. “Desenmascaramos las doctrinas de la objetividad porque amenazaban nuestro embrionario sentido de la subjetividad y de la función colectiva histórica y nuestras definiciones de verdad” (Haraway, 1991:319). De este modo, ella hace un llamado a las feministas para insistir en una mejor descripción del mundo rompiendo con los discursos y argumentaciones de muchos científicos. De esta manera, mi tema de investigación ha querido trastocar ámbitos investigativos poco usuales pero de igual importancia que aquellos tradicionalmente realizados con un enfoque inclinado hacia una postura distante hacia los sujetos de investigación.

Por supuesto, mi cercanía hacia el sujeto de investigación principal, mi madre, me provocó en ocasiones algunas tensiones, principalmente reacciones emocionales, en especial el momento que tuve que abordar el capítulo relacionado con la violencia infringida por mi padre. Asimismo, la división de afectos entre los miembros de mi familia, particularmente entre mis hermanas, en especial a raíz de la muerte de mi padre también produjo estragos emocionales, lo que ha planteado el impacto que puede causar la cercanía a los sujetos de investigación. Por ello, debí construir mi propia objetividad, desmitificando a mi madre y a mi padre para comprenderles en su humanidad.

La metodología que utilicé se basó en entrevistas cualitativas a profundidad a mi madre, es decir, tuve pláticas largas con ella en las cuales compartimos muchas horas conversando libremente de las experiencias que le marcaron su vida, tratando de llevar las conversaciones hacia mi objetivo, que muchas veces no interrumpí para realizar hallazgos importantes para la investigación. También efectué entrevistas a mis tres hermanas, a las dos mayores, por dos ocasiones y a la menor por una ocasión.

Igualmente realicé entrevistas estructuradas a personas que viajaron en los años setenta hacia los Estados Unidos para poder construir parte del contexto histórico de las migraciones de aquella época, ya que no existen estudios cualitativos o de historias de vida de esta época. Para esto, realicé un cuestionario de preguntas que indujeran principalmente hacia las razones de su migración y de las transformaciones que se produjeron a partir de aquello. Estas personas fueron contactadas por algunos familiares y amigos cuyos padres emigraron en esa década.

Como parte de las entrevistas recurrí a detonadores de la memoria usando un conjunto de cartas, fotografías, tarjetas y postales, y reflexioné desde Holland, (1991) quien nos habla de cómo la fotografía de la familia es un acto de fe en el futuro, que mediante las narraciones de quienes protagonizaron esas fotografías se vuelven testimonios preciosos y misteriosos siendo un acto de reconocimiento del pasado. Ella dice que sin embargo, interpretar las fotografías de la familia plantea una serie de desafíos a diferentes pasados. Pero las fotografías no solo guardan una imagen, sino también un recuerdo, una memoria, la cual está ligada a las emociones, sean estas de felicidad o tristeza, dependiendo de cómo haya sido vivido el pasado y cómo se lo quiera recordar. Asimismo Jelin (2002) y Silva (2006) nos hablan de cómo la memoria involucra recuerdos y olvidos, narrativas y actos, silencios y gestos. Hay un juego de saberes, pero también hay emociones, huecos y fracturas. Y Nora (1984) nos dice que la memoria es llevada por grupos vivientes y está en evolución permanente, abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia inconsciente. De esta manera estos autores me ayudaron a conjugar el estudio de los elementos analizados con la memoria, el olvido, la nostalgia transmitidos a través de la narrativa de la voz de mi madre principalmente, pero también de mis hermanas.

Es pertinente mencionar que solo conté con la versión de mi madre en la relación que ella tuvo con mi padre durante los años que estuvieron juntos. Las razones se dieron principalmente por la falta de informantes y las pocas personas allegadas a mis padres fueron amigos de mi padre con quienes no tengo contacto y otros han fallecido. Mientras crecía, también escuchaba otras versiones diferentes a las de mi madre sobre los años que mis padres compartieron, los cuales no fueron muy buenos. La mayor parte de las vivencias compartidas por mi madre con relación a mi padre ocurrieron casa adentro, es decir, en el plano íntimo, por tanto es un privilegio poder contar con un testimonio tan delicado que no toda la gente está dispuesta a exteriorizar. Asimismo, considero un acto de suma valentía el que mi madre haya decidido no solo contar su historia, sino de presentarse con su nombre verdadero.

Reseña de capítulos

El trabajo que presento a continuación está ordenado en tres capítulos. El primero de ellos comprende la narración sobre la vida de mi madre de manera general con un enfoque principal en los sucesos de la violencia machista que marcó su vida. Además incluye una pequeña reseña histórica del contexto de los años sesenta y setenta de la ciudad de Quito y del contexto socio-económico del Ecuador en el que transcurrió su vida. El capítulo además comprende el inicio de la puesta en escena de la agencia de las transformaciones subjetivas en la vida de Norma antes de que migrara hacia los Estados Unidos y que le abrió el camino para recuperar su autoestima.

El siguiente capítulo se basa en un análisis sobre los lazos afectivos y de familia a través de entrevistas realizadas a mi madre y hermanas usando como detonador de la memoria al conjunto de tarjetas, fotografías, cartas y postales enviadas por mi madre a sus hijos desde los Estados Unidos durante el tiempo en que ella vivió en este país. Además se pretende entender como ésta familia también construye sus subjetividades de acuerdo a la ideológica estadounidense desde donde se construyen los imaginarios del “sueño americano”. Del mismo modo se examinan los dos niveles de nostalgia experimentados por mi madre. El primero que parte desde el presente evocando los recuerdos de su pasado vivido en la época en que vivió en Nueva York, y el segundo desde ese pasado melancólico como la madre que tuvo que separarse de sus hijos. Asimismo indaga sobre la maternidad a distancia y la recuperación del “yo” en Norma. Y el tercer capítulo comprende las dinámicas del cuidado de una familia transnacional, sus nuevos actores en especial el de una hija madre que tiene que asumir el rol de cuidadora y la formación de la mistificación de la imagen del padre y la madre.

CAPÍTULO II

AUN CON LOS PÉTALOS MALTRATADOS, LA AZUCENA¹ RENACIÓ...

“Yo sentía mucha culpa y vergüenza viendo el sufrimiento de mis padres y un gran miedo hacia él... Recuerdo que mientras él esperaba tras las rejas me llamó y al oído me dijo: “si me denuncias, salgo y te mato”. Yo, muerta de miedo tuve que aceptar lo que mi padre estaba demandando ante el juez, que era casarme con “él”... yo ni siquiera estaba “presentable” ni medias llevaba, y entonces mi vida cambió por completo; luego vinieron los hijos y el maltrato nunca terminó...y después de varios años, tomé la dolorosa decisión de huir dejando a mis hijos, y de nuevo la culpa me acompañó en ese viaje, pero lo hice por mejores días para mis hijos y para mí también” (Norma, entrevista, 2012).

Piscitelli (1998) señala que las historias de vida otorgan un lugar de privilegio a la experiencia vivida y posibilitan la integración de percepciones individuales y pautas universales de relaciones humanas, a través de articulaciones temporales. La misma autora afirma que “el trabajo sobre las experiencias de los sujetos es fundamental para la comprensión de los actores a partir de sus propios puntos de vista, y para la comprensión de procesos sociales más amplios”. (Piscitelli 1998:68) Por esta razón, es pertinente, enriquecedor y por qué no decirlo, necesario, entrar en el plano íntimo de las mujeres y contar sus historias de vida desde su propia voz ya que les posibilita empoderarse de su propia historia. Los relatos autobiográficos, permiten sacar a la luz datos que nos facilitan ver el lado profundo de los sucesos, en especial cuando esos sucesos ocurrieron en un pasado en el cual las mujeres tenían menos acceso al alcance de derechos y garantías sobre sus vidas. También es importante tomar en cuenta que los individuos fueron formando sus subjetividades de acuerdo a las leyes morales de cada época. Melhus (1990) señala que el honor y la vergüenza son conceptos llevados a la práctica como reglas de conducta aplicados desigualmente a hombres y mujeres contribuyendo a mantener un dominio particular entre estos dos grupos. De acuerdo con Das “mediante el discurso testimonial o relato personal se hace posible comprender lo sucedido como un proceso que al mismo tiempo es tanto histórico-cultural como subjetivo, pero solo de esta manera se puede encontrar convergencia entre los aspectos político, cultural y subjetivo, entre las emociones y las cogniciones que impregnan y le dan sentido a la experiencia” (2008:278).

¹ Hago uso del segundo nombre de Norma, el cual es Azucena, para el título del presente capítulo en alusión a una flor maltratada, (violencia a la que ella fue sometida por varios años) pero que renació (la facultad de su agencia)

La violencia, como elemento fundamental del sistema patriarcal, ha sido ejercida tradicionalmente sobre los diferentes ámbitos de la vida de las mujeres, impregnando en sus memorias subjetividades de miedo y de dolor. De acuerdo a Lagarde “la violencia contra las mujeres es manifestada en diferentes maneras, tanto a nivel afectivo, corporal, mental, físico, sexual, así como por sojuzgamiento económico, imposición de decisiones, del engaño, de la infidelidad y abandono hasta el punto de llegar a los golpes, la tortura y la muerte” (2003:259). El Contrato Sexual, es decir, el contrato matrimonial, ha contribuido a la “legalidad” a todas estas formas de violencia. Además ha concedido al ejecutor de violencia la libertad de poder transitar en la sociedad civil con toda tranquilidad ya que está ejerciendo su “derecho patriarcal o derecho sexual, es decir, el poder que los varones ejercen sobre las mujeres” (Paterman, 1995:10). Sin embargo, es importante evidenciar que la violencia estructural, es decir, la violencia social de pobreza, hambre, exclusión, y humillación inevitablemente se traslada y se construye hacia la violencia íntima y doméstica constituida por las relaciones entre los sexos (Scheper-Hughes y Bourgois 2003), porque la violencia acarrea más violencia, se reproduce desde el mismo estrés y tensión que produce.

El ciclo de la violencia conyugal, en el marco del contrato sexual de acuerdo con Walker (1970), ha sido analizado en tres fases. La primera es la acumulación de tensiones, la segunda la explosión o incidente agudo y el tercero el respiro de calma y cariño o tregua amorosa, para luego reiniciar el ciclo. Este círculo de violencia posee un trasfondo, es decir está sentado sobre una estructura que la soporta, las cuales son conocidas como las leyes morales envueltas en la cultura y tradiciones de una sociedad, las cuales “patrocinan” y perpetúan una “violencia moral” aparentemente invisible, pero a la vez casi “invencible”. Segato, lo explica así:

Se diseña así el universo amplio y difuso de la violencia psicológica, que preferiré llamar “violencia moral”, y que denomina al conjunto de mecanismos legitimados por la costumbre para garantizar el mantenimiento de los status relativos entre los términos de género. Estos mecanismos de preservación de sistemas de status operan también en el control de la permanencia de jerarquías en otros órdenes, como el racial, el étnico, el de clase, el regional y el nacional (Segato, 2003:2).

Por lo tanto, la violencia doméstica e intrafamiliar se manifiesta en estos ámbitos privados porque existe un sistema que la sostiene, pero además esa violencia es progresiva y Segato más adelante añade:

En general, sin embargo, el foco de todos estos análisis recae nuevamente en la violencia física, lo que es hasta cierto punto comprensible pues el pensamiento sobre violencia doméstica registra siempre el carácter cíclico y progresivo del fenómeno y manifiesta el estado de alarma por la irreversibilidad de los últimos escalones de esta progresión, con la muerte o la invalidez de la mujer. El tema de la violencia psicológica o moral es, por lo tanto, o mencionado superficialmente, o introducido como un complemento de la violencia física, o asociado a los primeros momentos de esta escalada (Segato, 2003: 6).

A pesar de que la violencia en la mayoría de los casos inmoviliza a sus víctimas, en algunas ocasiones, cuando se la experimenta de manera extrema puede impulsar a enfrentar al agresor para lograr salir de ella, creando de esta manera agencia en las víctimas y así poder sobrevivir. Me refiero con agencia a la fortaleza que los individuos pueden encontrar en situaciones o contextos adversos en sus vidas para convertirlos en transformaciones de sus condiciones. El camino a la agencia puede ser rápido o lento, eso depende de cada individuo, o a veces, no podrá ser ejercida. Cada caso es diferente de acuerdo a las circunstancias y su entorno socio-cultural y económico.

Y de acuerdo a esos contextos, los actos de rebelión o de agencia, tienen que ser analizados, ya que de acuerdo a Mahmood (2008) lo que aparentemente podría ser un caso de pasividad y docilidad deplorables, desde un punto de vista progresista, puede muy bien ser una forma de agencia social, que debe ser entendida en el contexto de los discursos y las estructuras de subordinación que crean las condiciones de su representación. Además Das añade (2008) que de acuerdo a Ortner, sitúa la subjetividad en la vida social al definirla como “una conciencia específicamente cultural e histórica”. Como sujetos cognoscentes, dice siguiendo a Giddens, las personas tienen un grado de reflexión sobre sí mismas, sobre sus deseos, sus sentimientos, sus angustias y sus intenciones modelados culturalmente. En ese sentido, los sujetos poseen la capacidad de introversión aún en momentos de dolor y angustia, y en esa medida, pueden tomar decisiones que les permitan romper con episodios de violencia.

A pesar que los sujetos posean “innatamente” una agencia que la pueden o no activar en momentos cruciales de sus vidas, ellos están inmersos en un sistema que divide a hombres y mujeres de manera desigual. Bourdieu (2000) nos habla de una inmensa máquina simbólica que tiende a ratificar la dominación masculina en la cual se apoya la división sexual del trabajo, distribución muy estricta de las actividades asignadas a cada uno de los dos sexos en que las mujeres ocuparán el espacio doméstico. Esa fuerza simbólica es una forma de poder que se

ejerce directamente sobre los cuerpos a través de las interacciones perpetuadas por estructuras de dominación.

Pero para entender de manera más cercana y minuciosa las vidas de las mujeres y como son expresadas dentro de esa estructura de dominación es necesario ejemplificar las diferentes formas de violencia y de agencia en sus vidas pasando por los detalles de las historias de vida. Piscitelli (1998) afirma que en el proceso de depuración de las tradiciones orales, las historias de vida se remiten a normas y generalizaciones. En consecuencia, es preciso mostrar los diferentes matices de los procesos sociales más amplios. De esta manera, mi objetivo en este capítulo es enriquecer mi trabajo investigativo a partir de una parte de la historia de vida de Norma.

La vida de Norma es la vida de mi madre, marcada por violencia matrimonial desde un ámbito privado-estructural. Illouz (2013) señala que los caprichos y sufrimientos de nuestra vida emocional son formados por ciertos órdenes institucionales. Giddens (1992) menciona sobre las relaciones emocionales y las connotaciones explosivas respecto de las formas preexistentes de las relaciones de poder entre los diversos papeles sexuales establecidos. Es decir, nuestras relaciones íntimas-emocionales se desarrollan en el ámbito privado de acuerdo a lo establecido en las estructuras institucionales inmersas en construcciones culturales e ideológicas de las sociedades.

Además, la vida de Norma es manifestada por una historia de maternidades continuas. Rich (1986) nos habla sobre la maternidad como institución que subordina a las mujeres. De acuerdo a ella la maternidad obligatoria es parte fundamental de la sobrevivencia del patriarcado y de la heterosexualidad como formas institucionales para la continuidad del orden social, pero además para que las mujeres permanezcan en la “esencialidad” impuestas en ser madres ha sido reforzada por elementos religiosos, culturales que han alimentado aún más la constitución de las identidades femeninas, siendo así el “marianismo” su principal elemento para el culto a la Virgen María, dentro de un marco de una civilización judeo-cristiana, específicamente latinoamericana. “La exaltación de la virgen es de una mujer despojada de su sexualidad, admirada por ser una mujer santa, modesta, silenciosa, humilde y fundamentalmente, en ser madre sin haber disfrutado con su cuerpo, es decir, la madre ideal” (Ary, 1993: 75).

Parte de la vida de Norma se desarrolló dentro de una estructura patriarcal en el cual el contrato sexual como su gran aliado para el sometimiento a las mujeres, la maternidad, es parte de este sistema que ratifica aún más esa sumisión y violencia física. Asimismo, las

construcciones ideológicas-culturales han reforzado la discriminación. Afortunadamente, a pesar de que existen todas estas estructuras de control y sumisión hacia las mujeres, algunas de ellas pueden tomar decisiones y crear agencia derribando algunas de estas estructuras dominantes, como es el caso de mi madre. Por consiguiente me pregunto: *¿cómo una mujer, después de sufrir violencia extrema por parte de su cónyuge y una sociedad castigadora hacia las mujeres puede construir agencia dentro de un cautiverio de inequidad, tomando como decisión final: huir de su agresor?*

Para poder contestar esta pregunta, el presente capítulo está basado metodológicamente en entrevistas a profundidad y del uso de fotografías como activadores de la memoria. Jelin (2002) plantea que el núcleo de cualquier identidad individual o grupal está ligado a un sentido de pertenencia a lo largo del tiempo y del espacio en el cual se almacenan memorias. Asimismo, he dividido éste capítulo en tres ejes de análisis. El primer eje se refiere a *las normas morales y la violencia dentro del matrimonio de Norma*. Las normas morales vistas desde el conjunto de prácticas culturales que construyen un modelo idealizado de lo que significa ser mujer. Todo esto visto dentro del espacio matrimonial analizado como uno de los pilares estructurales del patriarcado y de la sumisión hacia las mujeres.

El segundo eje de análisis se centra en la *historia de las maternidades de Norma*. La maternidad vista como institución que obliga a las mujeres a percibir sus cuerpos como instrumentos para la propagación de la vida, pero también para manejarlos y controlarlos. Pero además como se inscriben en el cuerpo las emociones vividas y se convierten en acciones psicosomáticas (Bourdieu 1999). El tercer eje analítico se basa en *el proceso de rebelión* por el que transitó Norma como ejercicio de agencia sobre su vida y su entorno de violencia conyugal, analizando el proceso de empoderamiento que ella va adquiriendo sobre su cuerpo para fortalecer su autoestima.

2.1 Normas morales y violencia en el matrimonio

Era exactamente marzo de 1960, Norma tenía 15 años, en un mes cumpliría sus 16 y aunque vislumbraba un futuro lleno de planes personales como seguir estudiando y ser una profesional, su vida cambió radicalmente cuando tuvo que casarse. Ella era una destacada estudiante de segundo año del colegio Fernández Madrid ubicado en un barrio muy tradicional de Quito, tenía que bajar todos los días desde el barrio La Libertad, en donde vivía, hasta el final de la calle

Rocafuerte, cruzar el Arco de Santo Domingo y terminar su recorrido hasta el fondo de la “cuchareta” de la Loma en donde estaba ubicado su colegio. Ella se sentía muy feliz estudiando, su materia favorita era las matemáticas y estaba en el equipo de básquet de su curso.

Los inicios de su vida

Norma, nació en Quito el 5 de abril de 1944, pertenecía a una familia empobrecida de campesinos siendo su ingreso económico principal la siembra de alimentos. Su madre había llegado de Salcedo cuando tenía más o menos 13 años. Su padre nació en Quito después que su abuela también migrara de las afueras. Ellos tuvieron años muy prósperos, aunque en un principio también fue muy duro para su madre quien empezó trabajando de empleada doméstica y luego de lavandera y su padre ayudaba a su abuela en un puesto de frutas en el mercado de San Roque. A pesar que la mayoría de gente campesina emigraba para encontrar nuevas oportunidades de empleo, la madre de Norma migró hacia Quito huyendo de un matrimonio “arreglado” por sus padres. Después de unos años conoció a quien sería su esposo, con quien se casó y tuvo cuatro hijos y entre los dos fueron consolidando una tiendita en el barrio del Cumandá, y un salón de comidas en la avenida 24 de Mayo. “Don Gerardo y Doña Rosita” los padres de Norma eran muy conocidos y queridos por la gente de la vecindad.

Cuando Norma cursaba la secundaria, su padre pensaba que graduarse en “corte y confección” era la mejor opción para su hija, y, en realidad, señala mi madre, en aquellos tiempos, los hombres estaban comúnmente designados a estudiar mecánica y las mujeres modistería. Sin duda, profesiones muy dignas pero para su clase social parecería que no se debía ambicionar otras opciones. Goetschel (2002), señala que las mujeres de las clases medias y populares de Quito, trataban de valorar el trabajo técnico y manual así como las profesiones prácticas y que en el liceo Fernández Madrid, que fue en donde mi madre estudió dos años y medio, existía una idea filantrópica de capacitación al trabajo de la obrera para capacitar a las mujeres para su independencia económica.

El sentimiento de culpa y vergüenza apareció. La inocencia perdida y la opresión sexual.

La fiesta se fue tornando más relajada y alegre, el alcohol, como siempre estuvo presente, y después de que los invitados degustaron la comida ofrecida por los anfitriones: Doña Rosa y Don Gerardo, los concurrentes se pusieron a bailar. La homenajeada era Norma, quién todavía tenía

su cabello arreglado para la ocasión, llevaba un vestido alquilado por su madre. Ella había sido nombrada reina del aula de su último año de primaria, tenía más o menos 13 años y su cuerpo estaba en la transformación de “niña a mujer”, lo que ya llamaba la atención de miradas, sin que ella lo suponga siquiera. Uno de los invitados de la fiesta le pidió bailar, ella aceptó y después de unos instantes, él se acercó y la besó en la boca. Para Norma sería su primer beso, ella señala que sintió vergüenza y culpa porque algo no “cuadraba”, porque era evidente que la diferencia de edad entre ambos era muy desigual. Además, sintió incomodidad por el olor y sabor a cigarrillo y licor.

Norma no vivió ese momento de forma agradable o placentera pues para las jovencitas de su época el cortejo como forma de acercamiento de los varones a las mujeres era la forma “aceptada” y vista como la manera correcta. Ella recuerda que el uso de cartas de amor entre los jóvenes y las serenatas eran muestras muy populares de cariño entre las parejas, pero las expresiones de afecto entre las parejas de enamorados no eran muy abiertamente demostradas en público. Todavía existía “la decencia” recuerda Norma, *“no como en los tiempos actuales donde las parejas se han destapado demasiado”*. Sin embargo, ese beso tuvo más significado pues meses después cuando ella inició la secundaria, él empezó a frecuentarle a la salida del colegio. Este hombre, llamado Ángel, iba en el taxi en el que trabajaba y en “tono de mando”, le ordenaba: *“súbete”*, Norma no entendía por qué le obedecía, ella dice que “simplemente lo hacía, y no concebía por qué no podía decirle que no”. “La violencia simbólica se instituye a través de la adhesión del dominado, se siente obligación al dominador (por consiguiente, a la dominación), forma asimilada de la relación de dominación, hace que esa relación parezca natural, de acuerdo a las clasificaciones naturalizadas de dominación que separan a hombres y mujeres” (Bourdieu, 2000:5).

Los meses transcurrieron y en varias ocasiones él la agredía físicamente, dizque por celos, porque le había visto caminando con una amiga y un muchacho, además a Ángel no le gustaba que Norma cambiara la ruta de recorrido. Segato (2003) menciona que la violencia moral es todo aquello que envuelve agresión emocional, aunque no sea ni consciente ni deliberada. “Entran aquí la ridiculización, la coacción moral, la sospecha, la intimidación, la condenación de la sexualidad, la desvalorización cotidiana de la mujer como persona de su personalidad y trazos psicológicos de su cuerpo de sus capacidades intelectuales, de su trabajo, de su valor moral. Y es importante enfatizar que este tipo de violencia puede muchas veces

ocurrir sin cualquier agresión verbal, manifestándose exclusivamente con gestos, actitudes, miradas” (Segato, 2003:8). En ese sentido, aquellas maneras de sometimiento, aunque aparentemente se miren como “sutiles” y sin importancia tiene el poder de desencadenar actos con cargas de violencia más grandes eventualmente.

Paulatinamente, ella fue acrecentando sus miedos y temores hacia él, pero lo más doloroso fue el momento en que la sometió a tener relaciones sexuales. Ella se sintió usada y para ella no fueron actos de pareja, sino muy desagradables. Norma afirma que los primeros encuentros sexuales no eran agresivos, pero que ella se sentía forzada. En ocasiones se imaginaba que en eso se basaba una relación de noviazgo, sin embargo, después de un tiempo, ella empezó a ser agredida por Ángel mientras tenían relaciones sexuales, es decir, esos encuentros eran forzados, violentos, y a veces sin el consentimiento de Norma, por tanto, se puede decir que ella fue sometida a violaciones, y que paulatinamente su agresor, es decir, Ángel, fue apoderándose de la voluntad y autonomía corporal de ella, lo que provocó una desvalorización del control sobre su cuerpo. Más allá de esto se produjo en ella, una pérdida de la autonomía sobre sí misma. Segato lo explica de la siguiente manera:

Uso y abuso del cuerpo del otro sin que éste participe con intención o voluntad compatibles, la violación se dirige al aniquilamiento de la voluntad de la víctima, cuya reducción es justamente significada del mismo por la voluntad del agresor. La víctima es expropiada del control sobre su espacio-cuerpo. Es por eso que podría decirse que la violación es el acto alegórico por excelencia de la definición schmittiana de la soberanía- control legislador sobre un territorio y sobre el cuerpo del otro como anexo a ese territorio. Control irrestricto, voluntad soberana arbitraria y discrecional cuya condición de posibilidad es el aniquilamiento de atribuciones equivalentes en los otros y, sobre todo, la erradicación de la potencia de éstos como índices de alteridad o subjetividad alternativa (Segato, 2004:5,6).

La culpa y la vergüenza atravesó su vida y solo de imaginarse que sus padres se enteraran de lo que estaba pasando se avergonzarían totalmente de ella ya que en esos tiempos hablar sobre sexo era un pecado, no se conocían los significados de sexualidad o sensualidad, ya que no se debía hablar de esos tópicos. Inclusive entre amigas, casi no se mencionaba el tema y lo único que comentaban y de manera distorsionada eran los asuntos sobre la menstruación. Melhus señala: “la vergüenza de las mujeres está relacionada a su honor, es decir, el honor de una mujer es también su vergüenza. Se ubica en su sexualidad y se expresa a través de su

virginidad” (Melhus, 1990:55). Asimismo, todas las creencias culturales que existían alrededor de la sexualidad, así como las prácticas socialmente construidas en aquellos tiempos hicieron que ella internalice sentimientos de culpa y vergüenza. Un sentimiento de culpa que funciona tanto para repudiar como para prolongar el amor, o mejor dicho, para prolongar el amor de manera menos apasionada como efecto de repudio (Butler 1997). En ese sentido, las prácticas culturales se combinan con los mecanismos psíquicos que operan de una manera que nos lleva a sentir culpa para cumplir con el objetivo de preservar un objeto considerado “fuente de amor”, en consecuencia, las prácticas cotidianas son el contexto material de la sujeción misma.

El padre de Norma empezó a notar cierta particularidad en el comportamiento de su hija, así que ordenó a su esposa llevarla al médico quien después de hacerle un chequeo general prosiguió con un examen de tacto vaginal, el resultado fue que ella “ya no era una niña”. Su madre, se fue en llanto y le preguntaba a su hija: “¿quién fue mijita?, dime quién fue el que te hizo esto, ¿quién te deshonró?”, mi madre solo lloraba... Esta escena, tal vez un poco dramática evidenciaba una condición social que ajusticiaba a las mujeres de acuerdo a su “pureza” y castidad la cual no solo reprimía y castigaba a quienes no lo eran, sino que ejercía una violencia moral. Segato (2003:7) nos dice que la violencia moral es la más eficiente de los mecanismos de control social y de reproducción de las desigualdades ya que es coartada desde el orden social, la cual controla y oprime todos los casos de dominación. Su eficacia yace desde la violencia psicológica la cual es la forma de violencia más inconsciente. Ella dice que el poder de ésta violencia se basa en tres aspectos:

1. Su diseminación masiva en la sociedad, que garantiza su “naturalización” como parte de comportamientos considerados “normales” y banales; 2. Su arraigo en valores morales religiosos y familiares, lo que permite su justificación, y 3. La falta de nombres u otras formas de designación e identificación de la conducta, que resulta en la casi imposibilidad de señalarla y denunciarla e impide, así a sus víctimas defenderse y buscar ayuda (Segato, 2003; 7).

A inicios de los años sesenta, la deshonra de las mujeres era una de las peores cosas que les podía pasar, era como quedarse “inservibles, burladas y sin futuro”. Goetschel señala: “Otra virtud principal era la “honra” que constituía “el tesoro de las niñas”, es decir la honra tenía relación directa con la virginidad, y el momento que mi madre dejó de ser virgen “perdió su honra” y si no se casaba con el hombre que la “quitó”, entonces quedaría inservible, burlada y

sin futuro. De ahí la necesidad de que la familia y el sistema patriarcal velen por la pureza de las hijas... La mujer es un bienpreciado que se lo quisiera ocultar a la mirada de todos” (Goetschel, 2002:16). Y la única manera que Norma podía “recuperar su honra” era a través del matrimonio.

Su padre le decía: “*no solo has quedado deshonrada, sino que ya después los hombres solo te tomarán como burla*”. Además, ella era menor de edad y Ángel mayor con ocho años, por ésta razón sus padres lo demandaron por violación y la “única solución” a todo un careo judicial y a una sentencia por el delito de violación era que ambos se casaran. Melhus señala que en una cultura de machismo, los códigos de honor son atribuidos al hombre, y la vergüenza a las mujeres. “Una mujer sinvergüenza no solo ha perdido su propio honor, ella es además una amenaza para el honor de su marido y de su grupo de parientes” (Melhus, 1990:56).

Mientras Norma esperaba el veredicto del juez, su hermana le susurraba al oído: “*ñañita no te cases, vamos conmigo a Riobamba, estás muy jovencita, que sigas estudiando*”, sin embargo las únicas sensaciones en ese momento eran culpa y un terrible miedo que la inmovilizaron y no le permitía contarles a sus padres sobre las amenazas de muerte que había recibido de Ángel. El miedo era tan grande que no le permitió hablar y en lugar de que en esa Corte se castigara el abuso físico, emocional y sexual de Ángel en contra de Norma, se forzaba el matrimonio de ambos. Ella aceptó casarse con él para que no tuviera que pagar prisión, pero sobre todo porque tenía miedo de ser agredida en cuanto él saliera de la cárcel, y además, para no sentirse “deshonrada” y con un “futuro incierto”. Ese matrimonio, fue su sentencia. Esa tarde, en marzo de 1960, ella vestía una falda azul, sandalias rojas, y una chaqueta roja a cuadros, se despidió en la plaza de San Francisco de sus padres que lloraban junto a ella viéndola irse rumbo a la casa de sus suegros, que se convertiría en su nuevo hogar.

Lo que había ocurrido en una sala judicial de matrimonios era un contrato matrimonial. Siguiendo a Paterman (1995) se había otorgado el derecho patriarcal de Ángel sobre Norma, el contrato sexual, derechos sobre su cuerpo. En este caso explícitamente forzado ya que ninguno de los dos quería casarse. Ella lo hizo por miedo a las amenazas de Ángel, y él lo hizo porque no quería pasar dos años en prisión. Los padres de Norma solo acataban las leyes morales de esos tiempos obligándola a casarse para que no tenga que pagar la desdicha de la deshonra. “El estado como parte estructural de una nación, debe hacer cumplir sus leyes para garantizar la estabilidad del orden moral y ético de sus ciudadanos, en este caso, el matrimonio viene a ser

parte de las leyes adjudicadas para el buen funcionamiento de ese orden social y el momento que su cumplimiento se transforma en el derecho natural sobre la mujer, es un derecho civil patriarcal” (Paterman, 1988: 15).

Bourdieu añade que “en la lógica de la economía de los intercambios simbólicos, y, más exactamente, en la construcción social de las relaciones de parentesco y del matrimonio se atribuye a las mujeres su estatuto social de objetos de intercambio definidos según los intereses masculinos y destinados a contribuir así a la reproducción del capital simbólico de los hombres” Bourdieu (2000:60). En ese sentido, tanto el contrato sexual como la violencia simbólica otorgan poder a los hombres sobre el cuerpo de las mujeres. Y Norma, no sabía cómo poner límites, y sus padres no veían a la deshonra como una violencia, no importaba el cuerpo ni los deseos de la mujer, sino de su familia.

Norma tuvo que vivir los primeros meses de su matrimonio en la casa de la familia de su esposo, eran muy pobres y su suegra trabajaba limpiando casas y lavando ropa, su suegro cuidaba una hacienda cerca de Guayllabamba y tenía que quedarse por allá toda la semana, regresaba los domingos pero se iba el mismo día. Norma dice que *solo se comía dos veces al día y siempre era “poquito”*, no se sabe como subsistían en esa casa ya que eran varias personas las que vivían ahí. Su suegra la estimaba mucho y le decía: *“váyase mijita, ahora, antes que el agua se ensucie”* es decir: “antes de que se quede embarazada”. En cuanto Norma y Ángel fueron a vivir solos en unos cuartos, las agresiones continuaron:

Fue mi primera separación, vino borracho y me acuerdo que, vino a decir que me han visto visitándole a mi mamá y empezó a hacerme la bulla a gritarme, ahí me pegó, ahí me acuerdo que fue la primera vez que me sacó sangre de la nariz, yo ya empecé a llorar, la guagua lloraba, la Paulina, y entonces una niña del barrio, como estaba cerca a la tienda de mamita, le ha ido a avisar a mis papás que me está pegando, y justo había estado de visita mi ñaña Carlota, que más pronto que volando, había llegado, yo me corrí, descalza me acuerdo, me cruce al frente y ahí había estado abierta la puerta de al frente y me entré y una señora estaba lavando y me pregunta: “mijita, ¿qué le pasa, qué le pasa?” yo estaba sangrando, yo le agarré a la Paulina, estaría ella de unos 5 meses, ahí la señora me dio agüita (Norma, entrevista, 2013).

La violencia que Norma experimentaba no solo puede ser entendida de manera aislada, sino asociada a una estructuralidad de forcejeo, asalto, a la imposición del dolor. “Violencia también incluye alteración en la personalidad, dignidad, sentido de importancia y valor de la

víctima” (Scheper-Hughes y Bourgois 1996). En ese sentido, una joven de solo 17 años compartiendo su vida junto a una persona que le agredía por no “obedecer”, siempre viviendo en peligro de ser violentada, fue formando y construyendo su subjetividad dentro de esos cánones de violencia.

Siempre estuve sometida a los caprichos de mi esposo. Lo que él decía era ley, seguía el maltrato de mi esposo, yo era muchacha, yo lloraba, me pegaba por todo, porque iba a visitarle a mis papás, porque se había topado con mi hermana y no le quería a mi hermana, que se ha encontrado con un tío mío, y mi tío le ha reclamado, y así venía con pretextos, como trabajaba de noche en un taxi, venía tomado al otro día, y yo tenía que estar con mi niña, y pasaba días enteros sola. (Norma, entrevista, 2013).

Ella solo sabía que tenía que obedecerle, es como que si “hubiera sido programada” para no pensar de diferente manera, a pesar de los golpes, los maltratos y la violencia. Butler (1997) nos dice que ningún sujeto emerge sin un vínculo apasionado con aquellos de quienes depende de manera esencial aún si dicha pasión es negativa. Entre los dichos que la gente usaba en ese entonces y que todavía son usados existe el: “marido es” y que aunque sentía dolor físico, miedo, rabia, ella sabía que tenía que aguantar, y señala: “*ese era mi destino*”. Cuando le pregunté a mi madre a que se refería con el destino, ella me respondió que de joven era muy creyente a los mandatos de un dios católico y que él dirigía nuestras vidas para bien. Ella dice que aceptó como buena creyente de dios su mandato pensando que al morir recibiría la recompensa de ir al paraíso, como el regalo de una buena católica. En esa época la iglesia católica tenía gran relevancia en la formación de los pensamientos de sus creyentes, hasta el punto de aceptar la violencia como parte del destino normal de las mujeres.

Butler (1997) dice que el sujeto se vuelve contra sí mismo con los actos de autoacusación de la conciencia y de la melancolía que operan en conjunción con los procesos de regulación social. El matrimonio como referente claro para la perpetuación de la heterosexualidad obligatoria ha precisado que las mujeres sean “propiedad emocional y sexual de los hombres y que la autonomía de las mujeres amenaza a la familia y el estado” (Rich, 1999:16). Norma dice que “*hace cincuenta años era el marido el que era el jefe del hogar y yo debía obedecerle, yo decía él es el padre de mis hijos*”. “Ser esposa es ser sierva conyugal en la reproducción. La obediencia, la sujeción, y la pertenencia –ser de-, caracterizan políticamente a la esposa a partir de su dependencia vital del esposo” (Lagarde, 1990:445). “*Yo decía se va a componer, ya no me va a pegar, pero nunca pasaba eso, yo soñaba que él iba a cambiar y no me daba cuenta, nadie*

me ayudó en ese sentido a valorarme yo” La reflexión que Norma hizo un tiempo después sobre que no estaba bien recibir tanta violencia sobre su cuerpo era un gran paso para construir su autonomía, pero las condiciones culturales no le brindaban ni las garantías ni el apoyo para que dejara a su agresor.

Ella cuenta que una mujer divorciada era muy mal vista y peor con cuatro hijos, además ella se sentía incapaz de dejar a sus hijos sin su padre, y aunque era una mujer muy joven, nunca contempló darles padrastro a sus hijos. Lagarde (2000) señala que la autoestima se ve afectada por la opresión de género y es experimentada en la cotidianidad como discriminación, subordinación, rechazo, violencia y daño. Esto ocurre cuando las mujeres cumplimos con los estereotipos patriarcales de ser mujer de acuerdo con nuestro entorno aceptando la subordinación y el control de nuestras vidas ejercido por los otros.

La violencia ejercida de Ángel hacia Norma nunca paró, una ocasión fue la nariz rota, la pierna casi fracturada por golpearla con un cenicero, y las agresiones verbales continuas, aparte de su indiferencia y desapego emocional. Bourdieu nos habla de una “acción psicosomática que se ejerce a menudo mediante la emoción y el sufrimiento psicológico o incluso físico, como signos distintivos, mutilaciones, escarificaciones o tatuajes, en la superficie misma del cuerpo” (Bourdieu 1999:187). En todo ese tiempo, afortunadamente, Norma siempre tuvo el apoyo moral y económico de su madre. *“Yo tenía que seguir aguantando porque él era el padre de mis hijos. Sentía molestia, odio, yo pienso que hasta ni le quise, sino que él me dominaba tanto y pasaba solita en la casa con mis hijos, no sé, no sé por qué yo soporté tanto, nunca tuve de parte de él frases de cariño, unas frases de amor, y yo lo tomé como que era mi destino...”*. Círculo de violencia que llega al punto de no encontrar salida a las agresiones que cada vez son más severas.

Tanto las normas morales como la violencia experimentada en la vida de Norma fueron construyendo su subjetividad, tanto así, que la culpa, la vergüenza, el miedo y el dolor fueron parte de un ambiente de hostilidad. De acuerdo a Rich (1999) las mujeres han sido las víctimas consumidoras de diversas curas, terapias y juicios normativos en distintos períodos. La moral como parte de las sociedades garantiza el orden entre sus ciudadanos y aparece como ajusticiador para formar buenas mujeres en caso que ellas no obedezcan, la violencia física será utilizada. Siguiendo a Illouz “no se trata de un problema ligado a una infancia disfuncional o a una falta de autoconocimiento psíquico sino a un conjunto de tensiones y contradicciones culturales que

actualmente estructuran la identidad y el yo” (Illouz , 2012:14) Es decir, todas las tensiones de una estructura socio-cultural, nos va moldeando la identidad, y en base a esto, la opresión sexual, la violencia física y el contrato sexual como componentes del contrato matrimonial auspiciado por el estado avalarán la subordinación de los hombres sobre las mujeres. Según Segato “esa violencia moral, es por su invisibilidad y capilaridad, la forma corriente y eficaz de subordinación y opresión femenina, socialmente aceptada y validada. De difícil percepción y representación por manifestarse casi siempre solapadamente confundida en el contexto de relaciones aparentemente afectuosas, se reproduce al margen de todas los intentos de librar a la mujer de situación de opresión histórica” (Segato, 2003:8).

2.2 Historia de las maternidades y sobrevivencia

Yo pensaba que en un momento él iba a cambiar, porque en esos tiempos, la ignorancia de la gente, de los hombres era que el primer hijo tenía que ser varón, entonces tuve mi primera hija niña, hay cosas que me he olvidado pero otras no.... Porque él no vino a visitarme cuando di a luz a mi primera hija... yo lloraba, yo no sé como aguante eso... una persona racional no tenía que aguantar eso, pero yo no sé, yo le tenía miedo, por la nada me levantaba la mano, me cacheteaba, él no le importaba, él no me quiso lo suficiente, ya luego mi segunda hija también fue mujer, y yo pensaba que cuando naciera un hijo varón él iba a cambiar, pero no fue así... (Norma, entrevista, 2013).

Los sentimientos que la gran mayoría de hombres en ese tiempo tenían acerca de que el primer hijo fuera varón eran de profundo orgullo y regocijo. Norma recuerda que el solo hecho de saber que ella era mujer y que las niñas no eran recibidas de la misma manera que los niños profundizaba su baja autoestima pues se sentía menos valorada. Mi madre tuvo a su primera hija en 1962, la recibió con mucha ternura y con un sentimiento de tristeza por no haber sido acogida de la misma manera por su esposo. Ella menciona que antes de quedar embarazada su esposo le reprochaba que no era lo suficientemente mujer porque habían pasado varios meses desde su matrimonio y no se embarazaba. Así que cuando supo de su embarazo se sintió tranquila, pero al mismo tiempo se sintió más desamparada y angustiada ya que vivían en la casa de sus suegros y ni siquiera tenían cama propia. Entonces empezó a pagar cuotas mensuales en una clínica para los gastos del parto, iba sola a sus chequeos médicos y después del parto, su suegra le ayudó con la dieta y los cuarenta días de descanso obligado.

Recuerda ese primer embarazo y parto con una mezcla de sentimientos, sabía que estaba cumpliendo su “deber” de esposa, al poder darle hijos a su esposo, pero como Rich señala: “nadie menciona la crisis psíquica que sobreviene a la concepción del primer hijo o hija, la conmoción de los sentimientos largo tiempo guardados hacia la propia madre, la sensación confusa de poder y de impotencia de no controlar nada, por un lado, y de poseer nuevas potencialidades físicas y psíquicas, así como una sensibilidad, aturdimiento o extenuación” (Rich 1986:75).

Después de dos años, exactamente en el año 1964, nació su segunda hija, y su esposo volvió a sentir el desánimo de tener una hija, envés de un hijo. Nuevamente Norma sintió mucha tristeza pero también preocupación de no “*poderle dar el regalo a su esposo de tener un hijo varón*” ya que ella pensaba que el maltrato y el desinterés de su esposo podía desaparecer o por lo menos disminuir. En esta ocasión ella ya no pudo tener los cuidados de su suegra ni de los de su madre y ya no podían visitarla muy seguido. Esto seguramente despierte contradicción, no sabemos con exactitud si Norma quiso tener un hijo varón para “ofrecerle como regalo” a su esposo y así pudiese la violencia cesar, o era un deseo con tinte de aprecio, cariño o amor hacia su esposo con el fin de complacerlo.

Después de dos años llegó su tercer hijo. Norma se sentía feliz y tranquila por la llegada del varón, recuerda que le preguntó a su esposo: “*¿ya te dijeron que fue varón?*” Y él de manera muy cortante asintió pero no mostró la emoción esperada. Los maltratos físicos y emocionales que causaban en Norma pérdida de autoestima, sentimiento de culpa, miedo, ansiedad y estrés continuaron. Si bien, ella todavía veía que su realidad era parte de su destino el cual no había cambiado para nada desde que se casó. Poco a poco en los siguientes años fueron despertando sentimientos de rebeldía frente a esa realidad. Mientras tanto la violencia no disminuyó, ni siquiera con la llegada del hijo varón a su hogar, y lo que ella veía como su destino era lo aprendido desde la iglesia católica, a pesar que ella iba a rezar a casi todos los santos y a pedir por una mejor vida junto a su esposo. Al final ningún santo católico le concedió el milagro de “componer” a su esposo, y de esa manera ella reafirmó la idea que tenía sobre su destino.

En el momento de la llegada de su cuarta hija en 1968, Norma sintió muchas angustias al ver que tenía tres hijos más que cuidar, su primera hija había cumplido seis años, la segunda

cuatro años y el tercero dos. Rich (1986) menciona que las verdaderas y agotadoras cargas de la maternidad son físicas, los embarazos continuos, el drenaje de los partos frecuentes y el cuidado de los niños. Sin duda Norma había pasado por embarazos continuos, de violencias cometidas sobre su cuerpo y voluntad, ninguno fue planificado y siempre se sintió forzada en cada encuentro sexual con su esposo. Desafortunadamente y debido a que su cuerpo no se había recuperado después de su cuarto embarazo, su leche materna se “seco” de sus senos. Además tenía que cuidar del resto de sus hijos quienes todavía estaban muy pequeños.

La trayectoria de las maternidades de Norma se desarrolla de manera descontrolada sobre su cuerpo, ella había perdido la soberanía sobre el mismo. En trece años de matrimonio tenía cuatro hijos, quienes también fueron parte constitutiva de su subjetividad ya que no solo se trataba de que ella cuide de sí misma, sino que carecía de los cuidados y afectos, sin olvidar, que escaseaba de condiciones esenciales para una vida digna y saludable. “Cuidar, atender, nos implica, y esto nos conduce irrevocablemente a la socialización, y en último término a la *identidad*, a la feminidad” (Vega, 2009:92). Es así como ella fue construyendo su identidad femenina. “No pueden ser conceptualizados en el paradigma social, no natural, de los derechos, se expresan como manifestación absoluta del altruismo y no emanan de un contrato entre iguales, sino de una ordenación pre-social y una inclinación singular de los sujetos (sexuados y emparentados)” (Vega, 2009: 93). En ese sentido, tanto la maternidad como todos los cuidados asociados a la misma, así como todas las tareas del hogar, son parte fundamental en la diaria formación de las subjetividades de las mujeres, y en este caso específico, el de Norma.

2.3 El proceso de rebelión. Una puerta de salida al círculo de violencia

“La experiencia nos moldea, al igual que el azar, las estrellas y el tiempo, nuestras propias adaptaciones y rebeliones, y, sobre todo el orden social de nuestro alrededor” (Rich, 1986:19).

Una vez que vino tomado de uno de esos viajes, el jefe le había dicho que asaltaban en la carretera, entonces andaba con una pistola, y una vez que vino y puso en la pared un sucre, me acuerdo con el mismo sucre le hizo un huequito en la pared y me dijo que cuente hasta tres para disparar en la pared... esas cositas me tenían en pendiente, con ese miedo, yo veía la pistola y me daba terror, y ahí me decía que cuente, me obligaba y yo lloraba... ¡cuenta, cuenta hasta tres!, en esa ocasión yo no quería, ya tenía mi segunda hija, y las dositas estaban dormidas, y yo no quería, yo no quería contar porque sabía que iba a disparar, como yo no quería entonces empezó a pegarme, ¡apúrate, apúrate! ¡Cuenta!. Y yo ya no podía más y esa vez fue la primera vez que yo le alcé la

mano, y ya no pude más y empecé a gritar, de ahí los dueños de casa salieron, intervinieron, llamaron al patrullero y le llevó la policía, ahí yo pasé separada de él como tres meses, no le avisé a mis padres por la vergüenza y me mantuve con lo que mi mamacita me ayudaba, solo unas dos veces me envió dinero tu papá. (Norma, entrevista, 2013).

Norma empezó a reaccionar de manera defensiva a los golpes de su esposo. Ella intentó hacer frente a los abusos y el maltrato conyugal aún con el miedo que él le producía, y sabiendo que después los golpes que podría recibir de su agresor serían más fuertes, ella se atrevió a dar ese primer paso; el de defenderse, era uno muy importante que le hizo despertar sentimientos reprimidos que el miedo los inmovilizó, pero que sería un avance hacia adelante con las esperanzas de romper con un ciclo de violencia continua.

A pesar de que después mi madre tuvo que recibir un golpe más fuerte en su rostro, el momento en que empezó a reaccionar fue primordial no solo para enfrentar sus propios miedos sino también para encarar a su agresor para que no la vea tan vulnerable. Tuvo que llegar a extremos fuertes de violencia para que se active una reacción defensiva en ella. Ella recuerda: *“una vez que me pegó bien feo, porque una de mis hijas se había caído y se lastimó el labio, esa vez me bañó en sangre, yo todo lo que hacía era taparme y llorar pero que rico que siento que una vez le agarre del pelo, pero con miedo... dios mío si le suelto me mata, y pues cuando le solté, igual me soltó un golpe que me dejó feo la cara”*.

Poco a poco empezó a ver otras posibilidades en su vida, ya estaba cansada no solo de la violencia sino también como ella dice: *“de vivir en los mismos cuartos sucios y feos, sin tener el sueño de prosperar”*. Afortunadamente, sus padres y hermanos siempre le apoyaron económicamente y ella emprendió la manera de ponerse a estudiar algo que le brinde las herramientas para poder tener su propio dinero y de esa manera independizarse y terminar con una relación conyugal violenta. Por esos años, su esposo estaba trabajando fuera de la ciudad, manejando un camión y se le hizo más fácil poder estudiar. Norma dice: *“Ahí me puse a estudiar, me sentía estudiante, yo agarrando los cuadernos me sentía otra cosa, me sentía emocionada, la verdad yo ya no le extrañaba, me sentí que yo valía algo más cuando me puse a estudiar”*. Su autoestima fue aumentando inclusive podía discernir entre su forma de verse y sentirse a ella misma.

Se graduó satisfactoriamente como la mejor estudiante de su promoción y enseguida pudo abrir un pequeño taller de costura y a pesar que no tenía mucho trabajo sabía que ya existía

una manera para poder ayudarse con los gastos de la casa. A pesar de siempre contar económicamente con el apoyo de su madre, la experiencia de obtener dinero por sus propios medios era fundamental para recobrar el valor sobre ella misma. Su esposo siguió siendo el mismo pero la diferencia era que algo en el interior de Norma ocurrió en ese entonces, ella sentía más fortaleza a pesar que el miedo siempre estuvo presente y cuando su esposo siguió con las agresiones, ella ya no aguantó y empezó a defenderse. De cualquier manera ella también le agredía cuando él iniciaba con el maltrato y de a poco, Norma fue tomando decisiones en su vida y de esa manera fue cambiando los significados hegemónicos de prácticas culturales y reutilizándolos para sus propios intereses y fines.

Otro de los sucesos muy importantes en la vida de Norma, fue el acceso a métodos anticonceptivos. Ella recuerda que era finales de los sesenta y apareció el uso de unos “óvulos vaginales” los mismos que eran introducidos en la vagina un poco antes de tener relaciones sexuales. Ella tenía temor de que su esposo se diera cuenta que los estaba usando, pero ya no quería tener más hijos en las circunstancias en las que estaba viviendo. Sabía que ya con cuatro hijos era muy difícil empezar un nuevo camino, pero si venían más sería mucho más extenuante. Ese sentido de control sobre su cuerpo sin duda, fue muy significativo sobre el dominio de sí misma. Sin embargo, los maltratos continuaban, pero ella empezó a enfrentar sus propios miedos y temores. Cada vez que devolvía un golpe en defensa frente a su esposo, era una manera de empoderarse de su cuerpo y con la decisión de tomar control sobre su fertilidad encaminando hacia la salida del círculo de violencia que estaba sometida.

Ya a principios de los años setenta en pleno auge del petrolero en el Ecuador, a pesar de que se percibía como una de las fuentes prometedoras para los ingresos económicos del país, se empezó a sentir también un apogeo por viajar al exterior, especialmente hacia los Estados Unidos. En la década del setenta, la corriente emigratoria mantuvo una tendencia estable y baja. (Artetas y Oleas, 2008). Mi madre recuerda que varios conocidos del barrio como algunos familiares habían encontrado contactos que podían tramitar el viaje hacia los Estados Unidos. La gente empezó a salir pero era difícil obtener la visa estadounidense y aunque mi madre no recuerda muy bien cómo obtuvo información del “contacto”, recuerda haber ido a la embajada mexicana con su hermana, quien viajó con ella, en donde le entregaron los pasaportes a la persona que pudieron contratar para que realice todas las gestiones del viaje y en el mismo día pudieron obtener las visas de México.

De acuerdo a Camacho (2009) la explotación del petróleo impulsó a la economía del país principalmente a los grupos dominantes del Ecuador y brindo fuentes de trabajo pero primordialmente a hombres quienes se movilizaron hacia el Oriente ecuatoriano en donde estaba el petróleo. Asimismo, a pesar que existía una entrada de divisas para el Ecuador por el auge del petróleo, de acuerdo con Kyle (2000) en años adelante hubo un declive que propició altos índices de inflación y las familias de clases medias y bajas fueron las más afectadas.

Norma señala: *“Yo solo tenía el sueño de tener lo que en 13 años no tuve con mi esposo, no teníamos nada, vivíamos en un cuartucho en lo que había sido una pensión de mala muerte”*. Mi madre dice que podían subsistir cada día, que se esmeraba en tenerles limpios a sus hijos, y como ya tenía conocimientos de costura, ella misma les hacía la ropa. Ella recuerda que en ese tiempo la gente hablaba mucho de la prosperidad que se podía alcanzar en Estados Unidos, en Nueva York, lo que significaba 25 sucres equivalentes a un dólar, que la gente ganaba en ese país por horas y ella empezó a hacer cuentas lo que ese dinero representaría en solo dos años, un monto que les ayudaría a comprarse una casa digna como era su sueño.

“Yo nunca pensé en abandonar a mis hijos, yo pensaba solo ir dos años y reunir todo el dinero que pudiera, pero desgraciadamente no es lo que uno piensa, ya que en un año tuve que pagar del pasaje y lo que se pago al contacto que nos saco la visa a México y los dos años se alargaron a 4 años, pero yo ya no quería vivir con él. Yo me voy, yo ya no aguanto más ésta vida. Y con la visa de México parecía que ya estaba allá y haciendo dinero, yo ya no soportaba que ni me tope, porque después de constatar que tenía una amante, ya no quería volver a estar con él, nunca pensé darles padrastro a mis hijos, pero ya eran 13 años” (Norma, entrevista, 2013).

Un poco antes de que Norma pusiera fecha para el viaje me cuenta que sus hijos se fueron a la casa de sus primos, y que ni se acuerda porque empezó una nueva pelea con su esposo, pero ella señala que ya no le tenía miedo. *“Atrévete porque ahora no te tengo miedo”*, ella agarró un armador de madera y lo enfrentó pero lastimosamente él le dio un golpe en la nariz, *“vi estrellas, se me nublo la vista, ya no, ya no quiero estar con él, y ahí sí armé el viaje, hablé con mis suegros y mis cuñados, ellos me dijeron: “váyase”, mi suegra decía: “ojalá hija ahí ya estando sólo el pueda cambiar”*. Mis hijos con pena pero contentos que iba a regresar con dinero estaban ilusionados, porque carecíamos de muchas cosas”. Norma dice que fue muy difícil contarles a sus hijos sobre la decisión que había tomado de viajar. Un día se sentó

frente a ellos y les dijo que sería muy lindo el tener las cosas que no pueden tener, les habló de tener una casa propia y que cada uno tuviera su cuarto bien limpio y bonito, ellos se entusiasmaron mucho y estaban de acuerdo en estar cansados de vivir en un ambiente muy hostil, de continua violencia y carestía, pero todavía no les pudo decir sobre la decisión que en pocos días realizaría.

Llegó el día del viaje, su esposo no estaba enterado, ella hizo todo a escondidas, su familia la estuvo apoyando, inclusive la familia de él, en especial su suegra. Fue muy duro y doloroso dejar a sus cuatro hijos, su última hija apenas tenía 5 años, sabía que no era fácil pero en ese momento ella sintió que era la mejor decisión. Ella dispuso dejar a sus dos hijas mayores con sus abuelos paternos y a sus dos hijos menores con sus abuelos maternos. Su plan era que al cabo de un par de años ella regresaría con dinero ahorrado para poder independizarse de su esposo y darles una mejor vida a sus hijos. *“Si me duele haberles dejado, no ciento por ciento porque dios sabe porque lo hice...”*

Transformación y autonomía

Los sucesos violentos de 13 años de vida matrimonial y un poco antes, en un periodo que lo podríamos llamar de “noviazgo” hicieron que Norma tuviera que construir su subjetividad sobre todos los obstáculos de un sistema machista. Ella es una mujer que experimenta su primera violencia al ser sometida sexualmente por aquel momento, su “novio”, luego desde sus padres quienes la obligan a casarse ya que solo “cumplían” con los mandatos de una sociedad estructurada patriarcalmente llena de prácticas morales para el “bienestar” de buenos individuos, principalmente para la “buena formación de las mujeres” y de esta manera, haciendo cumplir con el “contrato matrimonial y sexual”. No obstante, sus padres, en especial su madre le apoyaron para que ella pudiera construir su autonomía que eventualmente la llevaría a separarse de su marido.

La agresión física, sexual, emocional y psicológica que recibe Norma durante los años de su matrimonio, no solo ponen de manifiesto el poder arbitrario del contrato matrimonial sino que construye la subjetividad de mi madre a partir de la culpa, la vergüenza, el desamparo, el dolor y la melancolía. No obstante, Norma, cansada que *“ya no aguantaba más esa vida”* fue poco a poco haciéndole frente a sus propios miedos cuando se enfrenta a su agresor, su esposo, Ángel

quien es mi padre. El primer paso en ese proceso fue empoderarse de su cuerpo tomando fuerza y le “devuelve el golpe”, lo cual le ayudó a enfrentar sus inseguridades de sentirse sin poder ante él y ante ella misma. Luego, el poder asistir a clases de modistería le ayudaron a incrementar su autoestima y confianza y después el control sobre su cuerpo, con el uso de anticonceptivos. Este último paso muy importante para su autonomía ya que su cuerpo estuvo totalmente vulnerable, desprotegido, y además fue campo de batalla de las agresiones que recibió de su esposo. Y por último fue viajar hacia el exterior para poder parar con largos años de violencia pero el objetivo principal del mismo era ofrecerse y ofrecer a sus hijos una mejor calidad de vida, donde lo esencial sería terminar con un círculo de violencia.

En consecuencia, el ejercicio de la agencia que ejerce Norma la realizó a través de varios años con actitudes de rebelión que fueron frenando una violencia continua que la condujo a empoderarse de sí misma y que al final le dio el gran impulso de poder dar punto final a un matrimonio caracterizado por la violencia. De acuerdo a Foucault (1977), los mecanismos del poder imperantes en las sociedades como la prohibición, la censura, la denegación, son las formas según las cuales el poder se ejerce de un modo general. Bourdieu (2000) añade que los actos de conocimiento y de reconocimiento prácticos de la frontera mágica entre los dominadores y los dominados que la magia del poder simbólico desencadenan, y gracias a las cuales los dominados contribuyen, unas veces sin saberlo y otras a pesar de su propia dominación al aceptar tácitamente los límites impuestos. En ese sentido, los dominados se pueden dejar llevar por la magia del poder simbólico, dentro de estructuras de poder pero aun ahí, el sujeto puede reivindicarse y recuperar su autonomía individual. Mahmood señala que con los elementos acompañantes de coerción y consentimiento se puede llegar hacia la topografía de la libertad, pero para que esto suceda, se necesita de acciones desde la “propia voluntad” y no de la costumbre, tradición o coerción directa. (Mahmood, 2008: s/n)

Es importante también señalar sobre la dificultad de enfrentar y revivir el dolor cuando nos enfrentamos a las memorias del trauma, en el caso de la violencia vivida en mi madre. Sin embargo, Jelin (2002), Das (2008) señalan de la sanación que puede causar el poder exteriorizarlas.

CAPÍTULO III

EL SUEÑO AMERICANO: FANTASÍA, MEMORIA, LAS DIMENSIONES DE LA NOSTALGIA, MATERNIDAD A DISTANCIA, LIBERACIÓN DE UNA MUJER.



Imagen No1.- Parte frontal de una postal enviada por Norma a su segunda hija Ivonne en el año de 1977. La imagen representa el parque de diversiones de Disney World de los Estados Unidos.

Un parque de diversiones como el de Disney World constituye mucho más que un lugar para la distracción de niños, jóvenes y adultos. Disney es una de las representaciones de la ideología estadounidense que vende al mundo una fantasía, un sueño idóneo de la felicidad. El castillo mágico, símbolo central del parque de diversiones flotando entre nubes es muestra que los sueños se pueden hacer realidad, que la felicidad que demuestran todos los personajes que aparecen en la postal es realizable no solo para las personas que viven en los Estados Unidos sino para cualquiera que anhele llegar a vivir en este país o por lo menos a poseer objetos que lo represente.

La postal presentada al inicio de este capítulo fue enviada por mi madre desde los Estados Unidos a su segunda hija en el año de 1977. Al entrevistarla me contestó que simplemente quiso extender de alguna manera lo que sus ojos vieron al poder ir a un parque para niños tan maravilloso como ese. Aunque también sintió una mezcla de sentimientos entre emoción, tristeza y nostalgia de no poder compartir esos momentos con sus hijos, Norma señala que en aquel momento esa postal tan colorida era un regalo único para sus hijos.

El uso de cartas, postales, tarjetas y fotografías enviadas entre migrantes y sus familiares y amigos son parte de la cotidianidad de la migración, se podría decir que hasta cierto punto es fundamental para continuar estableciendo lazos de afecto y amor. Como documentos históricos estos nos permiten recuperar la memoria social y facilitan matizar aspectos de diversos contextos. Como lo señala Lavin “cualquier documento histórico permite acercarse a dimensiones particulares del pasado, y estas cartas no son la excepción a esa regla. Agudizan sí, problemas inherentes a toda interpretación histórica, diferenciar entre objetividad y subjetividad, que sin duda nos facilitan para construir un contexto” (Lavin, 2003:13,14).

Las fotos son el conjunto de imágenes que pretende mostrar el alcance de éxitos y las tarjetas son las visiones del futuro y la evocación de los deseos y anhelos de Norma hacia sus hijos. De acuerdo a Carrillo, “las familias transnacionales preservan la idea de “conexión” para no perder los lazos de las relaciones que los unen y para mantener esas redes se necesita también la reproducción de un capital económico, social, afectivo y simbólico de las familias que se encuentran separadas mediante el envío de remesas, fotografías y cartas” (Carrillo, 2008:285).

Nichols señala que estamos rodeados de imágenes, unas son creadas por nosotros mismos y otras son fabricadas de manera artística o comercial. “Las imágenes representan (representan) algo más y representar con imágenes es simbolizar lo cual es básico para la intercomunicación ya que por medio de los mismos podemos entrar en procesos de comunicación” (Nichols, 1981:1). En ese sentido, las imágenes creadas desde “Disney World” representados por símbolos de princesas que viven en el ideal de pareja y familia, animales humanizados que son parte de los cuentos con finales felices creados por Disney son sustentados por una ideología capitalista, mercantilista y de consumo, parte fundamental de la sociedad estadounidense y de donde se conforma el “sueño americano”.

Además, las imágenes pueden adquirir significados diferentes de acuerdo a la edad de sus espectadores, por ejemplo en el caso de los niños les pueden transmitir representaciones del mundo que los rodea o de otros que no conozcan físicamente usando su imaginación trasportándolos a otros espacios. Díaz-Gómez señala que “tanto los videos como las fotografías reconstruyen y recrean de manera vivencial los escenarios norteamericanos, donde los miembros migrantes, como actores sociales, presentan a los parientes de la localidad la manera de hablar, de vestir y del consumo que hacen de bienes materiales como ropa, vehículos, juguetes, casas, aparatos eléctricos, etcétera. “ (Díaz-Gómez, 2002:235).

Para esos años los Estados Unidos continuaba en la Guerra Fría que había iniciado alrededor de 1945 al finalizar la segunda guerra mundial. Hook y Spanier (2010). El modelo económico de los Estados Unidos en los años setenta se veía reflejado bajo la teoría de la modernización de acuerdo a Caicedo-Rascos que cita a Lewis, y señala que “la migración desempeñaba un papel central ya que podía contar con suficiente mano de obra que le permitía bajar la tasa de salarios. Asimismo, el proceso de industrialización que se dio más tarde produjo un aumento de la inversión extranjera de los países desarrollados en países periféricos, lo cual aportó al desarrollo económico y estimuló la emigración. Fernández-Kelly (2009) menciona que en Nueva York, Los Ángeles y Miami, los inmigrantes se transformaron en los proveedores de mano de obra favorecidos en las empresas pequeñas especializadas en la producción de bienes: desde ropa hasta electrónica.

Además, de acuerdo a Escobar (2007) a partir de la segunda posguerra, se produjo discursos sobre cómo “desarrollarse” desde los países que se consideraban “subdesarrollados” permitiendo en sus sociedades la intervención de expertos y políticos occidentales y estos comenzaron a ver como ciertas condiciones de lo que se percibía como pobreza y atraso de Asia, África y Latinoamérica, elementos para impulsar el “desarrollo”. Creado inicialmente en Estados Unidos y Europa occidental. Este modelo de intervención de los “más desarrollados” hacia los “menos desarrollados” originó una relación de subordinación entre Estados Unidos y Ecuador.

Norma, mi madre pasó a formar parte de esa sociedad estadounidense que le ofrecía el atractivo de todos los símbolos del sueño americano. Además, le permitió obtener una estabilidad económica transformada en autonomía, que no tenía cuando vivía en Ecuador.

Llegar a este país era una nueva oportunidad en su vida y se sumó a los millones de migrantes viviendo ahí, quienes como objetivo principal buscaban conquistar el “sueño americano”, es decir, acceder al sueño ofrecido de las oportunidades de bienestar y prosperidad para ellos y las familias transnacionales, lo cual era reflejado en el consumo de bienes materiales.

Pero además, cuando la migración les cruza a ciertas familias esas memorias se entrecruzan con la nostalgia y la melancolía. Lowenthal, (1989) nos habla que las personas que han tenido que migrar expresan nostalgia por los años que vivieron en los países de migración, pero además como la nostalgia puede llegar a romantizar desde sentimientos de felicidad, tristeza o añoranza, inclusive en algún momento la nostalgia fue vista como una enfermedad con síntomas definidos. Por esta razón, en la presente investigación la nostalgia es abordada ya que viene siendo parte de las añoranzas de los recuerdos y memorias a partir de la migración de mi madre. Ella dimensiona dos tipos de nostalgia. La primera nostalgia es relacionada al tiempo que ella vivió en los Estados Unidos evocándola desde el presente. La segunda dimensión es acerca de la nostalgia que ella rememoraba hacia sus hijos en esa época. Estas dimensiones ocasionan una romantización de la memoria.

El presente trabajo tiene la fortaleza de tocar los recuerdos del pasado para traerlos al presente y poder revivirlos con la narración para entender los procesos de la migración y sus actores. Sin embargo, el momento de recordar nos podemos encontrar con fracturas, olvidos y silencios y para tratar de encubrirlos los omitimos de nuestras narraciones. Al ser mi madre la persona encargada de narrar ese pasado, la presente investigación tiene la debilidad de caer en el plano de “guardar las apariencias” o de mostrar el “mejor lado de la maternidad” frente a mí, la encargada de realizar esta investigación, pero también su hija. Por tanto es importante mirar cómo el traslado de la madre significa un fragmento representativo de las relaciones Estados Unidos-Ecuador.

La reflexión de Jelin sobre la construcción de las narrativas en el acto de recordar u olvidar afirma que es un proceso subjetivo, activo y construido socialmente, en diálogo e interacción. “El acto de recordar presupone tener una experiencia pasada que se activa en el presente, por un deseo o un sufrimiento, unidos a veces a la intención de comunicarla”. (Jelin, 2002:27) Asimismo, señala que la memoria es selectiva, la memoria total es imposible.

Una de las formas como Norma trató de mantener su figura de madre fue por medio del envío de cartas, tarjetas, postales, fotografías, regalos y dinero a sus hijos. Todos estos medios le permitieron plasmar sus sentimientos y deseos hacia sus hijos así como la construcción de ella como mujer-madre a la distancia. Es importante señalar que detrás de las imágenes de aquellas tarjetas, postales y regalos enviados desde los Estados Unidos, también existía un imaginario de este país llamado el “sueño americano”. De esta manera, Norma no solo construyó su maternidad a distancia sino que también transmitió y extendió esa imagen de éxito y prosperidad hacia el Ecuador.

Este capítulo se basará en el análisis y la interpretación de tarjetas, postales y fotografías enviadas por mi madre a sus hijas e hijo en el periodo comprendido desde 1973 hasta 1977. A través de la nostalgia se construye las relaciones de intersubjetividad de esta familia. Jelin señala, “la experiencia es vivida subjetivamente y es culturalmente compartida y compartible. Es la agencia humana la que activa el pasado, corporeizado en los contenidos culturales. La memoria, entonces, se produce en tanto hay sujetos que comparten una cultura” (Jelin, 2002:37). Parte de esa cultura era el intercambio de todos esos detalles. De lado y lado existía un deseo por recibir y enviar los mismos que son parte de una cultura. Arfuch añade que “el trabajo de las biografías nunca es “unipersonal”, aunque pueda adoptar tonos narcisísticos, sino que involucrará necesariamente la relación del sujeto con su contexto inmediato, aquel que le permite situarse (auto) reconocimiento, la familia, el linaje, la cultura, la nacionalidad” Arfuch (2002: 108).

Por lo tanto, el objetivo de este capítulo pretende indagar la memoria a través de una etnografía visual, por medio de los documentos antes mencionados en conjunto con la voz narrativa de Norma para poder recobrar elementos del pasado, en especial de una etapa en la cual existió una migración internacional en el Ecuador hacia los Estados Unidos pero que las historias de vida de esos migrantes han sido poco estudiados. Por lo tanto me pregunto, en base a la historia de vida de mi madre, *¿Qué cambios subjetivos ocurrieron en su vida después de emigrar hacia otro país por razones económicas pero además escapando de una relación de violencia marital? ¿Cómo construyó Norma su maternidad a distancia?*

Para poder responder a estas preguntas, he basado el desarrollo metodológico de este capítulo en el uso de tarjetas, postales y fotografías recopiladas en el intercambio de mi madre

con sus hijos el momento que ella decide viajar a los Estados Unidos que después de aproximadamente treinta y cinco años mi madre mantuvo guardado todos estos documentos en una caja de metal. Sin embargo las cartas enviadas de ella a sus hijos no sobrevivieron el paso de los años, mis hermanos señalan que no recuerdan en qué momento se extraviaron, dicen que seguramente cuando se mudaron y se perdieron junto con otras pertenencias. La manera en cómo fueron escogidos estos documentos fue a partir de la selección personal de mi madre. Le pedí que ella seleccionara las tarjetas de acuerdo a su gusto, motivaciones personales o recuerdos que le fueran evocados y que quisiera compartir.

También he empleado entrevistas a profundidad a mi madre, realizadas desde Ecuador, así como el uso de un cuestionario con preguntas estructuradas a personas que han emigrado hacia los Estados Unidos en la década de los setenta, lo cual me permitirá poder construir un contexto histórico más amplio y profundo de las experiencias de los migrantes ecuatorianos en los Estados Unidos en esos años.

El capítulo ha sido dividido en los siguientes ejes de análisis: El primer eje se refiere a *Mi madre, el Contexto Migratorio y el Sueño Americano* en el cual se narra el transcurso para llegar a la ciudad de Nueva York, sus primeros trabajos, la construcción de redes sociales con otros migrantes y su nuevo estilo de vida comprendido en aspectos como sus momentos de diversión o distracción, tejiendo amistades y logros personales. El segundo eje comprende los *Rituales maternos a la distancia* construido a través del envío de las tarjetas, postales y fotografías, las mismas que son las herramientas que de alguna manera le permitió a Norma prevalecer ante el olvido total de sus hijos. Y el tercer eje de análisis se enfoca en el *Proceso de individuación de recuperación del yo* es decir los cambios subjetivos de Norma en los Estados Unidos.

3.1 Mi madre, el Contexto Migratorio y el Sueño Americano

De acuerdo con Garcés (2005) la mayor parte de personas que migraron en la década del setenta provenían de las provincias de Guayas, Manabí, y El Oro. La población que salió de Quito hacia los Estados Unidos en dicha década eran generalmente ex-funcionarios de gobierno, diplomáticos, militares, personas que tuvieron alguna representación en Estados Unidos. Pero de acuerdo a información recopilada en base a los cuestionarios que realicé a personas que viajaron

de Quito a Estados Unidos en los años setenta, encontré hallazgos² muy generales pero que apoyan de alguna manera la presente investigación.

Las políticas migratorias de los Estados Unidos para Latinoamérica de acuerdo con Facchini y Steinhardt (2010) cambiaron sustancialmente en los años setenta ya que la economía de los Estados Unidos fue golpeada por la primera crisis petrolera lo que produjo un alto índice de desempleo combinado por una inflación muy alta, por lo cual el Congreso estadounidense formuló una serie de leyes migratorias restrictivas especialmente para los migrantes mexicanos que eran los de mayor población latinoamericana en ese país.

Por otro lado en el Ecuador en la década de los setenta según Camacho (2009) la explotación del petróleo impulsó a la economía del país pero principalmente a los grupos dominantes del Ecuador y brindó fuentes de trabajo pero especialmente a hombres quienes se movilizaron hacia el Oriente ecuatoriano en donde estaba el petróleo. Esto no produjo grandes cambios en la situación socioeconómica de las mujeres. Asimismo, a pesar que existía una entrada de divisas para el Ecuador por el auge del petróleo, de acuerdo con Kyle (2000) en años siguientes hubo un declive que propició altos índices de inflación y las familias de clases medias y bajas fueron las más afectadas, lo que pudo haber provocado la emigración de muchos ecuatorianos.

Sin duda, esa crisis económica afectó a las familias pertenecientes a las clases más bajas de las cuales mi madre era parte. La idea que ella tuvo de viajar se produjo el momento que empezó a escuchar sobre las oportunidades laborales que existía en los Estados Unidos, escuchaba que generalmente había una demanda de trabajos en fábricas y en limpieza de oficinas, que a pesar que los migrantes tenían que trabajar arduamente se podía ahorrar durante unos años para poder adquirir bienes materiales y así lograr una estabilidad económica. Mi madre ya escuchaba

² Las personas que me colaboraron con esta información fueron dos hombres y dos mujeres, pertenecían a una clase media baja, tenían entre 20 a 30 años. Un hombre y una mujer viajaron con visa legal a los Estados Unidos y los otros dos sin visa. Quienes viajaron con visa habían cursado los primeros años de universidad y tenían un poco de noción del idioma inglés. En un principio tuvieron que trabajar en fábricas realizando trabajos fuertes pero con el tiempo pudieron acceder a trabajos menos laboriosos. Las otras dos personas viajaron a los Estados Unidos cruzando la frontera de manera "ilegal" realizaron trabajos en fábricas y de limpieza. El hombre entrevistado pudo aprender inglés en un tiempo más corto que la mujer entrevistada, de ésta manera subió de posición en su trabajo, y la mujer se dedicó al trabajo doméstico y a la crianza de sus hijas que llegaron en unos años.

sobre el “sueño americano” y la prosperidad económica a la que muchos migrantes podían acceder el momento de llegar a ese país. Por esta razón ella vio una doble oportunidad al viajar al exterior.

La explotación de petróleo en el Ecuador estableció cambios en la estructura social, así como el crecimiento poblacional originó una urbanización estimulando la creación de nuevos grupos sociales: una élite industrial y comercial, una creciente clase media y una gran masa de pobres urbanos, entre ellos mi familia, formada por unos padres jóvenes con cuatro hijos que no podían ni siquiera mantenerse de manera autónoma ya que siempre necesitaron de la ayuda económica de sus padres. Mi padre no tenía un trabajo estable, era chofer de un taxi, luego de un camión interprovincial y lo que le daba a mi madre para que distribuyera en los gastos de la casa no era suficiente. Mi madre a pesar que en los años previos antes de emigrar pudo estudiar modistería y costura, no podía todavía establecer un negocio que le produjera las ganancias necesarias para mantener sola a sus hijos.

Partiendo de Quito, llegando a Nueva York

En una mañana, a finales de 1973, Norma y su hermana menor se despedían de sus familiares entre lágrimas y abrazos en el aeropuerto internacional de Quito rumbo a México. Lo que a Norma le llenaba de esperanza y fuerza en esos momentos que se despedía de sus cuatro hijos era el sueño de regresar a Ecuador con dinero ahorrado que le permitiera obtener una autonomía económica para así poder sustentarlos y no volver a depender de su esposo, ni el resto de su familia. El destino final era la ciudad de Nueva York, pero el trayecto tenía algunas paradas para cruzar la frontera de México-Estados Unidos por tierra.

La persona encargada de contactarles con las personas que le llevarían de un punto a otro era un señor de apellido Mena, quien era amigo de un vecino del barrio en donde ellas vivían. El mismo agilizó el trámite de las visas para México y les dio los nombres de las personas en cada punto de cruce, así como las direcciones y referencias para llegar a los sitios indicados para finalmente llegar a la ciudad de destino: Nueva York. Por la tarde del mismo día Norma y su hermana estaban llegando a México Distrito Federal. “*Me parecía un sueño estar en México*”, era su primer viaje internacional. Hace unas horas había estado sumergida en otro contexto y ahora estaba por primera vez en su vida arribando a un nuevo país. El “contacto” de Ecuador

les dio la dirección de un hotel al cual pudieron llegar tomando un taxi desde el aeropuerto de México D.F. Y enfrente estaba ubicada una empresa de transportes que fue en donde compraron los pasajes de autobús hacia Tijuana.

Al siguiente día, por la mañana continuaron su viaje hacia Tijuana y una vez que llegaron a la frontera debían ir a una cafetería que estaba ubicada frente al terminal de autobuses. Detrás de esa cafetería existía una oficina en donde tenían que decir que iban de parte del señor Mena de Quito. Ella menciona que había un patio con varias personas y que tenían acentos o dialectos de diferentes países; las personas que les atendieron empezaron a mirar entre unos álbumes de identificaciones de personas mexicanas que se parecieran físicamente a ellas. Una vez que encontraron las fotografías más parecidas a su fisionomía en los documentos, ellas debían memorizar toda la información de las identificaciones escogidas. Luego les llevaron a una bodega y les dijeron: *“para pasar la frontera ustedes tienen que dejar aquí todas sus cosas, solo pueden pasar con su carterita y nada más”*, luego les explicaron que ellas pasarían la frontera con las identificaciones que les dieron en los días en los cuales existían ferias de ventas en la ciudad fronteriza del lado estadounidense que era San Diego.

Nosotras teníamos que presentarnos con esa identificación frente a un oficial de migración de los Estados Unidos, el nos daba un permiso por un día para realizar compras de esa feria, luego pasábamos un tornio y ahí por fin ya estábamos al otro lado. Pero verle a esa gente si da un poco de recelo, un poco de miedo y nerviosismo, primero por el idioma y luego verles tan altos tan fornidos, esa presencia que tienen los norteamericanos (Norma, entrevista, 2013).

Luego de cruzar la frontera sin ningún problema se subieron a un bus que estaba estacionado en el parqueadero de un centro comercial, ellas iban con seis personas más. Norma recuerda que mientras el bus iba avanzando todo el paisaje fue cambiando, *“Ya pasando ese tornio, todo cambió, las casas ordenadas, el césped bien verde, las calles bien grandes, bien limpio, a diferencia de México, yo sentía ahí mismo que estaba cumpliendo mi sueño cuando ese señor ya dijo que eso era San Diego”*. Enseguida ellas y seis personas más se bajaron del bus y la persona que les guiaba alquiló un taxi y les llevó a una casa, ahí les dijo que estaban a las afueras de San Diego.

La persona que les había llevado hasta ahí habló en inglés con la persona que les recibió en esa casa, Norma y su hermana, no tenían la mínima idea de esa conversación y ella dice: *“eso*

si era una maravilla, para mí fue hermoso, escuchar hablar inglés a esos señores mexicanos, mis hijos tienen que aprender inglés, era un sueño mío que mis hijos aprendieran el inglés”. En esa casa había como unas diez personas más de diferentes nacionalidades. Ahí les dijeron que con toda confianza tomaran cualquier alimento de la refrigeradora, y mi madre dice que esa fue la primera impresión que le causó sobre ese país. “Me sorprendí de ver una refrigeradora grande llenita de comida, de leche, de queso, de colas, comimos algo y luego nos dijo que hablemos bajito, que no estemos espiando a nadie, ni abriendo las cortinas”.

Después de haber descansado un poco, llegó una persona de nacionalidad estadounidense, de facciones anglosajonas, quien no hablaba nada de español y uno de los señores mexicanos que les recibió en esa casa les dijo que se alistaran porque en poco estarían de salida para la ciudad de los Ángeles en el carro de ese señor. Salieron al garaje el cual estaba oscuro y ahí estaba un carro antiguo bien largo, alzaron la cajuela, y les dijeron que ahí se tenían que acomodar, que el espacio era grande para seis personas.

Estábamos entrecruzados, y yo le agarraba los pies a mi hermana y con un pañuelo que llevaba me coloqué en la cara porque justo me rozaba con algo caliente, y nos advirtieron: “pero por favor el momento que pare el carro no pueden hablar en absoluto”, el carro iba bien rápido y solo paró una vez, ahí pudimos escuchar que ese señor hablaba en inglés con otro y luego siguió manejando, luego supimos que era un control de policías. Luego llegamos a otra casa, de igual manera nos dijeron que nos preparemos cualquier cosa, que la nevera estaba llena (Norma, entrevista, 2013).

Al otro día uno de esos señores les pidió el resto del dinero que se había acordado por el cruce de la frontera y también para los pasajes de avión que les llevaría finalmente a Nueva York. Norma y su hermana pagaron doscientos dólares, cien por cada una y después de más o menos unas dos horas ya tenían sus boletos de avión para viajar al siguiente día. “Nadie nos trató mal, nadie se sobrepasó con nosotras, todo fue tranquilo, solo el momento que tuvimos que entrar a esa cajuela del carro sentí mucha angustia y miedo.

Llegaron a Nueva York por la noche, Norma y su hermana estaban sorprendidas por la inmensidad del aeropuerto y de ver tanta gente. Tomaron un taxi y sin saber más que el “thank you” y el “okey” le dieron al chofer la dirección de la casa de una amiga de mi madre que había aceptado darles hospedaje. Mientras el taxista manejaba, ellas veían por la ventana la cantidad de gente, de luces y movimiento. “Esa inmensidad de la ciudad era tremenda, veíamos los rascacielos, parecía que estaba en otro mundo, las luces, mi corazón latía de emoción pero al mismo tiempo pensaba en mis hijos, me imaginaba que estarían haciendo en ese momento”.

Cuando mi madre llegó a los Estados Unidos a finales de 1973 se vivía cambios extremos en este país de acuerdo a Zinn (1980) Existía un ambiente de revuelta general en contra de todo lo opresivo e incuestionable sobre las maneras de vivir incluyendo la liberación femenina. En los setenta se dieron cambios que toparon los aspectos de la vida personal de la gente como el amor, sexo, matrimonio, moda, música, arte, deportes, lenguaje, comida, religión, literatura y muerte. La guerra contra Vietnam continuó hasta 1975 y las protestas nunca cesaron. Esta generación fue vista como la generación de la brecha, la diferencia, el contraste, “the generation gap”. Es decir, la que abrió nuevos caminos entre las diferencias de género, étnicas/raciales, de grupos sociales, y en donde cada grupo pudo salir a protestar por sus derechos.

De acuerdo a Martin, “durante esa época más del 68% de inmigrantes llegaron a vivir en uno de los siguientes seis estados: California, New York, Florida, New Jersey, Illinois, and Texas” (Martin, 2011:191) pero Norma escogió llegar al estado de Nueva York porque tenía el contacto de una amiga de la infancia que vivía ahí. Ella llevaba viviendo en esa ciudad aproximadamente unos tres años y trabajaba en una fábrica. Cuando llegaron a su casa les recibió amablemente y les dijo que enseguida que supiera de alguna oportunidad de trabajo les dejaría saber, pero que apenas estuvieran trabajando tenían que pagar por el alojamiento y la comida desde el primer día que arribaron a su casa. Norma señala que esa diferencia cultural le impactó ya que en el Ecuador nunca se cobraba a las visitas por hospedaje y peor por comida, a lo mucho se recibía algún detalle como regalo de agradecimiento.

Más o menos a la semana de haber llegado, ella pudo conseguir su primer trabajo en una fábrica cosiendo bolsas para aspiradoras por medio del cuñado de su amiga. Su amiga le consiguió una identificación bajo el nombre de *Magdalena Lema*. En su primer día de trabajo su amiga le acompañó hasta Manhattan, “*la primera vez subiéndome a esos trenes inmensos fue impresionante, ver una ciudad debajo de una ciudad, y cuando mi amiga me dijo que parte del tren era debajo el mar no lo podía creer, pensaba que me estaba mintiendo o se estaba burlando de mi, ya luego me di cuenta que si era verdad*”.

Estuvieron en la casa de su amiga alrededor de un mes, para entonces, ya se habían contactado con el esposo de una sobrina que vivía en Nueva York por casi tres años. Este señor les ayudó a conseguir un trabajo en otra fábrica que les pagaban un poco mejor el cual consistía en colocar estampados y lentejuelas en unas camisetas. En este sitio ellas tenían compañeras

ecuatorianas, dominicanas, chilenas, en su mayoría mujeres, el jefe era puertorriqueño y el dueño era un “gringo”. Mi madre menciona que hubiera querido aprender más inglés pero que la mayor parte de tiempo compartía con gente hispana, *“ese fue mi error de no involucrame con otras personas, y por eso no pude aprender inglés, si fui a una escuela gratuita de inglés, pero por el frío extremo dejé de ir y no me esforcé en aprender inglés, de todas maneras mi meta más importante era poder reunir dinero para regresar lo más pronto”*.

Norma inició ganando 2.40 dólares por hora y lo que obtenía por cuarenta horas de trabajo a la semana no significaba mucho para sustentar sus gastos personales y además enviar dinero a sus hijos, así que enseguida se puso a buscar otro trabajo por las tardes. Después de unos días consiguió un segundo trabajo cosiendo correas, le pagaban según la cantidad que terminara y como ya tenía más destreza usando la máquina industrial pudo sacar unos dólares extras a la semana. Safa (1992) nos cuenta que existía la modalidad de trabajo a destajo en los hogares de las inmigrantes y eso generaba explotación salarial en ellas, en especial en las mujeres ya que podían pasar horas de horas realizando trabajos forzosos y su pago era de acuerdo a la cantidad de artículos terminados sin importar el grado de dificultad en ser elaborados.

Además Safa añade que la historia de la industria de la confección en los Estados Unidos a mediados de los años setenta y principios de los ochenta tiene tres etapas: “la primera basada en la utilización de una fuerza de trabajo local, incluido el reclutamiento en área rurales, la segunda perteneciente al trabajo de inmigrantes, y la tercera etapa a la modalidad de maquiladoras” (Safa, 1992:109). Mi madre fue parte de la segunda etapa que consistía en el trabajo de inmigrantes. Ella afirma que nunca sintió ningún tipo de discriminación aunque recuerda que el trabajo era muy fuerte y que no contaban con todos los beneficios, pero para ella como para muchos inmigrantes, el tener un trabajo en los Estados Unidos era suficiente como para agradecer, ya que un trabajo extra si les permitía poder ahorrar para subsistir y enviar remesas a sus familias.

De su segundo trabajo salía a las siete u ocho de la noche y regresaba caminando al departamento que compartía con su hermana en la calle catorce en el mismo sector de Manhattan. Eran unos cuartos que se rentaban con cocina, refrigeradora y camas. El resto de muebles de su pequeño departamento fueron conseguidos cuando salían a caminar por los

callejones detrás de las casas en donde les habían contado que la gente dejaba cosas en buen estado. Ahí pudieron conseguir unos aparadores, un planchador y unas mesitas.

En los días de descanso del trabajo, ellas aprovechaban paseándose por los sitios más reconocidos y turísticos de Nueva York. Ella menciona que haber conocido la Estatua de la Libertad era un sueño cumplido, era como *“verdaderamente sentirse en Nueva York”*. Y por el transcurso del tiempo que vivió ahí fue conociendo otros sitios emblemáticos de esa ciudad. *“Tuve la felicidad de entrar al Madison Square Garden, eso fue fantástico, pude conocer la Quinta Avenida, las Torres Gemelas, el Rockefeller Center, caminar por las calles llenos de rascacielos, eso me llenaba de admiración pero al mismo tiempo de sufrimiento porque no estaba disfrutando de todo eso con mis hijos. Todas esas cosas son lindas, son fantásticas de conocer pero siempre hay un vacío”*.



Imagen No2.- Norma conociendo la Estatua de la Libertad en la ciudad de Nueva York.

Pedí a mi madre que escogiera las fotografías que le significaron o le marcaron en su vida durante el tiempo que ella vivió en los Estados Unidos. La imagen número dos pertenece al año 1974, unos meses después que arribó a Nueva York y fue tomada por su hermana con una cámara de ella misma con quien salió en su día de descanso del trabajo. Recuerda que fue su primer verano en esa ciudad, dice que ella quería conocer y llevarse recuerdos fotográficos de la ciudad de Nueva York la cual dice ella, *siempre ha sido muy visitada por turistas de todas partes del mundo y el poder caminar por sus calles siempre fue mágico*. Llevarse el recuerdo de haber

visitado la Estatua de la Libertad y de haber caminado por las calles en donde se levantaban los *rascacielos era una fantasía hecha realidad.*

Ella menciona que quería ver a sus hijos en mejores condiciones porque habían pasado muchos años de carencia, nunca les faltó lo indispensable pero no vivían en un departamento acogedor con las cosas necesarias para cada uno de sus miembros. Para ella era deprimente ver al Ecuador sin futuro porque esa desesperanza le incluiría a ella también, por esa misma razón decidió salir del país. Se acuerda que existía mucho contrabando de Colombia y Perú y que en el país no se estaba produciendo nada. Le cansaba ver los mismos gobiernos turnándose por sacar el dinero del pueblo. Ella veía a una clase media baja siempre con carestía y no aceptaba cuando escuchaba de la gente decir: *“pobres somos y así vamos a morir”* porque ella siempre vio en su madre a una mujer luchadora, trabajadora que le gustaba ahorrar dinero para poder adquirir bienes materiales y ella quería seguir ese ejemplo. Además señala que en esa época en el Ecuador no existían muchas oportunidades de trabajo y le molestaba que siempre pidieran experiencia de trabajo y era mucho más difícil para una mujer con cuatro hijos.

La idea más conocida atribuida al “sueño americano” es la prosperidad y el éxito obtenidos a través del trabajo rígido pero bien recompensado de los habitantes de los Estados Unidos, esto incluye a ciudadanos de ese país y de manera especial a los inmigrantes que van llegando, tomando en cuenta que ese país ha sido conformado a partir de las migraciones. Cullen (2004) señala que Adams, autor de series de libros populares de la historia estadounidense quiso escribir un libro sobre la historia de los Estados Unidos en 1931 en donde menciona: “el sueño americano para una mejor, abundante y feliz vida para todos nuestros ciudadanos de cada rango, la cual es la más grande contribución que nosotros hemos hecho al bienestar del mundo” (Cullen, 2004:14).

Siguiendo a Collen, esa idea del “sueño americano” se ha mantenido como uno de los elementos más importantes de la identidad nacional de los estadounidenses que permanece hasta hoy en día. Inclusive, la esposa del presidente de los Estados Unidos, Michelle Obama, hizo alusión recientemente sobre el “sueño americano” alcanzado por ella y su esposo, Barack Obama

nacido en Honolulu-Estados Unidos en el discurso de la oficialización de la candidatura a la reelección de su esposo.³

La idea de un “sueño americano” se encuentra muy vigente en la identidad de los estadounidenses, pero asimismo en varias etapas de la historia de los Estados Unidos, ese “sueño americano” no solo fue creado para impulsar la ambición de conseguirlo entre sus habitantes sino también que ha tratado de vender al mundo esa imagen e identidad desde una ideología dominante. Uno de esos claros ejemplos fue la creación del “mundo Disney” difundido a través de los medios de comunicación.

En este mundo de lo cotidiano se verifica, igualmente, el papel del andamiaje jurídico, institucional reproductor de la ideología dominante, uno de cuyos instrumentos más eficaces lo constituyen los medios de comunicación de masa. En la frecuentación permanente con las ideas de la clase hegemónica de la sociedad, la que posee materialmente los medios e impone el sentido de los mensajes que emite, los hombres elaboran su manera de actuar, de observar la realidad (Dorfman, Mattelart, 1972:5).

La segunda parte de la imagen número uno sobre el castillo de Disney World y que es mostrado al principio de este capítulo (imagen número 3), Norma quiere transmitir a su hija adolescente de 14 años de edad, la ilusión de aquel parque de diversiones. Inicia escribiéndole con una frase en inglés: *“happy day valentine”* en mención al día de San Valentín, día de celebración que representa otro de los símbolos de la cultura de los Estados Unidos. Prosigue el relato anunciando el “castillo de Alicia”, personaje principal del cuento creado por Disney: Alicia en el país de las maravillas. Ese país de las maravillas, sin duda es la representación del país de los Estados Unidos, el cual en cada símbolo ha pretendido mostrar que lo imposible de un cuento puede ser posible, pero solo en ese país generalizando simbólicamente al castillo de

³ Barack, sabe del sueño americano porque él lo ha vivido, y él quiere que cada uno en este país tenga la misma oportunidad de vivirlo, sin importar quien seas, o de dónde vienes o que imagen tengas o a quien amemos. Si los agricultores y herreros pudieron ganar la independencia del imperio, si los inmigrantes pudieron dejar atrás todo lo que tenían por una mejor vida en nuestras costas, si las mujeres pudieron ser arrastradas a las cárceles por la búsqueda del derecho al voto, si toda una generación pudo derrotar una depresión y definir la grandeza de todos los tiempos, si un joven predicador pudo elevarnos hacia la cumbre de la montaña con su sueño justo y si los americanos orgullosos quieren ser quien quieren ser y valientemente estar de pie ante el altar con quien ellos aman, entonces verdaderamente, verdaderamente, nosotros podemos dar a todos en este país, el chance justo hacia aquel gran Sueño Americano. Porque al final, más que todo, esa es la historia de la esperanza inquebrantable basada en la inflexible lucha. De esa está hecha mi historia y la historia de Barack y de muchas otras historias de americanos (Discurso Michelle Obama, 2012, la traducción es mía.)

Alicia a una nación completa. Johnsen y Lakoff mencionan que los “sistemas conceptuales de culturas y religiones son metafóricos por naturaleza. Los símbolos metónimos son enlaces críticos entre las experiencias del día a día y el sistema metafórico coherente que caracteriza religiones y culturas. Son originados en nuestra experiencia física, y proveen significados esenciales de comprensión religiosa y conceptos culturales” (Johnsen y Lakoff, 2003:41). En ese sentido, se construye una nación en base de símbolos que quieren generalizar a un todo.

Asimismo, los discursos que se iniciaron sobre desarrollo auspiciados por Estados Unidos y Europa pretendían posesionar a estos países como el centro de la racionalidad e inteligencia. Escobar señala: “La relación entre Occidente y no Occidente se construye en tales términos. El Occidente posee la experiencia, la tecnología y la capacidad de administración de las que carece el no-Occidente. Las cuestiones de poder y desigualdad...no se discuten en absoluto” (Escobar, 2007: 91). Es decir, el discurso de “desarrollo” estableció relaciones de poder, desigualdad y subordinación entre Estados Unidos que poseía toda una estructura focalizada a la industrialización y tecnología, mientras que Ecuador no las ostentaba.

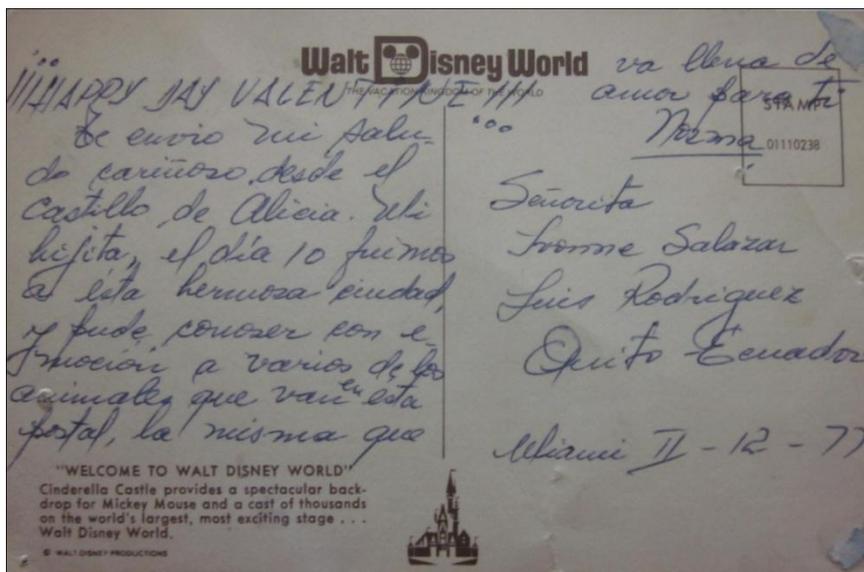


Imagen No 3.- Postal enviada para Ivonne la segunda hija de Norma. Tenía 14 años el momento que recibió ésta postal.

En conclusión con respecto al envío de postales, Norma quería transmitir el “ideal” de lo que significaba vivir plenamente, conquistando aquel sueño, queriendo transmitir las costumbres y

valores de la ideología estadounidense y la manera como se debería vivir dentro de su territorio pero también para venderlo al mundo entero. Dorfman y Mattelart señalan:

No es una novedad el ataque a Disney. Siempre se lo ha rechazado como propagandista del “american way of life”, como un vendedor viajero de la fantasía, como un portavoz de la “irrealidad”....la amenaza no es por ser portavoz del american way of life, el modo de vida del norteamericano, sino porque representa el american dream of life, el modo en que los EE. UU. se sueña a sí mismo, se redime, el modo en que la metrópoli nos exige que nos representemos nuestra propia realidad, para su propia salvación. Toda realidad puede entenderse como la incesante interacción dialéctica entre una base material y una superestructura que la represente y la anticipa en la cabeza de los seres humanos. Por ende, los valores, las ideas, las “visiones del mundo”, y las actitudes y comportamientos diarios que los acompañan hasta en sus gestos más mínimos, están articulados según la forma concreta en que los seres humanos se relacionan socialmente entre sí para poder producir y vencer la naturaleza (Dorfman y Mattelart, 1972:151).

3.2 Rituales maternos a la distancia

La única manera en que Norma podía mantener su rol de madre a través de la distancia era enviando a sus hijos periódicamente cartas, tarjetas, fotografías y postales. Sus responsabilidades estaban cubiertas con los envíos de dinero y paquetes de ropa para que ellos pudieran cubrir sus necesidades básicas, así como sus pequeños gustos. Las llamadas telefónicas fueron muy pocas, ya que en ese tiempo el poder acceder a una línea telefónica en el Ecuador no era tan fácil. Las acciones que a ella le permitían mantener ese rol e imagen de madre se convirtieron en sus *rituales* y los realizaba en los cumpleaños de cada uno de sus cuatro hijos, así como en cada navidad, año nuevo, o día del santo de sus nombres. Sin embargo, esos rituales se convirtieron en una obligación, en un “deber ser” ya que aún en la distancia debía cumplir con ese rol de madre.

A lo largo de todo el tiempo que ella estuvo en ese país, siempre buscaba en las tiendas económicas cosas novedosas para enviarles a sus hijos. Después de su día de trabajo le encantaba ir a una tienda de ropa muy conocida en esa ciudad llamada Macy’s, pero dice que era para emocionarse de ver tantas cosas bonitas y al mismo tiempo para sufrir porque era una tienda muy costosa, solo iba para ilusionarse e imaginarse en cómo se verían sus hijos con toda la ropa que había en esa tienda. Ella deseaba compensar de alguna manera tantos años de escases en su familia. *“Nunca tuvimos nada propio, mis hijos nunca tuvieron su ropita, sus cuartitos, inclusive la alimentación no era la más adecuada. Sentía un alivio poderles enviar ropita y otras cosas porque era una forma de que ellos pudieran vivir todo lo que yo veía en esa ciudad tan*

grande y próspera”. Dice que gracias a su madre que siempre la apoyó y a sus hermanas que en ocasiones le regalaban ropa para sus hijos pudo sostenerse por algún tiempo, pero que ella quería hacerlo por sí misma.

Ella se encontraba en Nueva York, una ciudad que vivía un gran apogeo en muchos aspectos como la música y las modas extravagantes. La industria gráfica de las tarjetas y postales también fue innovando sus presentaciones y a ella le encantaba comprar las tarjetas más bonitas para enviarles a sus hijos. Su lugar favorito para adquirir esas tarjetas era aquel almacén que a veces visitaba otro sitio más cercano a su trabajo pero ella prefería ir a esta tienda porque encontraba las tarjetas más hermosas, a pesar de que eran costosas. El único gusto material que se otorgaba a ella en ese almacén eran las tarjetas porque se sentía muy satisfecha de que sus hijos pudieran recibirlas. Para ella, era un “pequeño lujo” que no se lo podía dar siempre pero que valía la pena porque sentía que engrandecía el sentimiento de amor y preocupación hacia sus hijos. La gran mayoría de aquellas tarjetas eran de marca “Hallmark”⁴. Para ese entonces la variedad de tarjetas era muy extensa, mi madre dice: *“Habían tantas y tantas tarjetas bonitas, yo trataba de escoger entre las más bonitas la que más se pareciera a cada uno de mis hijos y pues las que no sean tan caras, aunque a veces no me importaba y terminaba comprándolas de todos modos así sean costosas para mi bolsillo.*

⁴ La historia de esta compañía de tarjetas fue fundada en 1910 por un joven de dieciocho años de edad en la ciudad de Kansas. Ya en los años 1970 esta compañía había crecido con mucha prosperidad colocándola en una de las más solventes de los Estados Unidos y expandiéndose en otros sectores de la producción como la ornamental. (página de internet: Hallmark Corporation)

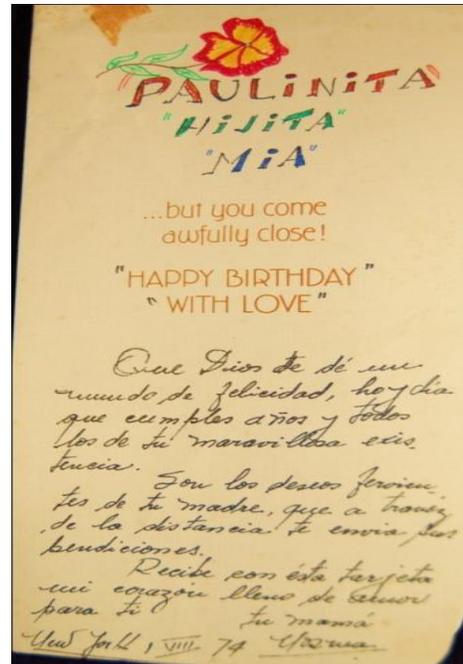
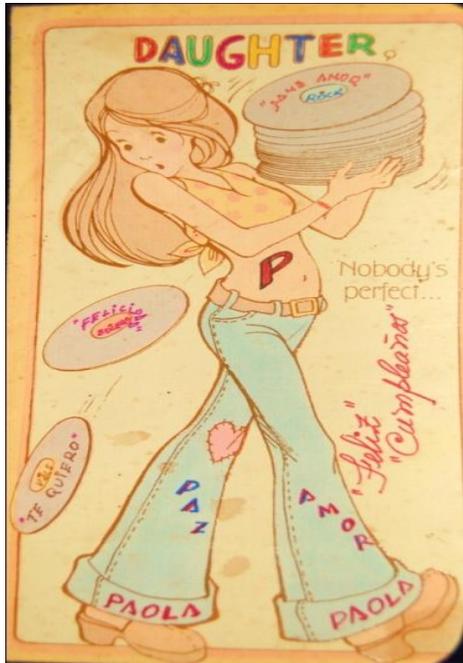


Imagen No 4.- Tarjeta enviada por Norma para su primera hija llamada Paulina. Recibió esta tarjeta cuando tenía trece años.

La imagen número cuatro es una tarjeta que representa a la de una joven o adolescente, lleva pantalones “vastos anchas” típica vestimenta de la época de los años setenta, así como unos zapatos conocidos como “suecos” de plataformas y una blusita amarada con un lazo a un lado arriba del ombligo. La jovencita tiene cabello castaño, es delgada y lleva discos de acetato y con un gesto de admiración mira como algunos de esos discos se le caen, aparecen frases de cariño escritas por mi madre, entre esas, “paz y amor”, frases emblemáticas de aquella época. Al abrir la tarjeta la frase “Paulinita hijita mía” está escrita por mi madre acompañado de una flor y un mensaje deseándole a su hija todo lo mejor por su cumpleaños.

Esta tarjeta refleja la imagen de una joven pero no de cualquier joven, sino de una mujer de rasgos físicos anglosajones. El mensaje original de la tarjeta está escrito en inglés, es muy colorida. Norma menciona que cuando vio la imagen de esa joven de la tarjeta, pensó en su hija, se imaginaba que así estaría en ese momento, creciendo y formándose como una hermosa adolescente. Para ella ese imaginario de bienestar, prosperidad y felicidad que transmitían las tarjetas era fundamental, ya que eso le mantenía tranquila, es decir que el sacrificio de su separación con sus hijos tenía sentido, porque aun a la distancia ella les podía participar parte de ese “sueño americano” con la prosperidad y la felicidad que transmitían las tarjetas.

La tarjeta sin embargo, también oculta el trabajo de mujeres migrantes dedicadas a la industria textil, es decir, lo que no se ve es el trabajo de una madre a la distancia la cual trabaja en una fábrica colocando lentejuelas y adornos en camisetas para mujeres, jóvenes y niñas. En ese sentido esta tarjeta trastoca muchos escenarios, unos puestos en la escena principal en donde solo se quiere mostrar la parte del cuento con final feliz, como lo es el mundo de Disney y como lo es el “sueño americano”, en donde han desaparecido en escena las caras de migrantes que tejen sus vidas entre máquinas industriales e hilos de recuerdos y anhelos. El rostro de una madre que sueña con estar con sus hijos en esos momentos deseando la felicidad, es decir evocando a la nostalgia de los deseos del futuro.

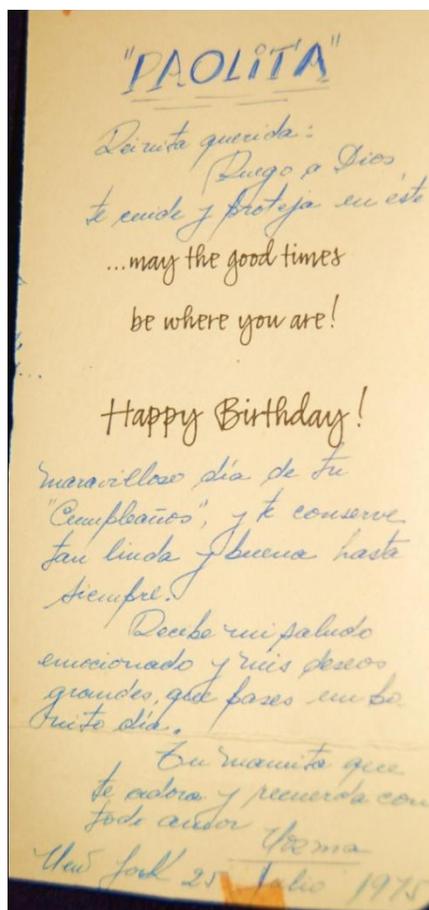
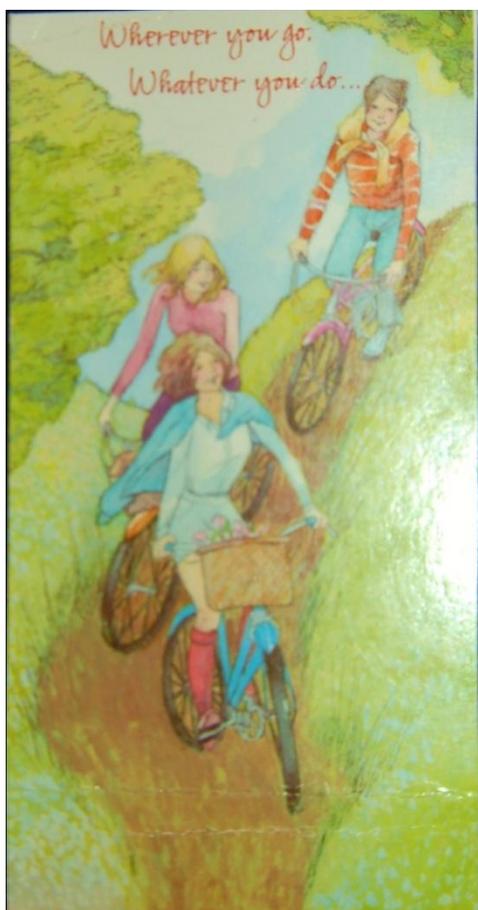


Imagen No 5.- Tarjeta para Paulina, enviada por su madre, la cual la recibió cuando tenía catorce años.

En la segunda tarjeta (imagen número cinco) enviada a Paulina aparecen tres jóvenes, dos mujeres y un varón cada uno manejando unas bicicletas en medio de lo parece ser un valle muy verde. Los tres jóvenes están alegres, son de piel blanca y fisonomía anglosajona, símbolos de

“prosperidad, salud, alegría y felicidad”. Los colores de la tarjeta son muy atractivos, la leyenda de la tarjeta también está escrita en inglés, pero mi madre escribió la traducción produciendo una yuxtaposición de los idiomas: español e inglés.

Para Norma no era cualquier imagen la que escogía de las tarjetas. La tarjeta con los jóvenes en bicicleta era muy significativa porque ella se imaginaba que eran sus tres hijos mayores y deseaba poder realizar ese sueño de verlos manejando sus propias bicicletas. Aunque en ese momento no tenía el dinero suficiente para enviarles y se pudieran comprarlas, esa tarjeta marcó ese deseo, como muchos otros. De esa manera, las tarjetas se convirtieron en un deseo plasmado por medio de esas imágenes de bonanza, de dicha, de regocijo que eran los sueños que tanto deseaba Norma. Para ella, el sueño de brindarles todos esos aspectos positivos siempre estuvo presente para sus hijos, y a la distancia, esas tarjetas no solo representaron un cariño dedicado a cada hijo sino también transportaban un conjunto de imágenes que ella deseaba para sus hijos. *“Eso es lo que siempre tenía en la mente, voy a estar viviendo con ellos una mejor vida”*. Todos esos anhelos, deseos, aspiraciones de Norma representaban a una memoria despojada de conflicto, es decir una nostalgia.

La aspiración de prosperidad significaba ascender socialmente, los años que Norma tuvo que vivir entre el sustento básico y las carencias materiales eran razones suficientes para desear vivir mejor. Esto dio lugar a la movilización de clase que se produjo en la vida de Norma y su familia con los aportes económicos que ella realizaba desde los Estados Unidos. Pero además, el significado de subir de clase social es representado por la ilusión del “blanqueamiento” ya que la idea de progreso debe ser un reflejo de lo que representa la cultura estadounidense, es decir, la imagen del “gringo blanco, con ojos y cabello claros”.

Entre las tarjetas que mi madre me permitió usar para este trabajo de investigación solo existe una en español. Ella dice que las tarjetas en español no eran muy bonitas en comparación con el resto de tarjetas que se destacan por la vistosidad de los colores y las gráficas perfectas. La razón por la que ella decidió comprar esa única tarjeta en español fue porque no había tarjetas en inglés relacionadas al “Día del Santo” y ella deseaba enviarle a su hijo por ser “San Jorge” que es representada por la imagen número seis.

La portada de esa tarjeta remitida a su hijo tiene un ramo de flores, de colores fuertes, pero lo que más le gustaba a Norma eran las tarjetas que mostraran imágenes de niños y jóvenes con las edades relacionadas a sus hijos. La imagen número siete es la segunda tarjeta enviada al

mismo hijo por navidad la cual tiene la imagen justamente de un niño con un mensaje en inglés relacionado a la fiesta judía de “Hanukka”. Cuando le pregunté a mi madre si ella sabía sobre esa fiesta judía, me dijo que no, que aunque podía entender frases y palabras en inglés y que a veces usaba un diccionario para traducir lo que no entendía, afirma que seguramente ese día, le llamó más la atención el dibujo del niño jugando. En ese sentido, las palabras en inglés pasan también a hacer parte de los símbolos de prosperidad, más allá de su significado literal.

Me hacia la idea que el dibujo era como deberían estar mis hijos, yo sabía que no, porque su papá nunca fue para festejar nada y como en mi casa tampoco, yo quise aplicar a nuestra vida, pues en ese momento por lo menos enviándoles tarjetas y regalos yo los festejaba. Hoy si podemos saludarnos en los cumpleaños, pero antes no era usual festejar los cumpleaños. Además de esa manera quería que sepan que no les he olvidado y estaba pendiente de regresar para tener una mejor vida (Norma, entrevista, 2013).

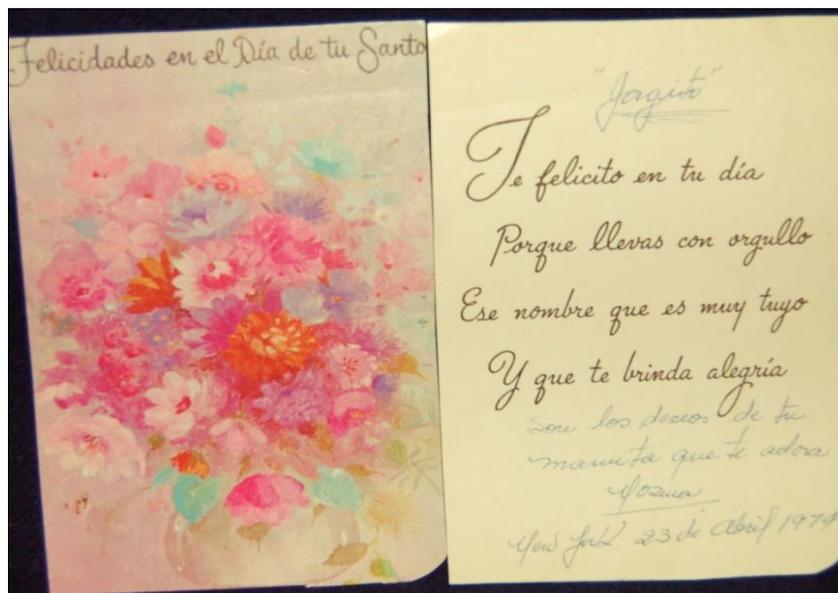


Imagen No.-6: Tarjeta enviada para Jorge, el único hijo varón en ese momento, quien tenía 9 años el momento que recibió ésta tarjeta.

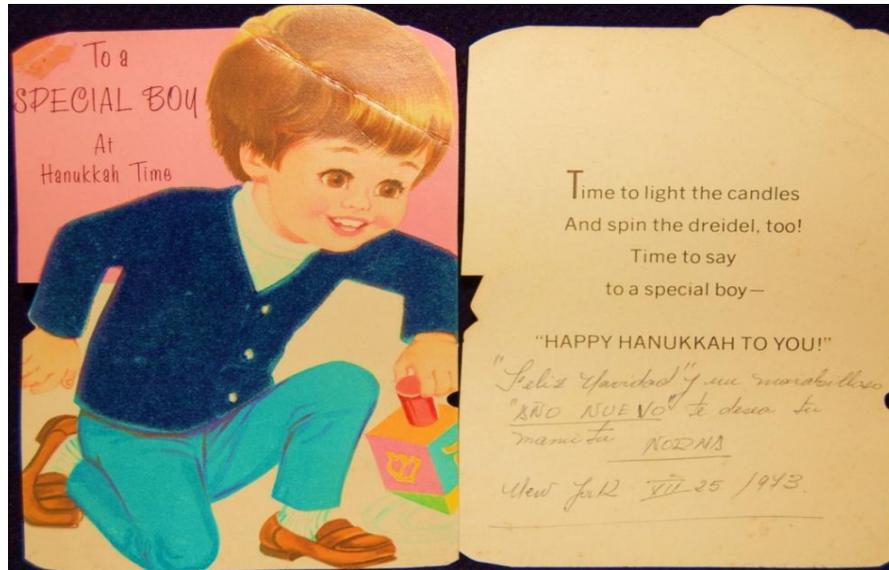


Imagen No 7.- Tarjeta enviada para Jorge, quien tenía 8 años el momento de recibirla.

Las dos imágenes siguientes son las tarjetas enviadas a Catherine, la cuarta hija de Norma. A ella le parecían aquellas tarjetas hermosas y perfectas ya que se imaginaba que su hija se veía a la edad de cinco o seis años que fue cuando ella las envió. *“Siempre buscaba algo bonito de colores, me hacía que ella estaba así como en la tarjeta. Que ella me estaba llamando en ese sentido por lo menos no quería que me vieran como que les había abandonado”*.



¡ olé! olé!
 HELLO! HELLO!
 Take a message, please!
 It's a very important call —
 To wish a darling daughter
 The happiest birthday of all!
¡¡¡ FALTA MI A !!
 HAPPY BIRTHDAY AND LOVE
 Feliz cumpleaños y amor.
 Te desea tu mamá que te
 recuerda siempre con todo
 amor. *Verna*
 New York 2 Junio 1975

Imagen No 8.- Tarjeta de cumpleaños enviada para Catherine, la cuarta hija de Norma. El momento que recibió la tarjeta ella tenía 6 años de edad.



¡¡¡ Falta mi a querida !!!
 Recuerda en tu cumpleaños
 que con mis deseos de que
 Dios te prodiga mucha
 salud y bienestar y que
 ...hope that describes
 your special day!
**Happy
 Birthday!**
 Siempre te recordaré querida
 y siempre como siempre.
 Te para felicitarte de tu mamá
 que siempre te recorda
 en brazos de su amor.
 Te recuerdo mis besos
 siempre con un pie grande
 de en tu canto
 Te adora
Verna
 New York Junio 2, 75
 Te mando amor para que te
 compase lo que te quieras

Imagen No 9.- Tarjeta de cumpleaños enviada para Catherine, tenía 9 años el momento de recibirla.

3.3 Proceso de individuación de recuperación del yo



Imagen No 10.- Fotografía en la que aparece Norma recorriendo Nueva York.

Antes que Norma viajara hacia los Estados Unidos hizo pequeñas, pero al mismo tiempo grandes revelaciones personales de autonomía que fueron marcando su agencia. En el capítulo anterior mostré las manifestaciones en las que ella progresivamente fue reivindicando una postura más autónoma y liberal frente a las acciones violentas de su esposo. Llegó el momento en que ella resolvió hacer frente a los golpes respondiendo de la misma manera. Así mismo, después de varios años de matrimonio decidió estudiar por las noches el oficio de modistería, lo cual le permitió contar con pequeñas entradas económicas, pero lo más importante, ella se sentía más segura de sí misma.

En los primeros meses de su estadía en los Estados Unidos se le presentó la oportunidad de estudiar el idioma inglés en un colegio comunitario y una vez que fue conociendo sobre los diferentes programas que ofrecían ahí tuvo una nueva oportunidad de obtener el equivalente al

diploma de la secundaria y de esa manera concluir una etapa de su vida que fue interrumpida por su matrimonio.

Actualmente Norma tiene un cariño especial por la ciudad de Nueva York ya que le abrió las puertas para tener un trabajo y ganar su propio dinero. *“Me sorprendía como no había discriminación por ser hispana, siempre había trabajo y no importaba que no tuvieras experiencia, ellos mismos te enseñaban, es un país de oportunidades para todos, yo veía a viejitos trabajando en restaurantes y nadie te pide experiencia o fotos”*. Eso produjo en ella un cambio sobre sí misma, desde el comprarse su propia ropa, sus propias cosas, y aún a la distancia solventar los gastos de sus hijos, ella construyó seguridad y emancipación para sí misma.

Desde su apariencia ya no era la misma, se atrevió a usar peluca porque un día así lo quiso. Se pintó el cabello, entre risas recuerda: *“yo me sentía otra persona porque ya era rubia, pintarme el pelo me causó como que yo estaba haciendo mal, porque pintarme el pelo era como algo solo para las locas que se quieren hacer las gringas”*. Menciona que se sentía autosuficiente de solventarse todo. *“Actuar por mi propio interés, que yo valgo, que no tengo porque pedir permiso a nadie, que yo valgo sin tener que buscar un compañero, un hombre y creo que en parte si he logrado eso”*.

Esos cambios que Norma realizó en su aspecto físico van más allá de la apariencia, ya que refleja sus cambios internos. El sentirse que ella valía como individuo y podía valerse por sí misma marca profundas realizaciones de autoestima y de valentía en ir en contra de un sistema opresivo para las mujeres y mucho más para quienes han pasado por tipos de violencia más drásticos. Mahmood lo clarifica de la siguiente manera: “La agencia social, en este tipo de análisis, se entiende como la capacidad de realizar los propios intereses en contra del peso de las costumbres, tradiciones, voluntad trascendental u otros obstáculos, ya sean individuales o colectivos” (Mahmood, 2008: s/n).

En la imagen número dos, Norma tenía treinta años de edad, tiene una peluca de color castaño, ropa liviana de verano, tiene también unas gafas y un bolso colgado de uno de sus brazos, camina libre y segura de ella, seguramente eso no lo hubiera podido hacer en el Ecuador. Entre las razones: su esposo siempre le controlaba todo lo ella hacía, nunca se hubiera “destapado” en usar ropa más ligera y peor aún, atreverse a usar una peluca. Sin duda, ella también lo hizo porque las diferencias culturales le facilitaban para que pueda abrirse a esos cambios. Norma, respondió a un deseo personal, lo hizo y eso le brindó una seguridad personal.

El acto de atreverse en realizar algo en público marcó una autonomía y confianza en ella sin duda.

Eso parecía un sueño, las fotos son la prueba de ese sueño. Antes de irme a Estados Unidos jamás use plataformas y por el frío de Quito nunca use blusas muy descubiertas...yo me sentía libre de hacer esas cosas que nadie me estaba mandando o que la gente se burle porque allá la gente no critica como acá, así que por eso me di el gusto también de ponerme una peluca y me sentía bien. (Norma, entrevista, 2013).

Este testimonio de Norma no solo nos habla sobre cómo ella fue construyendo más seguridad en sí misma, sino también que ejemplifica sobre la memoria que evoca desde el presente hacia el pasado vivido en los Estados Unidos, es decir, el primer nivel de la nostalgia.



Imagen No 11.- Norma después de una cirugía que le ayudaría a reubicar el tabique de su nariz. Fue tomada en 1976 por una de sus amigas del trabajo, quien le invitó a su casa el día en que Norma aparece en la foto.

Esta foto me significa mucho porque tuve una fractura de mi nariz mientras viví con mi esposo y nunca pensé que pudiera hacerme eso. Lo hice sin el fin de cambiarme la cara, además porque mis hijos no me hubieran reconocido. Tuve el gusto de operarme porque tenía el hueso alzado de la nariz y tenía

problemas al respirar. No me imaginé poder hacerme esa operación ya que en Ecuador era caro y no era usual la cirugía, era carísimo y los resultados fueron muy buenos porque me dejó la misma nariz con la que yo nací y lo que estaba mal el huesito alzado se arregló (Norma, entrevista, 2013).

Esta foto evidentemente marca una importancia muy grande en la vida de Norma. El antes y el después de su rostro, de una nariz posiblemente fracturada y desfigurada luego que su esposo le propiciara un golpe. Para ella era muy vergonzoso y triste saber que la forma de su nariz había cambiado a partir de ese suceso, pero cuando pudo lograr arreglarla, por medio de la oportunidad que surgió de una cirugía, para ella fue otra experiencia que le ayudó a recuperar su autoestima.

Posiblemente estos cambios dados en Norma dentro de otros contextos no serían vistos como “trascendentales”, pero el contexto en el que ella creció, una sociedad predominantemente dominada por hombres en todos los ámbitos: familia, sociedad y estado, dar aquellos pasos para poco a poco ir restaurando la confianza en sí misma, la llevaría a establecer más seguridad en su persona e ir buscando la estabilidad económica que tanto le costaba obtener. Mahmood señala: “lo que aparentemente podría ser un caso de pasividad y docilidad deplorables, desde un punto de vista progresista, puede muy bien ser una forma de agencia social, que debe ser entendida en el contexto de los discursos y las estructuras de subordinación que crean las condiciones de su representación” (Mahmood, 2008: s/n). Asimismo, el tener amigas, compañeras de trabajo, le ayudó a incrementar su confianza, inclusive le abrió nuevas experiencias que la hicieron sentir libre. *“Me sentí libre, no tenía que pedir permiso para irme a algún sitio, me sentí libre pero no por eso perdí mi cordura, lo que más quería era, volver y repito, poder reunir el dinero y regresar pronto con mis hijos”*. Norma fue derribando los obstáculos enfrentándose con esa “voz interna” que nos juzga y nos castiga a las mujeres llamada, “moral”.

Entre los sueños y fantasías de un país hasta conquistar y derivar sus propios sueños y opresiones.

Muchas personas, inclusive hasta hoy quisieran conocer Nueva York, y yo lo logré, aunque con lágrimas. No sé si pude lograr ese sueño americano en su totalidad, a veces me he sentido frustrada porque siento que no alcancé ciento por ciento el sueño de una mejor vida para mis hijos, pero si me siento feliz que mis otros hijos si pudieron estudiar allá, ese gusto lo pude lograr con mis dos últimos hijos, aunque no se pudo con el resto (Norma, entrevista, 2013).

La estadía de Norma en los Estados Unidos siempre estuvo impregnada de melancolía y tristeza por estar lejos de sus hijos, los momentos de regocijo también existieron, aunque en el fondo hayan sido vividos con sentimientos de nostalgia por el deseo de haber querido ser compartidos junto a sus hijos. De todas maneras el famoso “*sueño americano*” visto como la fantasía era la meta por conquistar de todos los inmigrantes que llegaban a ese país y fue vivido de una manera extendida hacia sus familiares. Norma, siempre tuvo el deseo de compartir ese sueño con sus hijos, y aunque ellos estaban lejos y no podían palparlo, sí podían mirarlo a través de las fotos, postales y tarjetas. Ese deseo representa una fantasía de mi madre dentro de una realidad histórica construida desde el imaginario identitario de los Estados Unidos, pero vendido para todo el mundo y soñado por los inmigrantes.

Holland (1991) nos habla como la fotografía familiar puede operar en la unión entre memoria personal e historia social, entre el mito público y el inconsciente personal. “Nuestra memoria nunca es plenamente “nuestra”, como tampoco los retratos son representaciones sin mediación de nuestro pasado. Al observarlos construimos tanto un pasado fantástico, como pistas de investigación para encontrar, como detectives, otras versiones de un pasado “real”. (Holland, 1991:9). Esas “pistas” fueron tratadas de ser encontradas con el uso de las fotografías como un activador de la memoria, en las que Norma tocó partes de ella misma que se encontraban guardadas por el tiempo.

Un “*sueño americano*” visto más objetivamente como el proyecto con resultados positivos de éxito y prosperidad el momento que se decide viajar hacia los Estados Unidos, parece se cumplió en partes y con detalles que hicieron sentir a Norma que su esfuerzo valió la pena. En su relato anterior, ella menciona que sus dos últimos hijos le ayudaron a cumplir su sueño de verlos estudiar en los Estados Unidos, ya que los cuatro primeros, quienes se quedaron en Ecuador mientras ella emigro en los años setenta no lo pudieron hacer. Pero después existieron dos hijos más en la vida de Norma, quienes emigraron a los Estados Unidos y vivieron allá por algunos años. Ellos aprendieron el idioma inglés y a la vez cumplieron con ese anhelo de su madre. Pero que para ella, ese sueño americano es la mezcla de la felicidad con la culpa.

Con respecto a los dos niveles de nostalgia, el primero que comprende la memoria romantizada desde el tiempo presente hacia el tiempo vivido en Estados Unidos es expresado por las postales y fotografías que presentan el lugar que es más que una realidad, son los deseos de futuro de lo que se puede alcanzar. Y el segundo nivel de nostalgia el cual es manifestado por

Norma desde el pasado en el deseo de querer estar con sus hijos es recordado por medio de las fotos, postales y tarjetas enviadas a sus hijos. Eso crea sentimientos encontrados y contradictorios de felicidad y culpa.

La maternidad a distancia refleja el cuidado de Norma hacia sus hijos, sin embargo, en la construcción de ella como madre siente que no desempeñó el “rol de la maternidad” a cabalidad ya que menciona que le duele haber “abandonado” a sus primeros cuatro hijos, es un dolor que hasta en la actualidad le sigue pesando, aunque antes era más intenso. Norma dice que su mayor preocupación era haberlos dejado con un padre no muy responsable, aclara que sabía de su amor por sus hijos, pero que nunca pensó en darles una mejor estabilidad económica. En ocasiones siente un poco de arrepentimiento porque dice que *“madre es madre, así sea brava, buena, consentidora, pero siempre la madre debe estar con sus hijos, mi desesperación fue darles días mejores porque todo el mundo decía Estados Unidos es próspero, rico y se me contagio a mi también a costa de los reproches que luego vinieron de mis hijos”*. Y cuando le pregunté a ella si sentía grandes cambios en su persona cuando regresó al Ecuador después de haber vivido cuatro años en el exterior, ella me contestó lo siguiente:

Yo creo que sí, porque vine con otras ideas de no dejarme mandar, sentía que yo también era persona importante y si no era importante para mi esposo, pues entonces era mejor estar sola. Cuando regrese a vivir con él, muchas cosas cambiaron, yo ya no me dejaba pisotear por él, ya no le volví a tener miedo y estaba muy segura que después que el me volvió a agredir verbal y físicamente yo ya no quería vivir con alguien que me vuelva a maltratar (Norma, entrevista, 2013).

Sin lugar a dudas, los cuatro años que Norma vivió en los Estados Unidos fueron significativos para reconocerse como una persona autosuficiente y segura de sí misma y demostró con valentía que ya no quería estar atada a su esposo por el hecho de estar unidos por el matrimonio. Aunque también se denota en mi madre una culpa por la “felicidad” de haber vivido aquellos años de su vida separada de sus hijos y esposo de manera independiente y libre aunque su objetivo principal siempre fue querer dar a sus hijos una mejor calidad de vida, sin lujos materiales pero sí cubriendo dignamente sus necesidades básicas, fue un sueño cumplido, pero en base de un sueño vendido construido desde una ideología estadounidense que se forjaba desde vender todo lo tangible como lo intangible, es decir: los sueños. Norma siempre tuvo que depender de otras personas, su madre y sus hermanas nunca le dejaron de apoyar, pero ella quería hacerlo por sí sola, y lo hizo, pero con el peso que conlleva emigrar a otro país.

El envío de tarjetas, postales, fotografías y cartas se convirtieron en parte de su vida mientras vivió en los Estados Unidos ya que pertenecían a un ritual que construía su maternidad a distancia pero al mismo tiempo ella marcaba su ausencia a sus hijos al comprar las tarjetas en los Estados Unidos y contrastaba su presencia en Ecuador a través de las tarjetas. Pero además esa maternidad romantiza acerca de los deseos de futuro para sus hijos y que es expresado en tarjetas.

Por otro lado las gráficas de las tarjetas manifestaban para Norma las composturas o valores sobre como “debe ser” una niña y como se va formando como mujer, es decir toda esa construcción relacionada a la delicadeza, sumisión, timidez, cordura que deben seguir las mujeres para encasillar en aspectos normativos de una sociedad machista. Todos esos símbolos de feminidad fueron transmitidos por mi madre a la distancia para querer además mostrar ese lado de la enseñanza y de la edificación de valores que se aprende a través de la madre.

En conclusión, el sueño mejor conquistado para una mujer que años atrás fue violentada, fue el de haber logrado el sueño de bienestar y prosperidad en su interior, en su independencia y autonomía como individuo. Poder mantener su “rol” de madre a la distancia, también fue otro sueño cumplido, y el de haber llegado a pisar suelo en el “país de las maravillas” es parte de una fantasía construida por la ideología estadounidense, pero que para Norma fue su gran sueño realizado, ya que marca en su vida: un antes y un después.

CAPÍTULO IV

LA MISTIFICACIÓN DE UNA MADRE Y UN PADRE A TRAVÉS DE LA MIGRACIÓN. NUEVOS ACTORES DEL CUIDADO FAMILIAR. UNA HIJA-MADRE SE FORMA

"Todos llevamos un altar para nuestra madre, iluminado con la llama votiva del amor y la admiración". (Agustín Lara, Periódico mexicano Excélsior, 10 de mayo de 1953, en Lamas, 1995)⁵



Imagen No12.- Los cuatro hermanos posando con la ropa enviada por su madre desde los Estados Unidos y sujetando la fotografía de ella.

La imagen de cuatro hermanos sujetando la fotografía enmarcada de su madre es evidencia de su ausencia y de su recuerdo. Los rostros en la fotografía muestran felicidad y tranquilidad, y fue tomada en la navidad. Pero más allá de una puesta en escena de esta imagen existe un momento anterior a la misma, es decir, ¿cómo se llegó a definir aquella fotografía? ¿Fueron ellos quienes

⁵ Cita de Agustín Lara del periódico Excélsior de México como parte de una campaña para resaltar la imagen de la madre abnegada como contraparte de las acciones de los movimientos feministas realizados en México entre los años 1919 y 1922

decidieron posar de esa manera, sujetando la imagen de su madre ausente? Detrás de esta imagen las y los hijos construyen otra imagen: de la madre ausente en la acción de recordarla. La migración de la madre a principios de los años setenta puede modificar tanto las dinámicas del cuidado como los roles de cada uno de los miembros de una familia provocando cambios subjetivos en ellos, así como la mistificación de su ausencia, y del padre a partir de su nuevo rol como “cuidador de sus hijos”.

Las fotografías, cartas, tarjetas y regalos enviados por sus cuatro hijos fueron parte de un anhelo para mantener las relaciones afectivas para que el olvido no intervenga en esta dinámica y que aquellos lazos familiares no colapsen. Estos elementos pretenden ser muestra de que las relaciones entre los miembros de una familia transnacional van por “buen camino”, a pesar de las discrepancias que produce la distancia y la separación. Pero detrás del intercambio de esos elementos existe una cotidianidad en las relaciones interpersonales y las relaciones de género y generacionales no serán la excepción. Por tanto la reorganización del cuidado dentro de la misma recae bajo los parámetros de las relaciones de poder. De acuerdo a Carrillo (2008) igualmente, basándonos en la construcción, noción social de que la “mujer es el pilar para la unificación de la familia” el momento que se produce la migración femenina, los componentes de la sociedad han reclamado este hecho como causal de rupturas familiares.

En el caso específico de la presente investigación, mi padre, tres hermanas y un hermano conformaron esa familia que en conjunto con mi madre a la distancia la convirtieron en familia transnacional. De esta manera, el trabajo de cuidados fue transferido a Paulina, la hija mayor, que por designación de sus padres tuvo que asumir ese cargo por ser la hija mayor y ella por obligación no podía negarse. Vega-Solís menciona: “hay tres motivaciones para cuidar a alguien: altruismo, reciprocidad a largo plazo y sentimiento de cumplir una obligación o responsabilidad. Es decir, ideas de amor, deber y reciprocidad” (Vega-Solís, 2009:32).

Pero además ella en su construcción como niña fue adquiriendo la idea de socialización que entre niños y niñas se produce a partir de las responsabilidades y obligaciones que ella tenía que asumir como hija mayor. Vega realiza un análisis desde Gilligan quien menciona a Chodorow y explica: “la dinámica interpersonal de cuidados en los primeros años de las criaturas hace que las niñas acaben percibiéndose como más similares a sus madres, fundiendo su experiencia de apego con el proceso de formación de su identidad” (Vega, 2009: 84). Es decir, a

parte de existir la responsabilidad y la obligación designada desde los padres hacia la hija mayor, ella se fue construyendo a la imagen de cuidado de su madre. Paulina asumió el papel de madre y cuidadora de sus hermanos menores, así lo mencionan sus hermanas. *“La mente me engañaba, porque pensaba que mi mamá era la Paulina, o sea le atribuía a ella como que era mi mami, y ella también hacía ese papel como que fuera mi mamá, ósea como jugando, algo así”*.

Y mientras la migración femenina se entreteje y se mantiene, las relaciones familiares a la distancia crean cambios en las relaciones de cuidado. También se crean retratos fotográficos para ser enviados, así como el intercambio de cartas. Pero detrás de esas imágenes y reseñas de cartas se puede construir una mistificación hacia la imagen de la madre ausente físicamente y a la maternidad, ya que los sujetos que intervienen aquí son parte de un contexto social el mismo que tiene fuertes connotaciones culturales-religiosas que apuntan hacia la edificación de la madre como el ser “divino y sublime” y que desde el marianismo se le ha promulgado e impulsado como señala Ary: “Una mujer latinoamericana observa que la Iglesia difunde, como imagen de la mujer por excelencia, la Virgen María, exaltada precisamente por despojarse de su sexualidad. Todo su valor está en ser una santa, modesta, silenciosa, humilde, y fundamentalmente, en ser madre sin haber disfrutado con su cuerpo: la madre ideal” (Ary, 1990:75).

Además es importante tomar en cuenta que detrás de las fotografías existen montajes y puestas en escena, en especial en las fotografías de años atrás. Silva menciona: “el tiempo de la foto, como impresión y archivo, establece reglas a la familia, como construir una pose para el futuro observador. Así, sujeto, tiempo, espacio y relato se fraguan el uno al otro, se afectan y se modifican” (Silva, 2010:22). Es decir, los hábitos, tradiciones y maneras de pensar son reflejadas en las fotografías y transmiten códigos humanos.

Desde la escena familiar me pregunto, *¿qué cambios se efectúan dentro de las dinámicas relacionales y de cuidado de una familia transnacional? Y ¿cuáles son los imaginarios de la madre migrante y en el padre que queda a cargo en parte de los cuidados de esta familia transnacional?* Para responder a estas preguntas he dividido el presente capítulo en dos ejes de análisis: El primer eje: *Los que se quedan... Paulina, la madre niña*. Aquí, se realizará una reseña del contexto socio-económico y de cuidado de los miembros de la familia que se quedan en Ecuador con un enfoque hacia Paulina, la hija mayor quien tiene que asumir responsabilidades y obligaciones dentro de esta familia transnacional. Asimismo, se realizará un

análisis del contexto de clase de acuerdo al significado del envío y recepción de remesas dentro de ésta familia. El segundo eje se basa en las *Mistificaciones paradójicas en una familia transnacional* el cual trata de realizar un análisis de los cambios de imagen del padre y la madre a partir de la migración y de sus paradojas. Para el desarrollo metodológico de este capítulo he empleado el uso de fotografías y cartas recopiladas en el intercambio de mi madre con sus hijos el momento que ella decide viajar a los Estados Unidos. También realicé entrevistas a mis tres hermanas y entrevistas a profundidad a mi madre.

4.1 Los que se quedan... Paulina, la madre niña.

Mientras se dejaban deslumbrar por los aviones por despegar, percibían un poco de angustia y temor. Eran tres hermanas, la más pequeña de ellas no sabía que estaba haciendo ahí, solo recuerda que mientras lloraba, una de sus tías le tomaba entre sus brazos y la consolaba. La segunda de ellas cuenta que es como si tuviese la cinta de la memoria extraviada ya que no recuerda nada, pero la tercera; la mayor de ellas, tiene más claro ese recuerdo despidiendo a su madre que partiría en uno de esos aviones. Paulina, era la mayor de cuatro hermanos, tres mujeres y un varón. Ella tenía 12 años y en poco empezaría la secundaria. Un día antes del viaje de su madre Paulina recuerda una conversación que tuvo con ella y su hermana Ivonne:

Verán mijitas, yo me voy a ir mañana a Canadá pero ustedes tienen que ayudarme. Como son las más grandes, entonces vos Paulina si has de poder cocinar y vos Ivón también para que le ayudes a tu ñaña a lavar la ropa, no es mucho. Yo así no más le oía, seguro se va a Machachi, algo cercano y va a venir pronto, entonces yo dije: chévere, a mí me deja que haga las cosas de mayores, como si me dan una responsabilidad y quieres demostrar que si puedes hacerlo (Norma, entrevista, 2013).

Al siguiente día se dieron cuenta que muchas cosas habían cambiado, ella e Ivonne tuvieron que trasladarse para vivir a la casa de sus abuelos paternos, y sus dos hermanos menores: Cathy y Jorge tuvieron que ir a vivir con su abuela materna. Paulina pensaba que Canadá estaba cerca de Quito y que su madre pronto volvería. Su padre apenas se enteró de la noticia se enojó mucho, dice ella, más que todo porque sus hijos estaban separados, así que planeó unirles lo más pronto. La más pequeña de ellas, Cathy, menciona: *“eso si fue un poco traumático me acuerdo clarito que vino el bus de papá, no sé por dónde asomó, seguramente el Jorge, (su hermano) ya sabía lo que iba a pasar, el ya estaba al tanto de eso porque estaba cargado unas bolsas plásticas, eso me acuerdo, nada más”*.

Después de más o menos un mes que mi madre viajó al exterior, mi padre reunificó a mis cuatro hermanos con los abuelos y tíos paternos en una casa en Calderón, a las afueras de Quito. El tiempo que vivieron en esa casa fue muy difícil ya que no habían tenido mucha relación con sus primos y tíos, inclusive la relación con sus abuelos paternos era distante. Ivonne, dice que tenían muchas riñas con sus primos, Cathy dice que se sentía muy desprotegida ya que era la consentida por su abuela materna y ya no en la nueva casa. Ahí empezó a sentir mucha soledad, Ivonne se sentía muy triste y vivía aislada de la gente, recuerda que cuando pasaban los aviones añoraba querer ver a su madre.

Posteriormente, luego de un año viviendo en Calderón mi padre decidió trasladarse con sus hijos a otro sitio para vivir independientemente, ya que percibía que mis hermanos no se sentían muy bien viviendo ahí. Encontraron un pequeño departamento en el sector sur de Quito, en el barrio del Camal. En este sitio se sintieron mejor en cuanto a las discusiones y desavenencias con sus primos, pero Cathy dice que por otro lado pasaban mucho tiempo solos.

Ivonne muchas veces se preguntaba: “¿Por qué mi mamá se fue?, ¿Por qué tiene otro nombre?”⁶ Esas interrogantes le causaban a ella incertidumbre y menciona: “cuando papá tomaba, era muy chévere, pero cuando no, él era muy serio, era como otra persona y ahí extrañábamos mucho a mamá”. Un recuerdo que ella comparte con Cathy es que sentían discriminación por la familia de su madre; “nos veían como los pobrecitos, los que no teníamos mamá y encima un papá un poco descuidado porque tomaba mucho”. Cathy además se sentía discriminada en la escuela, sus amigas le preguntaban sobre su mamá y la veían con lástima.

Paulina, Ivonne y Cathy coinciden que deseaban mucho que su madre las llevara a los Estados Unidos, “quería que ella venga o que me lleve, y yo decía: ¿Por qué no me lleva?, ¿Cuál será la situación para que no me lleve? siempre le preguntaban en las cartas sobre la fecha de su retorno y ella nos contestaba que el “próximo año, la próxima navidad”, eso les provocaba ansias y molestia porque los años seguían pasando y ella no regresaba. Por esa razón empezaron a “acostumbrarse” a su ausencia, cada vez le veían más distante, como una extraña y las contadas veces que pudieron hablar por teléfono con ella, su voz les parecía lejana, Ivonne pensó que su madre nunca regresaría. Cathy tenía fantasías sobre las cartas de su madre ya que

⁶ Norma tuvo que cambiar su nombre por el de Magdalena Lema cuando llegó a los Estados Unidos, ya que correspondía a la identidad de una persona que podía trabajar legalmente en ese país.

las primeras que recibió fueron leídas por alguien más y cuando veía fotos de su madre se sentía emocionada, pero alejada, e inalcanzable de ella.

Esta historia se vivía a mediados de los años setenta, de acuerdo con Ayala (1993), el país a nivel político estaba pasando por una inestabilidad democrática ya que a inicios de los años setenta Velasco Ibarra se declara dictador pero en 1972 por acción de los militares se conforma el *Gobierno Nacionalista y Revolucionario* de las Fuerzas Armadas, presidido por el general Guillermo Rodríguez Lara 1972-1976.

Siguiendo a Ayala (1993) todo esto ocurría justo en el momento en que se abría la mayor expansión económica que registra la historia nacional ya que durante la exportación petrolera se inició en una coyuntura internacional de elevación sostenida de los precios de los hidrocarburos, dando así al gobierno recursos que nunca antes había manejado y focalizados en el robustecimiento y modernización del Estado más no en el aparato productivo. La modernización se había acelerado y el capitalismo había penetrado profundamente en toda la estructura socioeconómica, acentuando la dependencia internacional del país.

Mientras tanto, las condiciones socioeconómicas del hogar de mis hermanas, hermano y padre parecían mejorar “aparentemente”, tanto por las remesas que enviaba mi madre desde los Estados Unidos y las horas extras que mi padre trabajaba en una compañía de construcción manejando un camión mezcladora de cemento. Bourdieu, afirma: “es necesario tener en cuenta toda una serie de variables para analizar la clase social, que, como vimos en el nivel metodológico, se puede inferir que tienen que ser variables tanto objetivas (bienes) como subjetivas (conciencia) como prácticas (movilización), al mismo tiempo que hay que tener en cuenta el aspecto diacrónico (trayectoria) (En: Álvarez-Sousa, 1996:151). En ese sentido, mi familia se reposicionaba de clase social por medio de la adquisición de bienes materiales como: una televisión, una cámara fotográfica y más tarde un automóvil usado, que fueron comprados principalmente por el dinero que enviaba mi madre pero que mi padre también aportó en menor escala. Así mismo, la ropa proveniente de los Estados Unidos que les proveía a mis hermanos un tipo de “estatus”. Además de la idea subjetiva de porvenir a partir de la migración de mi madre y de saberla a ella en un país próspero al que muchas personas deseaban poder emigrar. La variable de movilización será la migración de Norma y el trayecto tanto de ella como el de mi padre desde sus nuevos lugares de trabajo trazan nuevas trayectorias. Así pasamos de una clase social popular o “baja” a una clase media baja.

Siguiendo a Bourdieu de acuerdo al análisis que realiza Álvarez-Sousa “los dominantes despliegan un poder simbólico que está esparcido por otros campos. El capital simbólico comúnmente llamado prestigio, reputación, renombre, es la forma percibida y reconocida como legítima de estas - se refiere a las otras formas de capital - diferentes especies de capital” (Álvarez-Sousa, 1996: 164). Es decir, el capital simbólico representado en la familia de Norma era los objetos enviados por ella desde los Estados Unidos ya que en esa época todo lo que simbolizaba a este país representaba prestigio, estatus elevado combinado con la fantasía del país próspero desde la construcción e ilusión del “sueño americano”.

Con respecto a la organización de la casa: las tareas u obligaciones de cada uno de mis hermanos se realizaban por sentido común. Paulina asumió el “rol de madre” ya que tanto mi padre como mi madre le delegaban responsabilidades y le recalcan su posición de hermana mayor. El resto de hermanos trataban de ayudar en las tareas de la casa, la mayoría de veces Paulina e Ivonne se encargaban de cocinar algo pero todavía no eran expertas en realizar esa tarea. Por las mañanas mi padre les dejaba preparando algo para el desayuno y regresaba por la noche, y cuando trabajaba horas extras retornaba hasta el próximo día. Asimismo, es importante señalar que de acuerdo a los estudios sobre el cuidado, Vega (2009) nos dice que el cuidado tiene que ver con diferencias de poder, los marginados tienen que adoptar una ética de la responsabilidad y del cuidado porque tienen conciencia de que la ayuda mutua es lo que les sostiene como comunidad. Además con respecto al cuidado que realizan las mujeres nos aporta con lo siguiente:

Gilligan ofrecería además un modelo de “niñas buenas” y “mujeres buenas” que no es sino el resultado de la domesticación de las mujeres y su adscripción al orden heterosexual; las mujeres son seres cariñosos, que cuidan y atienden a los demás. Lo que Gilligan propone, según estas críticas, es que nos identifiquemos con un estereotipo femenino, que sigamos cumpliendo esta misión encomendada producto de la posición subordinada de las mujeres, que salvemos incluso la sociedad. Además Otro elemento crítico relacionado con lo anterior es la relación entre esta inclinación hacia la responsabilidad y el cuidado, producto de la socialización femenina, y el sentimiento de obligación más o menos explícita que a menudo le acompaña (Pérez Orozco y del Río 2002; Izquierdo 2003a) (Vega, 1999: 86).

Pero más allá de las tareas del cuidado como socialización femenina, existe algo mucho más determinante para ellas que es la formación de su identidad en donde también recae la culpabilidad o el cuestionamiento si se debería o no hacerlo. Vega añade: “De hecho, como

veremos, cada vez más mujeres están impugnando esta vertiente altruista de la identidad femenina, aunque lo hagan llenas de culpabilidad: “debería hacerlo, pero no quiero, pero debería, además, ¿quién lo hará si no? O, como sucede con frecuencia, “lo hago por mi madre, para que ella no corra sola con esta carga, para que se sienta más aliviada” (Vega, 1999:87).

Ivonne dice que su padre le hizo sentir a Paulina como que era la “mamá de la casa”, Cathy opina lo mismo y Paulina por su parte sintió más responsabilidad cuando empezaron a vivir aparte. Cada uno manifestaba sus molestias a su manera. Ivonne se aislaba, era muy tímida, Cathy se sentía desolada y Paulina se sentía molesta con su madre, porque dice que cuando estaban tristes era por culpa de su madre que no se encontraba presente en esos momentos con ellos.

Yo tenía que hacer más cosas, entonces me renegaba, yo decía: “¿cuando viene?”. Me daba molestia de todo, o mejor dicho a mi conveniencia, me daba molestia cuando tenía que hacer cosas, y estoy como mamá cuando les voy a reprender porque no hicieron esto, entonces era también como a mi conveniencia, me gustaba ser la mayor, y cuando no me convenía no me gustaba. (Paulina, entrevista, 2013).

Paulina no solo reflejaba esa contrariedad de una hija mayor obligada a asumir responsabilidades que no le correspondía desde su propia voz, sino que también aquel malestar fue manifestado en algunas cartas enviadas a su madre cuando ella se encontraba viviendo en los Estados Unidos. Uno de esos fragmentos textualmente dice: “*hay mamita, si supieras como en los días de las matriculas como he andado yo y la Bonchi⁷ porque tuve que matricularme y matricularlos a todos mis hermanos, antes favorablemente Virginia⁸ también me ayudo a esas andanzas, colas, habladas, etc.*”. Paulina, que en ese momento tenía 14 o 15 años tuvo que asumir responsabilidades de adulto y convertirse en la hermana/madre/esposa, que inclusive se reportaba a su madre para dejar constancia que estaba cumpliendo a cabalidad este nuevo rol impuesto por sus padres.

En otro fragmento dice: “*Mamacita ¡estoy enojada contigo! La razón en la de que me estuviste diciendo que habías mandado las pensiones y eso ha sido una falsa mentira porque yo fui a chequear hasta la ñaña Carlota⁹ y no ha llegado ninguna carta como dices, por favor no vuelvas hacer esto otra vez porque papá se atrasó ya un mes por tu culpa ¡te pido!* En este

⁷ Apodo otorgado a Ivonne, la segunda hija, por parte de sus familiares.

⁸ Tía paterna de Paulina y sus hermanos.

⁹ Tía materna de Paulina y sus hermanos.

fragmento no solo se refleja la molestia de Paulina al tener que asumir una responsabilidad obligada hacia ella, sino también que produce un sentimiento de culpa hacia su madre, quien, por su parte lo asumió de esa manera pero además la madre se vuelve proveedora obligada. Además, que el rol cuidador que tenía que asumir estas dos mujeres, madre e hija causa molestia en el momento que llega a estresarles y además produce tensiones entre ellas, ratificando el sentimiento de culpa tan presente como castigador cuando las tareas del cuidado y la maternidad no pueden ser desempeñadas a cabalidad.

Cuando mi madre emigró del Ecuador, Paulina tenía 12 años, Ivonne 10, Jorge 8 y Cathy 6 años. A pesar de que las peleas entre hermanos nunca faltan, ellos crearon un círculo de protección. Paulina como hermana mayor asumía una responsabilidad más grande hacia sus tres hermanos, pero entre todos trataban de cuidarse, en especial enfocaba sus cuidados hacia Cathy, la más pequeña. Pero existió la presencia de una vecina muy especial para ellos¹⁰.

Además, la separación de la imagen de la madre en esta familia les marcó profundamente no solo por ser ella una figura muy fuerte con respecto a las tareas del cuidado diario, sino también porque su ausencia se hizo notar frente a otras familias que les rodeaban quienes tenían como figuras protectoras de los hijos, al padre y a la madre juntos. Herrera, plantea lo siguiente:

Se plantea el dilema de si la migración femenina constituye la raíz de rupturas y procesos de desestructuración familiar o si, más bien, da paso a otros arreglos familiares: (Pribilsky, 2007; Herrera y Carillo, 2009). Si bien los citados estudios examina las relaciones de poder y de solidaridad que se tejen entre los distintos actores que componen las familias, es decir las relaciones de género y la generacionales, todavía no existe una mirada integral respecto de la reorganización del cuidado y su relación con otras instituciones y estructuras sociales (Herrera, 20013:39).

En ese sentido, esta familia pasa por varios cambios en relación a una sociedad estructurada hegemónicamente, la misma que discrimina o aísla a aquellas familias que no cumplen con el modelo tradicional de familia, inclusive cuando se transforman pasan a hacer una

¹⁰ Esa vecina coincidentemente se llamaba Paulina como mi hermana mayor. Ella, era esposa de un compañero de trabajo de mi padre y siempre estaba pendiente de ellos, en especial cuando mi padre tenía que ausentarse por muchas horas por razones laborables. Ella fue muy querida por mis hermanos porque sentían su preocupación y atención en recordarles que debían hacer sus tareas escolares, acostarse temprano para madrugar al siguiente día, y lo más importante no se sentían tan solos. Asimismo cuando iban de visita a casa de los amigos de mi padre, sus esposas se acercaban a mis hermanos y les daban consejos, les brindaban atención y a veces cariño. De esa manera sentían que por momentos la representación de la “madre” aparecía reflejada en los acercamientos de aquellas mujeres, quienes por lapsos de tiempo representaron la imagen de “madres sustitutas”.

familia transnacional que no encaja fácilmente en lo normalmente establecido. Y al suceder esto, los miembros de la familia pasan por procesos de cambio en sus identidades personales y subjetividades.

4.2 Mistificaciones paradójicas en una familia transnacional

A partir de la migración de esta familia el rol de los padres tuvo modificaciones, así como los hijos, principalmente sobre la hija mayor. Los nuevos roles crearon nuevas imágenes construidas desde los hijos hacia sus padres a partir de la ausencia física de la madre y la presencia del padre. Sentimientos yuxtapuestos de nostalgia, abandono, amor, tristeza, desamor, y la necesidad de dar significado a la imagen ambigua que en esos momentos representaban sus progenitores.

Es diciembre de 1974 los cuatro hermanos fueron de visita a la casa de su abuela materna, su tío les recibió y después de entregarles un paquete con ropa y tarjetas enviado por su madre su tío materno les propuso tomarle unas fotografías en dedicación a ella para luego enviárselas. Seguramente lo que aquel tío deseaba manifestar con aquellas fotografías eran narraciones de felicidad, prosperidad y tranquilidad de los cuatro hijos de Norma. Silva señala que el álbum familiar cuenta historias. “Esta vocación narrativa del álbum de fotos familiares nos orienta a enfrentar este tesoro visual también como hecho literario, pues algo diferente va de guardar y clasificar fotos para reconocer a alguien en cuanto la marca, a hacerlo para destacar a esa persona en calidad de miembro de un grupo, juntando las imágenes para recrearse a la vista con un relato caprichoso que se actualiza con el paso de los años” (Silva, 1996:21).

Además el mismo autor añade que la foto es un acto teatral y que detrás de una fotografía existe una puesta en escena o un montaje. “Tomarse una foto sin duda remite a algo ineludible: “Cómo quedará mi imagen”; y luego, “quiénes la verán” (la aplaudirán). O sea que su acto es teatral, tanto desde el posante como desde quien hace la toma, que siempre tendrá que responder por la construcción de una escena que le sirva de mejor aliada para mostrar (y acaso decir) lo que se propone con su actuación. Pero también será acto teatral en todos aquellos que la observarán” (Silva, 1996:29).

En ese sentido, aquella foto de los hermanos sujetando la imagen fotográfica enmarcada de una madre ausente puede guardar muchos significados, ya que para su creación se necesitó de un “montaje” ejecutado por su tío como precursor, pero sin llegar a omitir el poder de decisión

de mis hermanos, ya que pudo haber existido espontaneidad en realizar aquella escena previa a la toma de la fotografía así como una manifestación sincera de las emociones expuestas en el resultado final de la misma. Aquí, a pesar que las fotografías son activadores de la memoria, el paso del tiempo puede bloquear muchos acontecimientos de nuestras vidas y producir olvidos.

¿Pero, desde dónde se concibe la representación y el propósito de esa fotografía y qué se quiere transmitir? Tal vez, ¿una madre idolatrada por sus hijos? o ¿una madre que no es olvidada y es recordada con gratitud por los regalos recibidos desde el exterior? Una madre a quien se le permite estar presente mediante el homenaje de su recuerdo pero que refuerza aquella construcción idealizada de la madre cuya ausencia es señalada mediante su retrato provocando culpa. Aquí por tanto se recuerda la “obligación” de la madre ausente. Ary, señala: “las mujeres como herederas de María semi-divinizada, tomada como modelo de sumisión, pureza y sufrimiento, son aparentemente revalorizadas y consideradas simbólicamente como salvadoras de la sociedad en cuanto protagonistas en el papel idealizado de madres, dentro de un marco de la familia sacramentada (en realidad, el matrimonio visto como un mal necesario, un “pecado venial”)” (Ary, 1993:78).

La idea de mistificación, se forma a partir del “debería ser” y de llenar las expectativas sobre la idea del ser madre. Esa imagen de la madre es elevada en el acto de la toma de la fotografía con su retrato pero que denota que “ella está ausente” y eso a su vez produce culpa al no cumplir con el “deber” fundamental de una madre presente con sus hijos. Sin duda, el momento que recibió la fotografía aquella madre, debió sentir una emoción y alegría al ver a sus hijos en la fotografía con la ropa enviada por ella y como muestra de gratitud, ellos la recuerdan al sostener una foto de ella.

A partir de la migración de Norma, el espacio que quedaría vacío frente a su esposo, era sin duda el papel de una esposa. Es decir el punto central donde podía sacar la mayor parte de su agresividad ya no estaba presente físicamente para que el pudiera ejercerla. Segato señala: “En condiciones socio-políticamente “normales” del orden de status, nosotras, las mujeres, somos las dadoras del tributo, ellos, los receptores y beneficiarios. Y la estructura que los relaciona establece un orden simbólico marcado por la desigualdad que se encuentra presente y organiza todas las otras escenas de la vida social regidas por la asimetría de una ley de status” (Segato 2004:7).

Esto sin duda genera en ese hombre una pérdida de su poder y en gran proporción reflejado en su construcción masculina. Se va su esposa y se va su poder de control sobre ella, pero se queda el hombre con sus cuatro hijos y nace el padre responsable y dedicado totalmente a ellos, ahora es el progenitor que se quedó con sus hijos, que no los “abandono como lo hizo su madre”. Sin embargo él no se encarga de todo lo que comprendía lo cotidiano, es decir, de los cuidados de los hijos y del hogar.



Imagen No.-13: Fotografía tomada en la ciudad de Quito en 1974 desde el mirador del Panecillo. Paulina de 12, Ivonne de 10, Jorge de 8 y Cathy de 6 años de edad, junto a su padre Ángel.

La imagen mistificadora que se fue construyendo a partir del padre presente fue creada para que el hombre “disminuido” o “abandonado” por su mujer y esposa sea retomado y enaltecido como el hombre admirado como el padre responsable y dedicado a sus hijos, rol que generalmente tenían que cumplir solamente las mujeres madres. Esa imagen es exaltada por sus hijos, pero también por una familia y sociedad tradicional quiteña. El padre cambió su rol de hombre agresivo a padre cuidador de sus hijos porque “le tocó” asumir este rol, como respuesta frente a una mujer que lo “abandono” a él y a sus cuatro hijos. Por otro lado, es importante

señalar que aquel hombre y padre, era un ser humano, constituido subjetivamente desde una masculinidad de los años setenta del siglo pasado, es decir, parte de esa violencia ejercida frente a su esposa existía las expectativas frente a una sociedad que le reclamaba ser el hombre con poder de mando frente otros.

Migración de una mujer: Nuevos actores se forman en las dinámicas del cuidado y la aparición de la mistificación de acuerdo a la ausencia y la presencia de la madre y el padre.

Un padre, un obrero más trabajando para convertir a la ciudad de Quito en una ciudad moderna. Una madre, segmento de la maquila textil estadounidense que pretendía vender “felicidad” en sus confecciones y así cumplir con otra de las fantasías del sueño americano. Estos padres quisieron otorgar a sus hijos mejores condiciones pero desde las apariencias que se construía desde una sociedad que empezaba a manifestarse desde la adquisición de objetos novedosos, parte de la invención tecnológica que se empezó a dar en aquellos años.

Las tareas del cuidado vuelven a recaer sobre las mujeres. El hombre a pesar de cumplir con la responsabilidad de representación frente a su familia, las tareas del cuidado no son asumidas totalmente por él, sino sobre su hija mayor, y en ocasiones hacia el resto de sus hijos. Los cuidados ya no son realizados por la madre que se encuentra fuera del país, ahora esos cuidados son colocados en la hija mayor, impuestos tanto por su madre como por su padre. De esta manera ella construye su subjetividad de mujer a partir de los cuidados, obligaciones y responsabilidades de su familia. Asimismo, el cuidado de una madre migrante se manifiesta a través del envío de remesas, tomando en cuenta que debía responder a sus obligaciones de sustentación a sus cuatro hijos pero esa responsabilidad también se torna sobreimpuesta ya que no podía permitirse fallar con el envío mensual del dinero para las pensiones de los colegios por ejemplo. A partir de esta responsabilidad se forma una obligatoriedad que en momentos se torna juzgadora hacia Norma, quien no podía por ninguna razón faltar a las mensualidades de sus hijos. Y si les fallaba aparecía la culpa para recordarle que estaba fracasando como madre responsable.

Por otro lado, a pesar que aquellos niños entre los 6 y los 12 años tenían a sus padres separados fundaron imágenes de cada uno para no perder sus representaciones de “buenos padres” por medio de la mistificación, la misma que les pudo otorgar seguridad como hijos. Sin

embargo, esas construcciones místicas produjeron una imagen ambigua hacia su madre ya que con el propósito de recordarla y guardar desde la melancolía la memoria de ella recalcaron su ausencia física, la misma que reprodujo más culpabilidad frente a su madre.

La imagen que se construyó a partir de la mistificación del padre fue la de hombre que fue borrado de su poder en ejercer violencia, y pasó a tomar el puesto de un padre amoroso. No concluyo que los sentimientos de cariño eran creados de manera ficticia, no obstante, el hombre violento fue sepultado.

Las obligaciones y tareas otorgadas arbitrariamente a una niña de 12 años en su nuevo rol como hermana mayor, “madre y esposa”, fueron parte de la construcción subjetiva de ella como mujer. Asimismo, las tareas obligadas hacia las mujeres provocan tensiones y connotaciones culpabilizadores entre ellas, en este caso específico de mi investigación, entre la madre y la hija.

La mujer madre que tuvo que huir para escapar de una relación de violencia con el fin de encontrar autonomía e independencia económica para ella y sustentar a sus hijos no se permite totalmente asumir esos cambios en su vida una vez que se encuentra trabajando y viviendo en otro país que a pesar de explotarla laboralmente le brindó esa facultad de independencia. Esta mujer con el afán de no sentirse extremadamente culpable por el supuesto abandono hacia sus hijos asume esa culpa como parte de los “castigos sociales”. Es decir, adjudicarse la culpa produce de cierta manera un alivio de la culpa en sí misma.

Norma toma la decisión de regresar al Ecuador en el año de 1977 cuando tenía 33 años y sus hijos Paulina, Ivonne, Jorge y Cathy tenían 16, 14, 12, y 10 años de edad respectivamente. La razón principal fue por estar junto a ellos, y porque el peso de la culpa por haberlos “abandonado” era demasiado fuerte como para resistir más años alejados. No regresó con grandes cantidades de dinero ni con bienes materiales, sin embargo pudo ahorrar algo de capital y traer mercadería para sacar ganancias de la misma. A su retorno por presiones de sus hijos y por el deseo de querer formar de nuevo una familia estructurada por el padre y la madre juntos, decide reconciliarse con su esposo, con quien tendrá dos hijos más en los próximos cuatro años, pero luego de éste tiempo se separan definitivamente. Luego de varios años, Norma y sus dos últimos hijos viajan a los Estados Unidos con el propósito de emprender una mejor vida luego de ser parte de los millones de ecuatorianos que emigraron por la crisis económica que asechó al Ecuador a finales de los años noventa.

CAPÍTULO V

CONCLUSIONES

En mis primeros cuestionamientos sobre las desigualdades de género me preguntaba ¿por qué mi madre no se había separado de mi padre a partir del primer maltrato ocasionado por él? No entendía por qué mi madre esperó tantos años para terminar con una relación violenta. Y mientras crecía veía la figura de mi padre muy respetada, querida y admirada por mis cuatro hermanos mayores y casi todos sus nietos. Sabía que tanto él como mi madre eran seres humanos con aciertos y desaciertos, queridos o no tan queridos. Sin embargo, los relatos que me contaba mi madre en los 15 años que vivió con mi padre me seguían generando preguntas sobre la violencia hacia las mujeres, y cómo ellas, a partir de qué momento o incidente pueden generar agencia para romper con ese círculo de agresiones. De la misma manera me preguntaba por qué en mi familia existía una división muy rasgada entre hermanos y que cada grupo tenía al padre del un lado y a la madre del otro. A veces me respondía con un simple: “así es en todas las familias”, tal vez sí, pero siempre por razones de trasfondo. Las razones se originaba en el antes y después de la primera migración de mi madre, la separación definitiva de mis padres y la segunda migración de ella con sus dos últimos hijos entre los cuales, estoy yo incluida.

Esta familia, a la cual pertenezco se forma a partir de los años sesenta cuando mis padres tienen que casarse a la fuerza por los mandatos de un juez y una sociedad que no aceptaba a las mujeres que habían perdido su “honra” o virginidad, y ya no eran consideradas mujeres “dignas”. En ese momento ocurre la primera violencia estructural hacia mi madre, quien es parte de un conjunto de prácticas culturales que invisibilizan una violencia moral ya que ésta es vista de manera muy “sutil”. Segato nos dice que “la violencia moral, por su invisibilidad y capilaridad, es la forma corriente y eficaz de subordinación y opresión femenina, socialmente aceptada y validada” (Segato, 2003:8). Esto ocurre porque dentro de la sociedad ni siquiera es analizada como prácticas violentas, sino como acciones “normales” sobre la voluntad de las mujeres.

El resto de prácticas violentas a las que fue sometida mi madre por parte de mi padre fueron descritas en los capítulos previos. Todo esto transcurría en un contexto quiteño de pocas oportunidades laborales para las mujeres de clase popular a la que pertenecía Norma, lo cual no les permitía poder alcanzar una independencia económica y de esta manera poder ir construyendo el camino hacia una autonomía individual. Me centro en la soberanía económica como el paso concluyente de un conjunto de emancipaciones adquiridas por mi madre porque era

lo que al final la detenía de separarse definitivamente de mi padre. Una mujer de 29 años con 4 hijos que mantener era muy difícil para la obtención de una independencia total, sin olvidar, los prejuicios a los cuales eran sometidas las mujeres separadas o divorciadas, en especial con 4 hijos.

Lo que se puede observar es que Norma fue dando pasos para conseguir su autonomía propia. Enfrentar a su agresor fue el primer paso. Ese momento consistió en “regresar el golpe”, lo que importaba era que ella fue perdiendo el miedo que él le provocaba, o simplemente ya estaba cansada del maltrato. Paulatinamente fue tomando decisiones como el de estudiar para poder conseguir una autonomía económica y decidir sobre su cuerpo al aplicarse métodos anticonceptivos aún con el temor de ser descubierta por su esposo. Posteriormente, tomar la decisión para ella muy difícil de viajar hacia el exterior y dejar a sus cuatro hijos pequeños por el objetivo de independizarse económicamente y luego seguir buscando reivindicaciones como por ejemplo, continuar sus estudios para auto reconocerse capaz de hacerlo, es lo que Mahmood (2008) llamaría “autonomía individual” es decir: “para que un individuo sea libre se requiere que sus acciones sean consecuencia de su “propia voluntad”, y no de la costumbre, tradición o coerción directa”.

Por esta razón, Norma, mira en la migración su escape, su sueño de prosperidad, y su gran anhelo por mejores días para ella y sus hijos. No obstante, la culpa que existía en ella desde temprana edad por defraudar a sus padres al haber perdido su “honra” se incrementó cuando tuvo que emigrar, ya que tuvo que dejar a sus hijos al cuidado de sus abuelas y eventualmente al de su esposo. Ella llega a los Estados Unidos y es deslumbrada por la fantasía que irradia la ideología/identidad estadounidense que quiere conquistar y extenderlo de alguna manera por medio del envío de remesas para sus hijos, lo que le permite además cumplir con el rol de la maternidad a distancia.

Asimismo con el envío de regalos, tarjetas y otros objetos novedosos de los Estados Unidos ella desea retribuir la austeridad en los años que no pudo proveer a sus hijos de lo necesario para su sustentación y peor para darles algún gusto personal. El poder enviarles de vez en cuando tarjetas o ropa un poco costosas vistos por ella como “pequeños lujos” de acuerdo a la clase social que pertenecía, no solo le satisfacía sino que le daba cierta tranquilidad a sus sentimientos de culpa y reproches que recibía en ocasiones en las cartas escritas por sus hijos. Mummett (2010) menciona que las madres tienden a vivir de manera más conflictiva y

emocionalmente desgarradora que los padres la separación de sus hijos. Por esta razón los regalos se convirtieron también en una necesidad para Norma, en un ritual a la distancia, significaban mucho ya que deseaba transmitir a sus hijos su preocupación y amor.

Por medio de esta investigación he podido analizar los pasos que mi madre pudo obtener para alcanzar su autonomía. Sin embargo, en los relatos de las entrevistas, ella todavía expresa un sentimiento de culpabilidad por haber “abandonado” a sus hijos, lo cual opaca las acciones que fueron construyendo su agencia y que al final le permitieron separarse totalmente de una relación de abuso marital. En los años que vivió en los Estados Unidos pudo vivir experiencias que le ayudaron a solventar su autonomía y libertad. Un cambio tan grande de una mujer casada con 4 hijos, viviendo una violencia extrema, al de una mujer que dejó de experimentar esa violencia de su esposo y que alcanzó una autonomía personal y económica fueron trascendentales en su vida. Es decir, moldearon radicalmente su subjetividad. Ella misma menciona que muchos de sus rasgos de carácter son marcados en un antes y un después a partir de la migración.

Por conversaciones personales y entrevistas que he realizado a mi madre, en ocasiones percibí que ella no quiere o no se atreve a verse a sí misma como una mujer que rompió con esas “cadenas de sumisión” tanto desde su esposo como desde una sociedad que ajusticiaba a las mujeres que eran capaces de defenderse ante su agresor, que eran audaces para tomar anticonceptivos y tomar posesión de sus cuerpos, o que salían a conquistar el sueño de seguir estudiando, pero el paso más contundente en toda esa transformación fue el de haberse atrevido a viajar a un país totalmente diferente al suyo, emprender ese viaje con algunos peligros y riesgos, sin saber ni un poco de inglés, pero seguramente ese momento las agallas por salir del círculo de abusos así como de dependencia económica le tuvo que haber brindado el valor para hacerlo. Todo esto sabiendo de los castigos sociales de una sociedad machista, represora y castigadora para las mujeres. De esta manera, ella también es el reflejo de la gesta por los derechos civiles, incluyendo por supuesto las luchas políticas feministas que se vivían en los años setenta en los Estados Unidos.

Muchas de esas luchas feministas no distaban de lo que Norma, aún en otro contexto social también anhelaba para ella misma, aunque a veces no lo pueda ver así porque también su subjetividad está atada a la construcción tradicional de la maternidad, la cual para su subsistencia tiene que despojarse de características como autonomía propia y libertad. Esto ocurre porque las

mujeres migrantes continúan construyendo sus “roles tradicionales” a la distancia. Erel (2002) señala que la separación de las madres y sus hijos conlleva a discursos hegemónicos sobre la “madre” y su cuidado primario sobre sus hijos. Además las mujeres son construidas tradicionalmente bajo los roles de género, que incluyen el del sacrificio y sobre protección materna.

Por otro lado el impacto que experimentaron sus hijos en los cuatro años que ella vivió en los Estados Unidos ha sido tan grande que ha trascendido en la conformación de esta familia, ya que a partir de la migración de mi madre se configuran dinámicas familiares del cuidado, así como de afectos y desafectos, formando nuevas imágenes entre sus miembros, en especial hacia sus progenitores. Pero además, durante ese tiempo que la madre tuvo que ausentarse de sus hijos, la carga sobre un supuesto abandono adquirió más énfasis porque la comunicación más directa y seguida era muy difícil. Ellos se comunicaron pocas veces por teléfono y no pudieron gozar de los cambios en la tecnología con los que se puede contar actualmente.

El momento que Norma llega a los Estados Unidos le venden un sueño, a pesar que ya tenía una idea de los anhelos que giraban en torno a ese país. Ella, como muchos migrantes, desea conquistarlo por las razones antes expuestas, y además para poder ascender de estatus social. El fondo de ese sueño se basa en el consumismo, lo cual es sinónimo de prosperidad y de éxito. Norma con su trabajo de costurera de una fábrica producía sueños a quienes deseaban usar la ropa que ella confeccionaba y también era parte de la herramienta laboral de la industria textil. Ángel de la misma manera, es parte de la mano de obra de la construcción para transformar a Quito hacia la modernidad. Todo esto situado desde un marco global, a pesar que los procesos de globalización en los años setenta no eran realizados de maneras tan determinantes como en la actualidad, Mummett (2010) nos dice que los movimientos migratorios son producto de procesos de desindustrialización y subcontratación de la mano de obra, lo que propició seguramente la emigración de mi madre al no poder contar con un trabajo en el país en donde residía antes de viajar.

Finalmente esta familia se sostiene a partir de un proceso mistificador del padre y la madre. De esta manera encuentra “sentido” su identidad familiar, a pesar que exista una división entre sus miembros. La mistificación hacia el padre ha llegado al punto de la santificación o idolatración ya que con su fallecimiento, sus hijos, Paulina, Ivonne, Cathy y Jorge y casi todos sus nietos han realizado veneraciones en actos que conmemoran su memoria. De esta manera la

imagen de Ángel como el padre abnegado sobrepasa al del hombre/esposo maltratador. Y la imagen de la madre queda un poco ambigua frente a sus cuatro hijos quienes experimentaron su ausencia a partir de la migración y su mistificación se construye a partir de esa ausencia, reforzando así el supuesto “abandono” y reiterando la culpa en Norma.

En adición, existen dos hijos más de Norma y Ángel, mi hermano menor y yo, quienes crecimos sin la presencia de nuestro padre y como consecuencia construimos otras mistificaciones hacia nuestra madre. Esto ha producido por momentos divisiones familiares, las cuales han provocado tensiones familiares que yacen desde la figura materna y paterna, que además ha construido sus subjetividades y ha formado una intersubjetividad en cada grupo. De esta manera regresamos a lo expuesto por Holland (s/a) sobre como la memoria se entreteje desde la necesidad de pertenencia, encontrándose desde los conflictos y fragmentaciones de la historia familiar y como a partir de ahí se mueven múltiples agrupamientos familiares.

BIBLIOGRAFIA

- Álvarez-Sousa, Antonio. 1996. *El constructivismo estructuralista: La teoría de las clases sociales de Pierre Bourdieu*. Centro de investigaciones sociológicas. JSTOR.
- Alvaro de Keijzer, Benno George, 2010. *Masculinidades, violencia, resistencia y cambio. Tesis de doctorado en salud mental comunitaria*. Universidad Veracruzana.
- Arfuch, Leonor. 2002. “*La vida como narración*”. En: *El espacio biográfico*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Arteta Gustavo y Oleas Daniela. 2008. *Migraciones internacionales: el caso de Ecuador*. En: *Migraciones internacionales en América Latina: booms, crisis y desarrollo*. Fondo de Cultura Económica.
- Ary, Zaira. 1990. *El marianismo como “culto” de la superioridad espiritual de la mujer. Algunas indicaciones de la presencia de este lugar común en el Brasil*. En: *Simbólica de la feminidad. La mujer en el imaginario mítico-religioso de las sociedades indias y mestizas*. Quito: Abya-Yala.
- Ayala-Mora, Enrique. 1993. *Resumen de la historia del Ecuador*. Corporación Editora Nacional
- Berger, John. 1998. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Besserer, Federico. 2000. “Sentimientos (in) apropiados de las mujeres migrantes: Hacia una nueva ciudadanía”, en *Migración y relaciones de género en México*, UNAM-IIA/GIMTRAP, México. PP.: 371-387.
- Bonino-Méndez, Luis. 2000. *Los Varones hacia la Paridad en lo Doméstico. Discursos Sociales y Prácticas Masculinas*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Bourdieu, Pierre. 2000. *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Butler Judith, 2001. *Introducción. En: Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Caicedo-Riascos, Maritza. 2010. *Migración, trabajo y desigualdad. Los inmigrantes Latinoamericanos y caribeños en Estados Unidos*. México: El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales.
- Camacho, Gloria. 2009. *Contexto socioeconómico y migración ecuatoriana*. En: *Mujeres Migrantes. Trayectoria laboral y perspectiva de desarrollo humano*. Ecuador: Clacso.
- Carrillo, María Cristina. 2008. *Foto de Familia. Los usos privados de las fotografías entre*

- Familias transnacionales ecuatorianas. El caso de la migración hacia España.* En: América Latina migrante. Estado, Familia e Identidades. Quito: Flacso, sede Ecuador.
- Cullen, Jim. 2004. *The American dream: A short History of an idea that shaped a nation.* Estados Unidos: Oxford University Press.
- Das, Veena. 2008. *Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia.* En: Sujetos de dolor, agentes de dignidad. Medellín: Universidad Javeriana.
- Díaz-Gómez, Leticia. 2002. *Siguiendo los pasos hacia Estados Unidos. Interacción infantil con videos, cartas y fotografías.* En: Migración internacional e identidades cambiantes. México: El Colegio de Michoacan.
- Dorfman Ariel y Mattelart Armand. 1972. *Para leer al pato Donald.* Chile: Siglo XXI editores, de C.V.
- Erel, Umut. 2002. *Reconceptualizing Motherhood: Experiences of Migrant Women from Turkey Living in Germany.* En: The Transnational Family. New European frontiers and Global networks. New York: Berg.
- Escobar, Arturo. 2007. *La invención del Tercer Mundo. Construcción y Deconstrucción del desarrollo.* Caracas, Venezuela: Fundación Editorial.
- Facchini Giovanni y Steinhardt Max. 2010. *What drives US Immigration Policy? Evidence from Congressional Roll Call Votes.* Estados Unidos: Journal of Public Economic.
- Fernández-Kelly, Patricia. 2009. *Género y cambio económico en los Estados Unidos de Norteamérica y México 1900-2000.* En: Migraciones Contemporáneas. La Paz: Editorial CIDES.
- Garcés, Ivonne. 2005. *Reseña histórica de la migración ecuatoriana hacia Estados Unidos.* En: Emigración y política exterior en Ecuador. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Giddens, Anthony. 1992. *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas.* Madrid: Ediciones Cátedra.
- Goetschel, Ana María. 2002. *Sobre machos adúlteros y caballeros.* En: Antigua modernidad y memoria del presente. Quito: Flacso, sede Ecuador.
- Gregorio, Carmen 1998. *Migración femenina y su impacto en las relaciones de género.* Madrid: Narces Editores.
- Haraway, Donna J. 1991. "Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial". En *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza.* Madrid: Cátedra. Pp. 313-346.

- Herrera, Gioconda. 2013. *“Lejos de tus pupilas”* En: Familias transnacionales, cuidados y desigualdad social en Ecuador. Ecuador: Flacso, sede Ecuador.
- Herrera, Gioconda y Carrillo, María Cristina. 2009. “Transformaciones familiares en la experiencia migratoria ecuatoriana. Una mirada desde los contextos de salida”. Madrid: *Mélanges de la Casa de Velázquez*.
- Herrera Gioconda, Carrillo María Cristina, Torres Alicia. 2005. *La migración ecuatoriana, transnacionalismo, redes e identidades*. Quito: Flacso, Sede Ecuador.
- Holland, Patricia. S/A. *Los significados del álbum fotográfico familiar*. En: Historia, Memoria Y Familia. Disponible en dirección electrónica: http://estepais.com/inicio/historicos/151/14_Galaxia1_historia_Holland.pdf
- Hondagneu-Sotelo, Pierret. 2007. *“La incorporación del género a la migración: no solo para feministas y no solo para la familia”*; en M.Ariza y A.Portes, El país transnacional: migración mexicana y cambios a través de la frontera, México: Universidad Autónoma de México.
- Hook Steven y Spanier John. 2010. *American Foreign Policy since World War II*. Washington: CQ Press.
- Jelin, Elizabeth. 2002. *La memoria en el mundo contemporáneo*. En: Los trabajos de la Memoria. España: Siglo veintiuno de España.
- Jelin, Elizabeth. 2002 *“¿De qué hablamos cuando hablamos de memorias?”* En: Los trabajos de la memoria. España: Siglo veintiuno de España.
- Jimeno, Myriam. 2004. *Experiencias emotivas: el crimen pasional como drama personal. El protagonismo masculino*. En: Crimen Pasional. Contribución a una Antropología de las emociones. Bogotá Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Johnsen Mark y Lakoff George. 2003. *Metaphors we live by*. London: The University of Chicago Press.
- Kaufman, Susana Griselda. 2006. *Lo legado y lo propio. Lazos familiares y transmisión de memorias*. En: Subjetividad y figuras de la memoria. España: Siglo XXI
- Kyle, David. 2000. *The Panama Hat Trail from Azuay*. En: Transnational peasants. Migrations,

- networks, and ethnicity in Andean Ecuador. Estados Unidos: The Johns Hopkins University Press.
- Lagarde Marcela. 2001. *Claves feministas para la autoestima de las mujeres*. Madrid, España: Editorial Horas y Horas.
- Lagarde y de los Ríos, Marcela. 2003. *Los cautiverios de las mujeres: madres esposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Editorial Universidad Autónoma de México.
- Lamas, Martha. 1995. *Madrecita Santa*. En mitos mexicanos. México: Editorial Aguilar.
- Lavin, Angélica. 2003. *Cartas desde la casa de Orates*. Chile: Centro de investigaciones Diego Barros Arana.
- Lowenthal, David. 1989. *Nostalgia tells it like it wasn't*. En: The imagined past, History and nostalgia. Manchester: University Press.
- Mahmood, Saba “*Teoría feminista y el agente social dócil: algunas reflexiones sobre el renacimiento islámico en Egipto*.” En Suarez L. y Hernández Aída (eds.) *Descolonizando el feminismo. Teorías y prácticas desde los márgenes*. Valencia: Ediciones Cátedra-Universidad de Valencia.
- Martin, Susan. 2011. *A nation of immigrants*. En: A nation of Immigrants. Oxford: Berghahn Books.
- Melhus, Marit. 1990. *La vergüenza para el honor una vergüenza para el sufrimiento*. En: Simbólica de la feminidad. La mujer en el imaginario mítico-religioso de las sociedades indias y mestizas. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Mummett, Gail. 2010. *La crianza a distancia: representaciones de la maternidad y paternidad transnacional en México, China, Filipinas y Ecuador*. En: Procreación, crianza y género. Aproximaciones antropológicas a la parentalidad. Barcelona: PPU.
- Nichols, Bill. 1981. *Ideology and the image. Picking up the trail*. En: Social representation in Cinema and other media. Indiana: University Press.
- Pateman, Carole. 1988. *El contrato sexual*. México: Anthropos-UAM, 1988 (Capítulo I, II, VI).
- Pierre, Nora. S/A. *El fin de la historia-memoria*. En: Entre Memoria e Historia: La problemática de los lugares. Dirección electrónica: <http://cholonautas.edu.pe/memoria/nora1.pdf>
- Pineo, Ronn. 2007. *Tuna, Oil, and Trouble: The 1960s to the 1980s*. En: Ecuador and the United States: Useful Strangers. Georgia: The University of Georgia Press.

- Piscitelli, Adriana. 1998. *Pasión, casamiento y poder: tradición oral y memoria en familias latifundistas del café (minas Gerais, Brasil)*. Revista: *Travaux de Ifea* 120, 1998, Santafé de Bogotá.
- Pujadas, Joan. 2000. *El método biográfico y los géneros de la memoria*. Revista de Antropología Social 2000, 9: 127-158
- Reyero, Alejandra. 2010. *Ver en fotos ¿rever en la memoria? Límites y alcances de la fotografía en la construcción identitaria de una comunidad Toba*. En: *Fotografía e Identidad*. Revista Iconos, No. 42, enero 2012.
- Ribas, Natalia. 2005 “*La feminización de las migraciones desde una perspectiva filipina*”, *Revista CIDOB, Afers Internacionals*, Nº. 68, pp. 67-87
- Rich, Adrienne. 1986. *La condición de madre y la de hija*. En: *Nacemos de Mujer*. Barcelona: Icaria.
- Rich, Adrienne. 1999. “*La heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana*”. En: Marysa Navarro y Catherine R. Stimpson *Sexualidad, género y roles sexuales*. México: FCS.
- Rosaldo, Renato. 2000 [1993] *Cultura y verdad*. Capítulo 8: La subjetividad en el análisis social. Quito: Abya-Yala.
- Rosaldo, Renato. 2000 [1993] *Cultura y verdad*. Capítulo 6 Análisis narrativo. Quito: Abya-Yala.
- Rosaldo, Renato. 2008. *Nostalgia Imperialista*. En: *Memoria y Memoria contrarrestada*. Pp 107-122. California: Publicado por la Universidad de California.
- Safa, Helen. 1982. *Las maquiladoras y el empleo femenino: la búsqueda del trabajo barato*. En: *Sociedad subordinación y feminismo*. Argentina: ACEP.
- Salazar-Parreñas, Rhacel. 2001. *Servants of globalization: women, migration and domestic work*. Stanford: Stanford University Press.
- Scheper-Hughes y Bourgoise, 2004. *Introduction: Making Sense of Violence (1-5)*, En: *Violence in War and Peace*. Estados Unidos: Blackwell Publishing.
- Segato, Rita Laura. 2003. *La Argamasa Jerárquica: Violencia moral, reproducción del mundo*

y la eficacia simbólica del Derecho. Dirección electrónica:
http://www.forosalud.org.pe/la_argamasa.pdf

Segato, Laura Rita. 2004. *Brasilia Territorio, soberanía y crímenes de segundo Estado: la escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*. Brasilia: Departamento de Antropología.

Silva, Armando. 2006. *Álbum de fotos: arqueología familiar con voces de mujeres*.

Publicación de la Federación Latinoamericana de Semiótica.

Silva, Armando. 2010. *Álbum de Familia. La imagen de nosotros mismos*. Medellín: Universidad de Medellín.

Torres-Velázquez, Laura Evelia. 2004. *La paternidad: una mirada retrospectiva*. En: *Revista de Ciencias Sociales (Cr)*, año/vol. III, número 105 Universidad de Costa Rica San José, Costa Rica pp. 47-58.

Vega-Solís, Cristina. 2009. *Culturas del cuidado en transición. Espacios, sujetos e imaginarios en una sociedad de migración*. Madrid: Editorial UOC.

Walkers, Leonore. 1970. *Cycle of violence*. Estados Unidos: Harper Collins.

Yépez, Isabel y Bach Amandine. 2008. "La migración latinoamericana en Europa: reflexiones sobre género y ciudadanía". En G.Herrera y J.Ramírez, *América Latina migrante: Estado, familia, identidades*. Quito: Flacso, Ministerio de Cultura.

Zinn, Howard. 1980 *A people's history of the United States. 1492 – Present*. Estados Unidos: Harper Perennail Modern Classics.

ENTREVISTAS

Muñoz, Norma, 02 de junio 2012.

10 de diciembre 2012.

30 de enero 2013.

21 de febrero 2013.

02 de abril 2013.

07 de mayo 2013.

10 de mayo 2013.

17 de mayo 2013.

Salazar, Catherine, 17 de abril 2013.

Salazar, Ivonne, 30 de marzo 2013.

13 de abril 2013.

Salazar, Paulina, 15 de abril 2013.